PAULO
COELHO

Adulterio

Índice

Portada

Cita

Cita 2

Todas las mañanas...

Hoy, al salir...

Dejo el coche...

Un día más...

Me despierto...

Voy a comer...

Me despierto...

Recibo información...

Tras el pecado...

La cita con Jacob König...

El periodismo...

Sentada en la postura del loto...

Me despierto otra vez...

Veo a Jacob...

No puedo decir...

Me despierto con el ruido...

Hora del desayuno...

Era una mañana...

Mi marido eligió...

Jacob König...

Hoy es sábado...

Lo primero que hacemos...

Uno no elige su vida...

Durante toda la mañana...

Dedico bastante tiempo...

He dormido mejor...

Por fin tengo una cita...

Llego antes de la hora...

No siento nada...

Se puede obligar a alguien...

Voy a tratar por primera vez...

La conversación con mi marido...

He creado una cuenta de correo...

Mañana tengo que levantarme...

Mi vida va superbién...

Llego al lugar...

¿Todos somos así?...

En una semana...

Post Tenebras Lux...

¡Jacob!...

No voy a decir...

El tráfico está...

Ya no es otoño...

No éramos dos personas...

La misma escena...

Al llegar al trabajo...

Lo dice la Biblia...

Poco a poco...

El problema soy yo...

Mi familia y yo...

Por fin llega...

Tengo que ir...

No lo sé...

Es sencillo...

Cojo el móvil...

Jacob me pide...

Vamos a dar una vuelta...

Cuando me despierto...

Estoy ante el abismo...

Falta solo una hora...

Recuerdo un sermón...

Me aparto de la ventana...

Marmosete

Sobre el autor

Otros títulos

Créditos

Oh, María, sin pecado concebida,

ruega por nosotros, que recurrimos a Ti. Amén.

Lleva la barca mar adentro.

LUCAS 5, 4

Todas las mañanas, al abrir los ojos para ver el «nuevo día», me

apetece cerrarlos otra vez y no levantarme de la cama. Pero es necesario.

Tengo un marido maravilloso, perdidamente enamorado de mí,

propietario de un importante fondo de inversión y que todos los años —

aunque no le gusta— figura en la lista de las trescientas personas más ricas

de Suiza, según la revista *Bilan*.

Tengo dos hijos que son «la razón de mi vida» (como dicen mis

amigas). Muy temprano por la mañana tengo que prepararles el desayuno y

llevarlos al colegio —a cinco minutos de casa andando—, donde estudian a

tiempo completo, lo cual me permite trabajar y ocupar mi jornada.

Después de clase, una niñera filipina cuida de ellos hasta que mi marido y

yo llegamos a casa.

Me gusta mi trabajo. Soy una reputada periodista en un respetado

periódico que puede encontrarse en casi cada esquina de Ginebra, donde

vivimos.

Una vez al año voy de vacaciones con mi familia, por lo general a

lugares paradisíacos, con playas maravillosas, en ciudades «exóticas» y

con una población pobre que nos hace sentir aún más ricos, privilegiados y

agradecidos por las bendiciones que la vida nos ha dado.

Todavía no me he presentado. Encantada, me llamo Linda. Tengo

treinta y un años, mido 1,75, peso 68 kilos y me visto con la mejor ropa

que el dinero puede comprar (gracias a la generosidad sin límites de mi

marido). Despierto el deseo en los hombres y la envidia en las mujeres.

Sin embargo, todas las mañanas, al abrir los ojos y ver este mundo

ideal con el que todo el mundo sueña y pocos pueden alcanzar, sé que el

día será un desastre. Hasta principios de este año no me cuestionaba nada,

simplemente seguía adelante con mi vida, aunque a veces me sintiera

culpable por tener más de lo que merezco. Un bonito día, mientras

preparaba el desayuno para todos (recuerdo que era primavera y las flores

empezaban a brotar en nuestro jardín), me pregunté: «Entonces ¿es esto?».

No debería haberme hecho esa pregunta. Pero la culpa fue de un

escritor que había entrevistado el día anterior y que, en determinado

momento, me dijo: «No tengo el menor interés en ser feliz. Prefiero vivir

de forma apasionada, lo cual es un peligro porque nunca se sabe lo que nos

vamos a encontrar más adelante».

Entonces pensé: «Pobre. Nunca está satisfecho. Morirá triste y

amargado».

Al día siguiente me di cuenta de que yo no corría riesgo alguno.

Sé lo que me voy a encontrar más adelante: otro día exactamente igual

que el anterior. ¿De forma apasionada? Bueno, amo a mi marido, lo cual es

una garantía de que no voy a caer en una depresión por verme obligada a

vivir con alguien solo por cuestiones económicas, por los niños o por las

apariencias.

Vivo en el país más seguro del mundo, todo en mi vida está en orden,

soy una buena madre y esposa. Recibí una estricta educación protestante y

trato de dársela a mis hijos. No doy ningún paso en falso porque sé que

puedo echarlo todo a perder. Lo hago todo con la máxima eficiencia y con

una implicación personal mínima. Cuando era más joven sufrí por amores

no correspondidos, como cualquier persona normal.

Pero, desde que me casé, el tiempo se detuvo.

Hasta que me encontré con ese maldito escritor y su respuesta. A ver,

¿qué hay de malo en la rutina o en el hastío?

Para ser honesta, absolutamente nada. Solo...

... solo el terror secreto a que todo cambie de un momento a otro,

cogiéndome completamente desprevenida.

Desde el momento en que tuve ese pensamiento nefasto una mañana

maravillosa, empecé a tener miedo. ¿Sería capaz de enfrentarme al mundo

sola si mi marido muriese? Sí, me respondí a mí misma, porque su

herencia sería suficiente para mantener a varias generaciones. Y si muriera

yo, ¿quién cuidaría de mis hijos? Mi adorado marido. Aunque acabaría

casándose con otra, porque es rico, encantador e inteligente. ¿Estarían mis

hijos en buenas manos?

Mi primer paso fue tratar de responder a todas mis dudas. Y, cuantas

más contestaba, más preguntas surgían: ¿se buscará una amante cuando yo

sea vieja? ¿Tendrá ya a alguien, porque no hacemos el amor como antes?

¿Pensará que tengo a alguien por no haber mostrado mucho interés en los

últimos tres años?

Nunca discutimos por celos, y eso me parecía genial, pero a partir de

aquella mañana de primavera empecé a sospechar que se trataba de una

falta absoluta de amor por ambas partes.

Hice todo lo posible para no pensar más en el tema.

Durante una semana, al salir del trabajo, iba a comprar algo a la rue

du Rhône. Nada especial, pero al menos sentía, digamos, que algo estaba

cambiando. Al necesitar alguna cosa que antes no necesitaba. Al descubrir

un electrodoméstico que no conocía, aunque sea muy difícil que surja

alguna novedad en el reino de los electrodomésticos. Evitaba entrar en

tiendas para niños para no echar a perder a mis hijos con demasiados

regalos. Tampoco iba a tiendas de productos para hombres para que mi

marido no sospechara de mi exceso de generosidad.

Cuando llegaba a casa y entraba en el reino encantado de mi mundo

particular, todo parecía maravilloso durante tres o cuatro horas, hasta que

todos se iban a dormir. Entonces, poco a poco se fue instalando la

pesadilla.

Pienso que la pasión es para los jóvenes y que su ausencia debe de ser

normal a mi edad. No es eso lo que me asusta.

Hoy, algunos meses después, soy una mujer dividida entre el terror a

que todo cambie y el terror a que todo siga igual el resto de mi vida.

Alguna gente dice que, a medida que se acerca el verano, empezamos a

tener ideas un poco raras, nos sentimos más pequeños porque pasamos más

tiempo al aire libre y eso nos da la dimensión del mundo. El horizonte

queda más lejos, más allá de las nubes y de las paredes de casa.

Puede ser. Pero no duermo bien, y no es por culpa del calor. Cuando

llega la noche y nadie me ve, me asusto por todo: la vida, la muerte, el

amor y su ausencia, el hecho de que todas las novedades se están

convirtiendo en hábitos, la sensación de que estoy perdiendo los mejores

años de mi vida en una rutina que va a seguir repitiéndose hasta que me

muera, y el pánico a enfrentarme a lo desconocido, por más emocionante y

aventurero que sea.

Naturalmente, trato de consolarme con el sufrimiento de los demás.

Enciendo el televisor, veo un telediario cualquiera. Escucho una gran

cantidad de noticias sobre accidentes, damnificados por fenómenos

naturales, refugiados. ¿Cuánta gente enferma hay en el planeta en este

momento? ¿Cuántos sufren, en silencio o a gritos, injusticias y traiciones?

¿Cuántos pobres, desempleados y presos hay?

Cambio de canal. Veo una telenovela o una película y me distraigo

durante unos minutos o durante unas horas. Me muero de miedo por si mi

marido se despierta y me pregunta: «¿Qué pasa, mi amor?», porque tendría

que contestarle que no pasa nada. Peor sería, tal como ocurrió dos o tres

veces el mes pasado, si en cuanto nos acostásemos decidiera poner la mano

en mi muslo, subirla muy lentamente hacia arriba y empezar a tocarme.

Puedo fingir el orgasmo, ya lo he hecho muchas veces, pero no puedo

simplemente decidir ponerme húmeda.

Tendría que decir que estoy exhausta, y él, sin confesar jamás que le

fastidia, me daría un beso, se volvería hacia el otro lado, vería las últimas

noticias en su tableta y esperaría al día siguiente. Y entonces yo rezaría

para que estuviese cansado, muy cansado.

Pero no siempre es así. De vez en cuando tengo que tomar la

iniciativa. No puedo rechazarlo dos noches seguidas o acabará buscándose

una amante, y no quiero perderlo, de ninguna manera. Masturbándome un

poco, puedo estar húmeda antes, y todo vuelve a la normalidad.

Todo vuelve a la normalidad significa «Nada va a ser como antes»,

como cuando todavía éramos un misterio el uno para el otro.

Mantener el mismo fuego después de diez años de matrimonio me

parece algo raro. Y cada vez que finjo placer con el sexo, me muero un

poco por dentro. ¿Un poco? Creo que me estoy muriendo más deprisa de lo

que pensaba.

Mis amigas piensan que tengo suerte, porque les miento diciéndoles

que hacemos el amor con frecuencia, igual que ellas me mienten a mí

diciendo que no saben cómo sus maridos pueden seguir sintiendo el mismo

interés. Afirman que el sexo en el matrimonio solo es placentero durante

los cinco primeros años y que, a partir de entonces, es necesario un poco de

«fantasía». Cerrar los ojos e imaginar que tu vecino está encima de ti,

haciendo cosas que tu marido jamás se atrevería a hacer. Imaginar que te

poseen él y tu marido al mismo tiempo, todas las perversiones posibles y

todos los juegos prohibidos.

Hoy, al salir para llevar a los niños al colegio, me he quedado mirando

a mi vecino. Nunca lo he imaginado encima de mí; prefiero pensar en un

joven reportero que trabaja conmigo y aparenta un permanente estado de

sufrimiento y soledad. Nunca lo he visto tratando de seducir a nadie y ahí

radica, precisamente, su encanto. Todas las mujeres de la redacción han

comentado alguna vez que «les gustaría cuidarlo, pobrecito». Pienso que él

es consciente de ello y se conforma con ser un simple objeto de deseo,

nada más. Tal vez siente lo mismo que yo: un miedo terrible a dar un paso

adelante y estropearlo todo, su trabajo, su familia, su vida pasada y futura.

Pero en fin... Esta mañana he observado a mi vecino y he sentido

muchas ganas de llorar. Él estaba lavando el coche y he pensado: «Mira,

una persona como mi marido y como yo. Llegará un día en que haremos lo

mismo. Los niños habrán crecido y se habrán mudado a otra ciudad o

incluso a otro país, y nosotros estaremos jubilados lavando nuestros

coches, aunque podamos pagar a alguien para que lo haga por nosotros».

Sin embargo, después de cierta edad, es importante hacer cosas

irrelevantes para pasar el tiempo, para demostrarles a los demás que

nuestro cuerpo todavía funciona bien, que aún sabemos lo que es el dinero

y que seguimos realizando ciertas tareas con humildad.

Un coche limpio no marcará una gran diferencia en el mundo. Pero

esta mañana era lo único que le importaba a mi vecino. Él me ha deseado

un buen día, ha sonreído y ha vuelto a su trabajo, como si cuidara de una

escultura de Rodin.

Dejo el coche en un aparcamiento («¡Utilice el transporte público hasta

el centro! ¡Basta de contaminar el medio ambiente!»), cojo el autobús de

siempre y voy viendo las mismas cosas de camino al trabajo. Ginebra

parece no haber cambiado nada desde que yo era una niña: las antiguas

casas señoriales insisten en permanecer entre los edificios construidos por

algún alcalde loco que descubrió la «nueva arquitectura» en la década de

los años cincuenta.

Siempre que viajo echo esto de menos. Ese mal gusto, la falta de

grandes torres de vidrio y acero, la ausencia de autovías, las raíces de

árboles reventando el cemento de las aceras y haciéndonos tropezar todo el

tiempo, los jardines públicos con misteriosas vallas de madera donde crece

todo tipo de hierba, porque «la naturaleza es así»... En fin, una ciudad

diferente de todas las demás que se han modernizado y que han perdido el

encanto.

Aquí todavía damos los buenos días cuando nos cruzamos con un

desconocido y decimos «hasta luego» al salir de una tienda en la que

hemos comprado una botella de agua mineral, aunque no tengamos

intención de volver nunca más. También hablamos con extraños en el

autobús, aunque el resto del mundo piense que los suizos somos discretos y

reservados.

¡Qué idea tan equivocada! Pero es bueno que piensen así, porque de

esa manera podremos conservar nuestro estilo de vida durante cinco o seis

siglos más, antes de que las invasiones bárbaras atraviesen los Alpes con

sus maravillosos equipos electrónicos, pisos de habitaciones pequeñas y

salones grandes para impresionar a los invitados, mujeres demasiado

maquilladas, hombres que hablan demasiado alto y molestan a los vecinos,

y adolescentes que se visten con rebeldía pero se mueren de miedo ante lo

que su padre y su madre dicen.

Que piensen que solo criamos vacas y producimos queso, chocolate y

relojes. Que crean que hay un banco en cada esquina de Ginebra. No nos

interesa lo más mínimo cambiar esa opinión. Somos felices sin las

invasiones bárbaras. Estamos todos armados hasta los dientes; como el

servicio militar es obligatorio, cada suizo tiene un rifle en casa, pero casi

nunca se da el caso de que alguien decida dispararle a otra persona.

Somos felices sin cambiar nada desde hace siglos. Nos sentimos

orgullosos de haber permanecido neutrales cuando Europa envió a sus hijos

a guerras sin sentido. Nos alegra no tener que darle explicaciones a nadie

sobre el aspecto poco atractivo de Ginebra, con sus cafés de finales del

siglo XIX y sus señoras mayores caminando por la ciudad.

«Somos felices» tal vez sea una afirmación falsa. Todo el mundo es

feliz menos yo, que en este momento me dirijo al trabajo pensando qué me

pasa.

Un día más y otra vez el periódico se esfuerza por encontrar noticias

interesantes más allá de los habituales accidentes de tráfico, atracos (sin

ser a mano armada) e incendios (hacia donde se desplazan decenas de

vehículos con personal altamente cualificado que inunda un viejo piso

porque la humareda de un asado olvidado en el horno ha asustado a todo el

mundo).

Otra vez de vuelta en casa, el placer de cocinar, la mesa puesta y la

familia reunida en torno a ella, dando gracias a Dios por los alimentos que

recibimos. Otra noche en la que, después de la cena, cada uno se va por su

lado: el padre va a ayudar a sus hijos con los deberes, y la madre se

encarga de limpiar la cocina, ordenar la casa y dejar el dinero para la

asistenta, que vendrá por la mañana temprano.

Durante estos meses ha habido momentos en los que he estado muy

bien. Creo que mi vida tiene sentido, que ese es el papel del ser humano en

la Tierra. Los niños se dan cuenta de que su madre está en paz, el marido es

más amable y cariñoso, y toda la casa parece tener luz propia. Somos un

ejemplo de felicidad para el resto de la calle, de la ciudad, del estado (que

aquí llamamos *cantón*), del país.

Y de repente, sin ninguna explicación razonable, me meto en la ducha

y me saltan las lágrimas. Lloro en la ducha porque así nadie puede oír mis

sollozos y hacerme la pregunta que más detesto oír: «¿Estás bien?».

Sí, ¿por qué no habría de estarlo? ¿Veis algo mal en mi vida?

Nada.

Solo la noche que me aterra.

El día que veo sin entusiasmo alguno.

Las imágenes felices del pasado y las cosas que podrían haber sido y

no fueron.

El deseo de aventura jamás emprendido.

El terror de no saber qué va a ser de mis hijos.

Y entonces mis pensamientos empiezan a girar en torno a las cosas

negativas, siempre las mismas, como si un demonio estuviese al acecho en

un rincón de la habitación, para saltar sobre mí y decirme que lo que yo

llamaba *felicidad* era solo un estado de ánimo pasajero que no podía durar

mucho. Siempre lo has sabido, ¿verdad?

Quiero cambiar. Necesito cambiar. Hoy en el trabajo me he enfadado

más que de costumbre solo porque un becario ha tardado en encontrar el

material que le había pedido. Yo no soy así, pero poco a poco estoy

perdiendo contacto conmigo misma.

Es una tontería culpar a ese escritor y su entrevista. Eso fue hace

meses. Él simplemente destapó la boca de un volcán que puede estallar en

cualquier momento y sembrar muerte y destrucción a su alrededor. Si no

hubiese sido él, habría sido una película, un libro, alguien con quien

intercambié dos o tres palabras. Pienso que hay personas que pasan años

dejando que la presión se acumule en su interior, sin darse cuenta, y un día

cualquier tontería los hace perder la cabeza.

Entonces dicen: «Basta. No lo soporto más».

Algunos se suicidan. Otros se divorcian. También están los que se

marchan a las zonas pobres de África y tratan de salvar el mundo.

Pero yo me conozco. Sé que mi única reacción va a ser reprimir lo que

siento hasta que un cáncer me consuma por dentro. Porque realmente creo

que gran parte de las enfermedades son el resultado de emociones

reprimidas.

Me despierto a las dos de la mañana y me quedo mirando el techo, aun

sabiendo que al día siguiente tengo que madrugar, algo que simplemente

detesto. En lugar de pensar en alguna cosa productiva como «qué me está

pasando», simplemente no puedo controlar las ideas. Hay días, aunque

pocos, gracias a Dios, que me pregunto si debería ir a un hospital

psiquiátrico en busca de ayuda. Lo que me lo impide no es mi trabajo ni mi

marido, sino los niños. No pueden darse cuenta de lo que siento, de

ninguna manera.

Todo es más intenso. Vuelvo a pensar en un matrimonio, el mío, en el

que los celos nunca han formado parte de ninguna discusión. Pero nosotras,

las mujeres, tenemos un sexto sentido. Tal vez mi marido ha encontrado a

otra y yo me estoy dando cuenta de ello inconscientemente. Sin embargo,

no hay razón alguna para sospechar de él.

¿No es absurdo? ¿Acaso, de todos los hombres del mundo, fui a

casarme con el único que es absolutamente perfecto? No bebe, no sale por

la noche, no tiene un día fijo para quedar con sus amigos. Su vida se reduce

a la familia.

Sería un sueño si no fuese una pesadilla. Porque tengo la gran

responsabilidad de corresponderlo.

Entonces me doy cuenta de que palabras como *optimismo* y *esperanza*,

que aparecen en todos los libros que tratan de transmitirnos seguridad y

prepararnos para la vida, no son más que eso: palabras. Puede que los

sabios que las pronunciaron les buscaran un sentido y nos utilizaran como

cobayas para ver cómo reaccionábamos ante ese estímulo.

En realidad, estoy cansada de tener una vida feliz y perfecta. Y eso

solo puede ser síntoma de una enfermedad mental.

Me duermo pensando en ello. Quién sabe, a lo mejor tengo algún

problema serio.

Voy a comer con una amiga.

Sugirió que quedásemos en un restaurante japonés del que nunca he

oído hablar, lo cual es raro, porque me encanta la comida japonesa. Me

aseguró que el sitio era excelente, aunque queda un poco lejos de mi

trabajo.

Fue difícil llegar. Tuve que coger dos autobuses y buscar a alguien

que me indicase dónde está la galería donde queda ese «excelente

restaurante». Me parece horrible: la decoración, las mesas con servilletas

de papel, sin vistas. Pero tiene razón: es una de las mejores comidas que he

probado en Ginebra.

—Yo siempre almorzaba en el mismo restaurante, creía que era

aceptable, pero nada especial —dice—. Hasta que un amigo mío que

trabaja en la embajada de Japón me sugirió este. El sitio me pareció

horrible, como a ti, supongo. Pero son los propios dueños los que llevan el

local, y eso marca toda la diferencia.

«Yo siempre voy a los mismos restaurantes y pido los mismos

platos», pienso. Ni para algo así me atrevo ya a arriesgar.

Mi amiga toma antidepresivos. Lo último que quiero es hablar con

ella acerca de eso, porque hoy he llegado a la conclusión de que estoy a un

paso de la enfermedad y no quiero aceptarlo.

Y precisamente por haberme dicho a mí misma que eso sería lo

último que querría hacer, es lo primero que hago. La tragedia ajena

siempre nos ayuda a disminuir nuestro sufrimiento.

Le pregunto cómo se siente.

—Mucho mejor. Aunque las pastillas tardan en hacer efecto, en

cuanto empiezan a actuar en nuestro organismo recuperamos el interés por

las cosas, que vuelven a tener color y sabor.

Es decir: el sufrimiento se ha convertido en una fuente de beneficios

para la industria farmacéutica. ¿Estás triste? Toma esta pastilla y tus

problemas desaparecerán.

Con delicadeza, trato de averiguar si le interesa colaborar en un gran

artículo sobre la depresión para el periódico.

—No vale la pena. La gente ahora comparte todos sus sentimientos en

internet. Y hay pastillas.

¿De qué se habla en internet?

—De los efectos secundarios de las pastillas. A nadie le interesan los

síntomas de los demás, porque pueden ser contagiosos. De repente

podemos empezar a sentir algo que no sentíamos antes.

¿Nada más?

—Ejercicios de meditación. Aunque no creo que den mucho resultado.

Los he probado todos, pero no mejoré hasta que decidí aceptar que tenía un

problema.

Pero ¿saber que no estás sola no ayuda? ¿Hablar de lo que se siente

debido a la depresión no es bueno para todo el mundo?

—De ninguna manera. El que ha salido del infierno no tiene el menor

interés en saber cómo van las cosas allí dentro.

¿Por haber pasado tantos años en ese estado?

—Porque yo no creía que pudiera estar deprimida. Y porque cuando lo

comentaba contigo o con otras amigas todas decíais que era una tontería,

que la gente que realmente tiene problemas no tiene tiempo para sentirse

deprimida.

Es cierto, realmente lo dije.

Insisto: un artículo o una entrada en un blog pueden ayudar a la gente

a soportar la enfermedad y a buscar ayuda. Como yo no estoy deprimida y

no sé cómo es —enfatizo—, ¿no podría, al menos, hablarme un poco sobre

el tema?

Ella duda. Pero es mi amiga y tal vez desconfíe.

—Es como estar en una trampa. Sabes que estás atrapada pero no

puedes...

Era exactamente lo que yo pensaba un par de días antes.

Empieza a enumerar una serie de cosas que parecen comunes a todos

los que ya han visitado lo que ella ha llamado *infierno*. Falta de voluntad

para levantarse de la cama. Las tareas más simples se convierten en

esfuerzos hercúleos. El sentimiento de culpa por no tener ninguna razón

para sentirse así, mientras que mucha gente en el mundo sufre de verdad.

Trato de concentrarme en la excelente comida, que a estas alturas ya

casi ha perdido el sabor. Mi amiga sigue:

—Apatía. Fingir alegría, fingir tristeza, fingir orgasmos, fingir que

uno se está divirtiendo, fingir que has dormido bien, fingir que vives. Hasta

que llega un momento en que aparece una línea roja imaginaria y

comprendes que, si la cruzas, no habrá vuelta atrás. Entonces dejas de

quejarte, porque quejarse significa que al menos estás luchando contra

algo. Aceptas el estado vegetativo y tratas de ocultarlo ante todos. Lo cual

supone mucho trabajo.

Y ¿qué te provocó la depresión?

—Nada en particular. Pero ¿por qué tantas preguntas? ¿Sientes algo

de eso?

¡Por supuesto que no!

Es mejor cambiar de tema.

Hablamos del político que voy a entrevistar dentro de dos días: un

exnovio mío de secundaria, que tal vez ni siquiera recuerde que

intercambiamos algunos besos y que me toqueteó los pechos cuando

todavía no estaban totalmente formados.

Mi amiga se pone eufórica. Yo solo trato de no pensar en nada, mis

reacciones funcionan en piloto automático.

Apatía. Todavía no he llegado a ese estado, me quejo de lo que me

está pasando, pero pienso que dentro de poco (puede ser una cuestión de

meses, días u horas) podría llegar a instalarse en mí una absoluta falta de

interés por todo, y que va a ser muy difícil apartarla.

Parece que mi alma abandona lentamente mi cuerpo y se va a un lugar

desconocido, a un lugar «seguro» en el que no tenga que aguantarme a mí

misma ni a mis terrores nocturnos. Como si no estuviese en un restaurante

japonés horroroso, sino en una comida deliciosa, y todo lo que hay a mi

alrededor solo fuera una escena de una película que estoy viendo, sin

querer, ni poder, interferir.

Me despierto y repito los mismos rituales de siempre: cepillarme los

dientes, arreglarme para ir a trabajar, ir a la habitación de los niños a

despertarlos, preparar el desayuno para todos, sonreír, decir que la vida es

bella. En cada minuto y con cada gesto, siento un peso que no soy capaz de

identificar, igual que un animal no entiende muy bien cómo ha caído en

una trampa.

La comida no tiene sabor, la sonrisa, sin embargo, se amplía aún más

(para que no desconfíen), las ganas de llorar me las trago, la luz parece

gris.

La conversación de ayer no me sentó bien: empiezo a pensar que dejo

de estar enfadada y camino rápidamente hacia la apatía.

¿Es que nadie lo ve?

Por supuesto que no. Después de todo, yo sería la última persona en

admitir que necesito ayuda.

Ese es mi problema: el volcán entró en erupción y ya no se puede

volver a meter la lava dentro, plantar árboles, cortar la hierba y poner las

ovejas a pastar allí.

No me lo merezco.

Siempre he tratado de cumplir con las expectativas de todos. Pero

sucedió y no puedo hacer otra cosa más que tomar pastillas. Tal vez hoy

me invente una excusa para escribir un artículo sobre psiquiatría y

seguridad social (les encanta) y acabe encontrando un buen psiquiatra al

que pedirle ayuda, a pesar de que eso no es ético. Pero no todo es ético.

No tengo ninguna obsesión que ocupe mi mente, como ponerme a

dieta, por ejemplo. Ni tampoco con el orden, buscándole siempre defectos

al trabajo de nuestra asistenta, que llega a las ocho de la mañana y no se

marcha hasta las cinco de la tarde, después de lavar y planchar la ropa,

limpiar la casa y, de vez en cuando, ir al supermercado. No puedo

descargar mis frustraciones intentando ser una supermamá porque los

niños podrían resentirse durante el resto de sus vidas.

Salgo hacia el trabajo y veo otra vez al vecino puliendo el coche. Pero

¿no lo hizo ayer?

Incapaz de contenerme, me acerco y le pregunto por qué.

—Me quedaron algunas cosas —responde, después de darme los

buenos días, preguntarme por la familia y comentar que mi vestido es

bonito.

Miro el coche, un Audi (uno de los apellidos de Ginebra es Audiland).

Me parece perfecto. Me enseña algún que otro detalle que no brilla como

debería.

Estiro un poco la conversación y le pregunto qué cree él que busca la

gente en la vida.

—Es fácil. Pagar las facturas. Comprar una casa como la tuya o la

mía. Tener un jardín con árboles, invitar a sus hijos y a sus nietos a comer

el domingo. Viajar por el mundo después de la jubilación.

¿Es eso lo que la gente desea de la vida? ¿Es eso de verdad? Algo está

mal en este mundo, y no me refiero a las guerras en Asia o en Oriente

Medio.

Antes de ir a la redacción, tengo que entrevistar a Jacob, mi antiguo

novio de secundaria. Ni siquiera eso me anima, realmente estoy perdiendo

el interés por las cosas.

Recibo información que no he pedido sobre programas de gobierno.

Hago preguntas para incomodarlo, pero él las esquiva con elegancia. Es un

año más joven que yo, así que tiene treinta años, aunque aparenta treinta y

cinco. Me guardo esa observación para mí misma.

Por supuesto que me ha gustado volver a verlo, aunque hasta ahora no

me ha preguntado qué ha sido de mi vida, ya que cada uno siguió su

camino después de la graduación. Está concentrado en sí mismo, en su

carrera, en el futuro, mientras yo me sorprendo mirando al pasado como

una tonta, como si fuese todavía una adolescente que lleva el aparato en los

dientes y, aun así, es envidiada por otras chicas.

Después de un rato, dejo de escucharlo y pongo el piloto automático.

Siempre el mismo guion, los mismos asuntos, bajar los impuestos, luchar

contra la delincuencia, mejor control de la entrada de los franceses

(llamados *fronterizos*), que ocupan puestos de trabajo que corresponderían

a los suizos. Año tras año, los temas siguen siendo los mismos y los

problemas siguen sin resolverse, porque a nadie le interesan realmente.

Después de veinte minutos de conversación me pregunto si semejante

desinterés es una consecuencia de mi extraño estado de ánimo en estos

momentos. Pero no. No hay nada más aburrido que entrevistar a políticos.

Habría preferido que me enviasen a cubrir un crimen. Los asesinos son

mucho más auténticos.

Y, comparados con los representantes del pueblo de cualquier otro

lugar del planeta, los nuestros son menos interesantes y más sosos. A nadie

le interesa su vida privada. Solo dos cosas pueden acabar en escándalo: la

corrupción y las drogas. Entonces el caso alcanza proporciones gigantescas

y da más de sí de lo que debería, por la falta absoluta de temas en los

periódicos.

Pero ¿a quién le importa si tienen amantes, si frecuentan burdeles o si

han decidido asumir su homosexualidad? A nadie. Seguid haciendo aquello

para lo que habéis sido elegidos, sin exceder el presupuesto público, y

viviremos todos en paz.

El presidente del país cambia cada año (eso mismo, *cada año*) y no es

elegido por el pueblo, sino por el Consejo Federal, entidad formada por

siete consejeros que ejercen la jefatura del Estado de Suiza. Por otro lado,

cada vez que paso frente al Museo de Bellas Artes, veo los anuncios de

nuevos plebiscitos.

A la población le encanta decidirlo todo: el color de las bolsas de

basura (ganó el negro), el permiso para tener armas (aprobado por

aplastante mayoría, y Suiza es el país con más armas per cápita del

mundo), el número de minaretes que se pueden construir en todo el país

(cuatro), el asilo a expatriados (no lo seguí, pero supongo que la ley ha sido

aprobada y ya está en vigor).

—Señor Jacob König...

Ya nos han interrumpido una vez. Educadamente le pide a su asistente

que posponga la siguiente cita. Mi periódico es el más importante de la

Suiza francesa y la entrevista puede ser un punto de inflexión para las

próximas elecciones.

Él finge que me convence y yo finjo que lo creo.

Pero ya estoy satisfecha. Me levanto, le doy las gracias y le digo que

ya tengo todo el material que necesito.

—¿No falta nada?

Seguro que sí. Pero no me corresponde a mí decir qué.

—¿Y si nos vemos después del trabajo?

Le explico que tengo que ir a buscar a mis hijos al colegio. Espero que

haya visto la alianza de oro macizo en mi dedo izquierdo, que dice: «Lo

pasado pasado está».

—Bueno, entonces ¿qué tal si quedamos para comer cualquier día?

Acepto. Me autoengaño con mucha facilidad y me digo: «¿No tendrá

algo realmente importante que decirme, un secreto de Estado, algo que

cambiará la política del país y hará que el redactor jefe del periódico me

vea con otros ojos?».

Él se dirige a la puerta, la cierra por dentro, vuelve hacia mí y me

besa. Lo beso, porque ya ha pasado mucho tiempo desde la última vez.

Jacob, al que puede que amase un día, ahora es un hombre de familia,

casado con una profesora. Y yo, una madre de familia, casada con un

heredero rico, aunque trabajador.

Pienso en apartarlo y decirle que ya no somos niños, pero me gusta.

No solo he descubierto un nuevo restaurante japonés, sino que estoy

haciendo algo que no debería. ¡Rompo las normas y no se me cae el mundo

encima! Hacía tiempo que no me sentía tan feliz.

Cada vez me siento mejor, más audaz, más libre. Entonces hago algo

con lo que siempre he soñado, desde que era estudiante.

Me arrodillo en el suelo, bajo la cremallera de sus pantalones y

empiezo a lamer su sexo. Él me agarra del pelo y controla el ritmo.

Eyacula en menos de un minuto.

—¡Qué maravilla!

No respondo. La verdad, sin embargo, es que es mucho mejor para mí

que para él, que ha tenido una eyaculación precoz.

Tras el pecado, el temor a ser descubierta por el crimen cometido.

En el camino de vuelta al periódico compro un cepillo y pasta de

dientes. Cada media hora voy al baño de la redacción para comprobar si

tengo alguna marca en la cara o en la blusa Versace con bordados

intrincados, perfectos para que queden restos. Con el rabillo del ojo

observo a mis colegas de trabajo, pero ninguno (o ninguna, las mujeres

siempre tienen una especie de radar para esos detalles) ha notado nada.

¿Por qué ha pasado? Era como si otra persona me hubiese dominado y

empujado a aquella situación mecánica, que nada tenía de erótica. ¿Quería

demostrarle a Jacob que soy una mujer independiente, libre, dueña de mi

propia vida? ¿Lo he hecho para impresionarlo o para intentar huir de lo que

mi amiga llamó *infierno*?

Todo va a seguir como antes. No estoy en una encrucijada. Sé hacia

adónde ir y espero, con el devenir de los años, poder hacer que mi familia

cambie de dirección para no acabar creyéndonos que lavar el coche es algo

extraordinario. Los grandes cambios suceden con el tiempo, y tengo de

sobra.

Al menos, eso espero.

Llego a casa procurando no mostrar felicidad ni tristeza. Lo que

inmediatamente llama la atención de los niños.

—Mamá, hoy estás un poco rara.

Me apetece decir: «Realmente sí, porque he hecho algo que no debía

y, aun así, no me siento ni un poco culpable, solo tengo miedo a que me

descubran».

Mi marido llega y, como siempre, me da un beso, me pregunta cómo

me ha ido el día y qué hay de cena. Le doy las respuestas a las que está

acostumbrado. Si no nota nada diferente en la rutina, no sospechará que

esta tarde le he practicado sexo oral a un político.

Lo cual, por cierto, no me ha proporcionado el más mínimo placer

físico. Y ahora estoy loca de deseo, necesito a un hombre, muchos besos,

sentir el dolor y el placer de un cuerpo sobre el mío.

Cuando subimos a la habitación, me doy cuenta de que estoy

completamente excitada, ansiosa por hacer el amor con mi marido. Pero

tengo que ir con calma, sin exageraciones, o podría sospechar.

Me doy una ducha, me acuesto junto a él, le quito la tableta de la

mano y la dejo sobre la mesilla de noche. Le acaricio el pecho y enseguida

se excita. Hacía mucho tiempo que no echábamos un polvo así. Al gemir

un poco más alto, me pide que me controle para no despertar a los niños,

pero le digo que estoy harta de ese comentario y que quiero expresar lo que

siento.

Tengo múltiples orgasmos. Dios mío, ¡cuánto quiero a este hombre

que está a mi lado! Terminamos exhaustos y sudorosos, así que decido

darme otra ducha. Él me acompaña y juega poniendo la ducha en mi sexo.

Le pido que pare, porque estoy cansada, necesitamos dormir y así va a

acabar excitándome de nuevo.

Mientras nos secamos el uno al otro, en un intento de cambiar a toda

costa mi modo de afrontar los días, le pido que me lleve a una discoteca.

Creo que en ese momento sospecha que hay algo distinto.

—¿Mañana?

Mañana no puedo, tengo clase de yoga.

—Ahora que lo mencionas, ¿puedo hacerte una pregunta bastante

directa?

Mi corazón se detiene. Y continúa:

—¿Por qué haces yoga realmente? Eres una mujer tan tranquila, en

armonía contigo misma, y sabes muy bien lo que quieres. ¿No crees que es

una pérdida de tiempo?

Mi corazón vuelve a latir. No respondo. Me limito a sonreír y a

acariciarle el rostro.

Me dejo caer en la cama, cierro los ojos y pienso antes de dormir:

«Debo de estar atravesando alguna crisis típica del que lleva tanto tiempo

casado. Se me pasará».

No todo el mundo necesita ser feliz todo el tiempo. De hecho, nadie

en este mundo puede. Hay que aprender a lidiar con la realidad de la vida.

Querida depresión, no te acerques. No seas desagradable. Persigue a

otros que tienen más motivos que yo para mirarte en el espejo y decir:

«Qué vida tan inútil». Lo quieras o no, sé cómo derrotarte.

Depresión, conmigo pierdes el tiempo.

La cita con Jacob König se desarrolla exactamente como imaginaba.

Vamos a La Perle du Lac, un restaurante caro a orillas del lago que solía

ser genial, pero que hoy en día se mantiene gracias a la ciudad. Sigue

costando un ojo de la cara comer allí, a pesar de que la comida es pésima.

Podría haberlo sorprendido con el restaurante japonés que acababa de

conocer, pero sé que habría pensado que tengo mal gusto. Para algunas

personas, la decoración es más importante que la comida.

Y ahora veo que tomé la decisión correcta. Él trata de mostrarme que

es un gran conocedor de vinos, evaluando el «bouquet», la «textura», la

«lágrima», esa marca aceitosa que se escurre por la pared de la copa. Es

decir, me está diciendo que ha crecido, que ya no es el chico de aquellos

días de estudiante, ha aprendido, ha ascendido en la vida y ahora conoce el

mundo, el vino, la política, las mujeres y las exnovias.

¡Cuánta tontería! Nacemos y morimos bebiendo vino. Distinguimos

cuándo es de buena o mala calidad, y punto.

Pero hasta que encontré a mi marido, todos los hombres a los que

había conocido, y que se creían cultos, consideraban la elección del vino su

momento de gloria solitaria. Todos hacen lo mismo: con una expresión

muy seria, huelen el corcho, leen la etiqueta, dejan que el camarero sirva

una cata, hacen girar la copa, la observan a contraluz, olfatean, lo degustan

lentamente y, por fin, asienten con la cabeza.

Después de ver esa escena en innumerables ocasiones, decidí cambiar

de pandilla y empecé a andar con los *nerds*, los socialmente excluidos de la

universidad. A diferencia de los catadores de vino, predecibles y

artificiales, los *nerds* eran auténticos y no hacían el menor esfuerzo para

impresionarme. Hablaban de cosas que yo no entendía. Pensaban, por

ejemplo, que tenía la obligación de conocer al menos el nombre *Intel*,

«puesto que está escrito en todos los ordenadores». Yo nunca me había

fijado.

Los *nerds* me hacían sentir una completa ignorante, una mujer sin

atractivo alguno, y estaban más interesados en la piratería por internet que

en mis pechos y mis piernas. Acabé regresando a la seguridad de los

catadores de vino. Hasta que conocí a un hombre que no trataba de

impresionarme con su gusto sofisticado ni tampoco hacía que me sintiera

estúpida al hablar de planetas misteriosos, hobbits y programas

informáticos que borran el rastro de las páginas visitadas. Después de

algunos meses de noviazgo, durante los cuales conocimos por lo menos

ciento veinte nuevas aldeas alrededor del lago que baña Ginebra, me pidió

matrimonio.

Acepté al momento.

Le pregunto a Jacob si conoce alguna discoteca, porque hace años que

no sigo la vida nocturna de Ginebra (*vida nocturna* es simplemente una

forma de hablar) y he decidido salir a bailar y a beber. Sus ojos brillan.

—No tengo tiempo. Me halaga la invitación pero, como sabes, además

de estar casado, no puedo dejarme ver por ahí con una periodista. Dirán

que tus noticias son...

Tendenciosas.

—... sí, tendenciosas.

Decido llevar adelante ese jueguecito de seducción, que siempre me

ha divertido. ¿Qué tengo que perder? Después de todo, yo ya conozco todos

los caminos, atajos, trampas y objetivos.

Le sugiero que me hable más de sí mismo. De su vida personal.

Después de todo, no estoy aquí como periodista, sino como mujer y

exnovia de la adolescencia.

Hago hincapié en la palabra *mujer*.

—No tengo vida personal —responde—. Lamentablemente no puedo

tenerla. Elegí una carrera que me ha convertido en un autómata. Todo lo

que digo se vigila, se cuestiona, se publica.

No es así exactamente, pero su sinceridad me desarma. Sé que quiere

tantear el terreno, saber dónde pisa y hasta adónde puede llegar conmigo.

Insinúa que «no es feliz en su matrimonio», como hacen todos los hombres

maduros (después de probar el vino y de contar detalladamente lo

poderosos que son).

—Los dos últimos años han estado marcados por algunos meses de

alegría, otros de retos, pero el resto consistieron simplemente en aferrarse

al cargo y tratar de complacer a todo el mundo para ser reelegido. Me vi

obligado a renunciar a todo lo que me gustaba, como salir a bailar contigo

esta semana, por ejemplo. O pasarme horas escuchando música, fumar o

hacer algo que los demás consideran inapropiado.

¡Pero qué exageración! A nadie le preocupa su vida personal.

—Tal vez sea el retorno de Saturno. Cada veintinueve años ese

planeta vuelve al mismo lugar en el que se encontraba el día de nuestro

nacimiento.

¿El retorno de Saturno?

Se da cuenta de que ha hablado más de lo que debía y sugiere que tal

vez sea mejor volver al trabajo.

No. Mi retorno de Saturno ya fue, necesito saber exactamente qué

significa eso. Me da una clase de astrología: Saturno tarda veintinueve

años en volver al punto en el que estaba en el momento en que nacemos.

Hasta que eso sucede, creemos que todo es posible, que nuestros sueños se

van a realizar y que las murallas que nos rodean se pueden derribar.

Cuando Saturno completa el ciclo, el romanticismo desaparece. Las

decisiones son definitivas y los cambios de rumbo son prácticamente

imposibles.

—No soy un experto, por supuesto. Pero mi próxima oportunidad no

llegará hasta los cincuenta y ocho años, en el segundo retorno de Saturno.

Y ¿por qué me ha invitado a almorzar, si Saturno dice que ya no es

posible elegir otro camino? Hace ya casi una hora que estamos hablando.

—¿Eres feliz?

¿Cómo?

—He visto algo en tus ojos..., una tristeza inexplicable en una mujer

tan hermosa, bien casada y con un buen trabajo. Era como si viera un

reflejo de mis propios ojos. Te repito la pregunta: ¿eres feliz?

En el país donde yo nací, me crie y ahora crío a mis hijos, *nadie* hace

ese tipo de preguntas. La felicidad no es un valor que se puede medir con

precisión, ni se puede decidir en plebiscitos, o que lo analicen

especialistas. Ni siquiera le preguntamos a alguien qué marca de coche

utiliza, menos aún algo tan íntimo e imposible de definir.

—No tienes que responder. El silencio es suficiente.

No, el silencio no es suficiente. No es una respuesta. Solamente

refleja sorpresa, perplejidad.

—Yo no soy feliz —dice él—. Tengo todo lo que un hombre puede

soñar, pero no soy feliz.

¿Le habrán echado algo al agua de la ciudad? ¿Están tratando de

destruir mi país con un arma química que causa una profunda frustración

en todo el mundo? No es posible que todos con los que hablo sientan lo

mismo que yo.

Hasta el momento no he dicho nada. Pero las almas en pena tienen esa

increíble capacidad de reconocerse y acercarse, multiplicando su dolor.

¿Por qué no me había dado cuenta? ¿Por qué me fijé en la

superficialidad con la que hablaba sobre cuestiones políticas o en la

pedantería con la que probaba el vino?

Retorno de Saturno. Infelicidad. Cosas que no esperaba oír de Jacob

König.

Entonces, en ese preciso momento (miro el reloj, son las 13.55 horas),

me enamoro otra vez de él. Nadie, ni siquiera mi maravilloso marido me

ha preguntado nunca si soy feliz. Puede que en mi infancia mis padres o

mis abuelos quisieran saber en algún momento si estaba contenta, pero

nada más.

—¿Volveremos a vernos?

Dirijo la vista hacia él y ya no veo al exnovio de la adolescencia, sino

un abismo al que me acerco voluntariamente, un abismo del que no quiero

escapar de ninguna manera. En una fracción de segundo pienso que las

noches de insomnio serán más insoportables que nunca, ya que ahora

realmente tengo un problema concreto: un corazón enamorado.

Todas las luces rojas de «alerta» que hay en mi conciencia y en mi

subconsciente se ponen a parpadear.

Pero me digo: «No eres más que una tonta, lo que realmente quiere es

llevarte a la cama. No le importa tu felicidad».

Entonces, en un gesto casi suicida, acepto. A lo mejor irme a la cama

con alguien que solo me tocó los pechos cuando todavía éramos

adolescentes es bueno para mi matrimonio, como ayer, cuando le practiqué

sexo oral por la mañana y después tuve múltiples orgasmos por la noche.

Trato de volver al tema de Saturno, pero él ya ha pedido la cuenta y

está hablando por el móvil, avisando de que va a llegar cinco minutos

tarde.

—Por favor, sirve agua y café.

Le pregunto con quién estaba hablando y dice que con su mujer. El

director de una gran compañía farmacéutica quiere verlo y, posiblemente,

invertir algún dinero en esta fase final de su campaña al Consejo de los

Estados. Las elecciones están a la vuelta de la esquina.

Una vez más recuerdo que está casado. Que es infeliz. Que no puede

hacer nada de lo que le gusta. Que circulan rumores sobre él y su mujer,

parece que es una relación abierta. Tengo que olvidar esa sensación que me

ha invadido a las 13.55 y darme cuenta de que lo único que quiere es

utilizarme.

No me molesta, siempre que dejemos las cosas claras. Yo también

necesito llevarme a alguien a la cama.

Nos paramos en la acera frente al restaurante. Mira a su alrededor,

como si fuéramos una pareja absolutamente sospechosa. Después de

asegurarse de que nadie está vigilando, enciende un cigarrillo.

Entonces era eso lo que temía que viesen: el cigarrillo.

—Como recordarás, me consideraban el alumno más prometedor del

grupo. Tenía que demostrarles que estaban en lo cierto, porque sentimos

una gran necesidad de amor y aprobación. Me sacrificaba sin quedar con

los amigos para estudiar y cumplir con las expectativas de los demás.

Acabé secundaria con unas notas excelentes. Por cierto, ¿por qué nos

dejamos?

Si él no se acuerda, yo menos. Creo que en aquella época todo el

mundo se liaba con todo el mundo y nadie estaba con nadie.

—Acabé la universidad, me nombraron abogado de oficio, trataba con

criminales y con inocentes, con indeseables y con gente honrada. Lo que

iba a ser un trabajo temporal se convirtió en una decisión para toda la vida:

puedo ayudar. Mi cartera de clientes fue creciendo. Mi fama se extendió

por toda la ciudad. Mi padre insistía en que ya era hora de dejar todo

aquello y de ponerme a trabajar en el bufete de un amigo suyo. Pero yo me

entusiasmaba con cada caso que ganaba. Y cada dos por tres tropezaba con

una ley completamente arcaica que ya no era aplicable al momento

presente. Había mucho que cambiar en la administración de la ciudad.

Todo eso está en su biografía oficial, pero oírlo de su boca es

diferente.

—En un determinado momento pensé que podía presentar mi

candidatura a diputado. Hicimos una campaña casi sin recursos, porque mi

padre estaba en contra. Pero los clientes estaban a favor. Fui elegido por un

margen muy pequeño de votos, pero lo conseguí.

Mira a su alrededor otra vez. Esconde el cigarrillo a la espalda. Pero

como nadie está mirando, le da otra larga calada. Sus ojos están vacíos,

centrados en el pasado.

—Cuando empecé en política, dormía cinco horas al día y siempre

tenía mucha energía. Ahora me apetece dormir dieciocho. Se acabó la luna

de miel con mi lugar en el mundo. Solo queda la necesidad de

complacerlos a todos, especialmente a mi mujer, que lucha como una leona

para que yo tenga un futuro brillante. Marianne se ha sacrificado mucho y

no puedo decepcionarla.

¿Es este el mismo hombre que hace apenas unos minutos me ha

pedido que quedásemos otra vez? ¿Será eso lo que quiere: salir y hablar

con alguien que pueda comprenderlo porque siente lo mismo?

Tengo el don de crear fantasías con una rapidez impresionante. Ya me

estaba imaginando a mí misma entre sábanas de seda en un chalet en los

Alpes.

—Entonces ¿cuándo podemos volver a vernos?

Tú dirás.

Me propone quedar dentro de dos días. Le digo que tengo clase de

yoga. Me pide que falte. Le explico que siempre falto y que me había

prometido a mí misma ser más disciplinada.

Jacob parece resignado. Me tienta aceptar, pero no puedo dar la

impresión de estar demasiado ansiosa o disponible.

La vida vuelve a ser divertida, porque la apatía de antes es sustituida

por el miedo. ¡Qué alegría tener miedo a perder una oportunidad!

Le digo que es imposible, mejor quedamos el viernes. Acepta, llama a

su asistente y le pide que lo anote en su agenda. Acaba el cigarrillo y nos

despedimos. No le pregunto por qué me ha hablado tanto de su vida íntima,

y él tampoco añade nada importante a lo que había dicho cuando

estábamos en el restaurante.

Me gustaría creer que algo ha cambiado en ese almuerzo. Uno más

entre los cientos de almuerzos de trabajo que he tenido, con una comida

que no podía ser menos saludable y una bebida que ambos fingimos tomar,

pero que apenas habíamos tocado cuando pedimos el café. No se puede

bajar nunca la guardia, a pesar de todo ese teatro en el momento de

probarlo.

La necesidad de complacer a todo el mundo. El retorno de Saturno.

No estoy sola.

El periodismo no tiene todo ese glamour que la gente piensa:

entrevistar a famosos, recibir invitaciones a viajes fantásticos, estar en

contacto con el poder, el dinero, el fascinante mundo de la marginalidad.

Realmente pasamos la mayor parte del tiempo en mesas de trabajo

separadas con tabiques bajos de conglomerado, pegados al teléfono. La

privacidad solo es para los jefes, en sus peceras de cristal transparente, con

cortinas que pueden cerrarse de vez en cuando. Al hacerlo, siguen sabiendo

lo que ocurre fuera, mientras que nosotros ya no podemos leer sus labios

de pez en movimiento.

El periodismo en Ginebra, con sus ciento noventa y cinco mil

habitantes, es lo más aburrido del mundo. Le echo un vistazo a la edición

de hoy, aunque ya sé lo que contiene, las habituales reuniones de

dignatarios extranjeros en la sede de las Naciones Unidas, las típicas

quejas contra el fin del secreto bancario y algunas cosas más que merecen

un lugar destacado en la primera plana, como «La obesidad mórbida

impide a un hombre entrar en un avión», «Un lobo mata ovejas en los

alrededores de la ciudad», «Encontrados varios fósiles precolombinos en

Saint-Georges» y, finalmente, el gran titular: «Tras su restauración, el

barco *Genève* vuelve al lago más bonito que nunca».

Me llaman a otra mesa de trabajo. Quieren saber si he conseguido

alguna exclusiva durante el almuerzo que he compartido con el político.

Como era de esperar, nos han visto juntos.

No, respondo. Nada más allá de lo que está en la biografía oficial. La

comida fue más para acercarme a una *fuente*, como denominamos a la

gente que nos da información importante. (Cuanto mayor sea su red de

fuentes, mejor y más respetado es el periodista.)

Mi jefe dice que otra fuente asegura que, aun estando casado, Jacob

König tiene una aventura con la mujer de otro político. Siento una punzada

en ese rincón oscuro del alma golpeado por la depresión y que yo me he

negado a atender.

Me preguntan si puedo acercarme más a él. No les interesa mucho su

vida sexual, pero esa fuente sugiere que puede que lo estén chantajeando.

Un grupo metalúrgico extranjero quiere hacer desaparecer las pruebas de

sus problemas fiscales en su país, pero no tiene forma de acercarse al

consejero de Economía. Necesitan un «empujoncito».

El director explica: el diputado Jacob König no es nuestro objetivo,

debemos denunciar a aquellos que tratan de corromper nuestro sistema

político.

—No es difícil. Basta con decirle que estamos de su lado.

Suiza es uno de los pocos países en el mundo donde la palabra es

suficiente. En la mayoría de los países son necesarios abogados, testigos,

documentos firmados y amenazar con un proceso judicial si no se respeta

la confidencialidad.

—Necesitamos la confirmación y fotos.

Entonces tengo que acercarme a él.

—Tampoco será difícil. Nuestras fuentes dicen que incluso han

quedado en verse. Está en su agenda oficial.

¡Y este es el país de los secretos bancarios! Todo el mundo lo sabe

todo.

—Sigue la táctica de siempre.

La «táctica de siempre» consiste en cuatro puntos: 1. Empieza

haciendo preguntas sobre cualquier tema del que al entrevistado le interese

hablar en público. 2. Deja que hable todo el tiempo posible, así pensará que

el periódico le va a dedicar un gran espacio. 3. Al final de la entrevista,

cuando ya esté convencido de que nos tiene bajo control, hazle esa

pregunta, la única que nos interesa, de modo que crea que, si no la

responde, no le dedicaremos el espacio que espera y que ha sido una

pérdida de tiempo. 4. Si responde con evasivas, reformula la pregunta, pero

insiste. Dirá que eso no le importa a nadie. Pero hay que conseguir una, al

menos una declaración. En el 99 por ciento de los casos el entrevistado cae

en la trampa.

Eso es suficiente. El resto de la entrevista la tiras y utilizas la

declaración sobre el tema en cuestión, que no era sobre el entrevistado,

sino sobre algún asunto importante, que incluye investigación periodística,

información oficial, información extraoficial, fuentes anónimas, etc.

—Si es reacio a responder, insiste en que estamos de su lado. Ya sabes

cómo funciona el periodismo. Y lo tendremos en cuenta...

Sé cómo funciona. La carrera de periodista es tan corta como la del

atleta. Alcanzamos pronto la gloria y el poder, y después damos paso a la

nueva generación. Son pocos los que siguen y progresan. Los demás ven

que su nivel de vida cae, se convierten en críticos de prensa, crean blogs,

dan conferencias y pasan más tiempo de lo necesario tratando de

impresionar a sus amigos. No hay un estadio intermedio.

Yo todavía llevo el cartel de «profesional prometedor». Si obtengo

esas declaraciones, es probable que el próximo año aún no me toque

escuchar: «Tenemos que reducir los costes, y tú, con tu talento y tu

nombre, seguramente encontrarás otro trabajo».

¿Me ascenderán? Podré decidir qué se publica en primera página: el

problema del lobo que devora ovejas, el éxodo de banqueros extranjeros a

Dubai y a Singapur, o la absurda falta de inmuebles de alquiler. Qué

manera más emocionante de pasar los próximos cinco años...

Vuelvo a mi mesa de trabajo, hago algunas llamadas más sin

importancia y leo todo lo interesante en los portales de internet. A mi lado,

mis colegas hacen lo mismo, desesperados por encontrar alguna noticia

que haga que nuestras ventas dejen de caer. Alguien comenta que se han

visto jabalíes en medio de la vía de ferrocarril que une Ginebra con Zúrich.

¿Eso es noticia?

Por supuesto que sí. Igual que la llamada que acabo de recibir de una

mujer de ochenta años que se queja de la ley que prohíbe fumar en los

bares. Dice que en verano no hay problema, pero que en invierno se va a

morir mucha más gente de neumonía que de cáncer de pulmón, ya que todo

el mundo se verá obligado a fumar fuera.

¿Qué es lo que realmente hacemos en la redacción de un periódico

impreso?

Ya sé: nos encanta nuestro trabajo y tenemos la intención de salvar el

mundo.

Sentada en la postura del loto, con incienso ardiendo y una música

insoportablemente parecida a la que solemos escuchar en los ascensores,

empiezo la «meditación». Ya hace tiempo que me recomendaron que

probase. Fue cuando pensaban que estaba «estresada». (De hecho, lo

estaba, pero era mejor que esta absoluta falta de interés por la vida que

siento ahora.)

—Os molestarán las impurezas de la razón. No os preocupéis.

Aceptad los pensamientos que aparezcan. No luchéis contra ellos.

Perfecto, lo estoy haciendo. Aparto las emociones tóxicas, como el

orgullo, la desilusión, los celos, la ingratitud, la inutilidad. Ocupo ese

espacio con humildad, gratitud, comprensión, conciencia y gracia.

Creo que he estado comiendo más azúcar del que debería, y es malo

para la salud y para el espíritu.

Dejo a un lado la oscuridad y la desesperación, e invoco las fuerzas

del bien y de la luz.

Recuerdo cada detalle del almuerzo con Jacob.

Canto un mantra con los otros alumnos.

Me pregunto si lo que ha dicho el editor jefe es verdad. ¿Le ha sido

Jacob realmente infiel a su mujer? ¿Habrá aceptado el chantaje?

La profesora nos pide que imaginemos una armadura de luz a nuestro

alrededor.

—Debemos vivir cada día con la certeza de que esa armadura nos

protegerá de los peligros, y ya no estaremos ligados a la dualidad de la

existencia. Debemos buscar el camino del medio, donde no hay ni alegría

ni dolor, solo una profunda paz.

Empiezo a entender por qué falto tanto a las clases de yoga. ¿Dualidad

de la existencia? ¿El camino del medio? Eso suena tan poco natural como

mantener el nivel de colesterol a setenta, que es lo que mi médico me pide

que haga.

La imagen de la armadura resiste solo unos segundos, después se

rompe en mil pedazos y es sustituida por la certeza absoluta de que a Jacob

le gustan todas y cualquier mujer bonita con la que se cruza. Y ¿qué tengo

yo que ver con eso?

Los ejercicios continúan. Cambiamos de postura y la profesora

insiste, como en todas las clases, en que intentemos, por lo menos durante

unos segundos, «vaciar la mente».

El vacío es precisamente lo que más temo y lo que más me ha

acompañado. Si supiera lo que me está pidiendo... En fin, no soy yo la que

debe juzgar una técnica que existe desde hace siglos.

¿Qué hago aquí?

Ya sé: combatir el estrés.

Me despierto otra vez en mitad de la noche. Voy a la habitación de los

niños para ver si todo está bien, algo obsesivo, pero todos los padres lo

hacen de vez en cuando.

Vuelvo a la cama y me quedo mirando fijamente al techo.

No tengo fuerzas para decir lo que quiero o no quiero hacer. ¿Por qué

no dejo el yoga de una vez? ¿Por qué no acabo de decidirme a acudir a un

psiquiatra y empiezo a tomar las pastillas mágicas? ¿Por qué no puedo

controlarme y dejo de pensar en Jacob? Después de todo, en ningún

momento insinuó nada que no fuera tener a alguien con quien hablar sobre

Saturno y las frustraciones que, tarde o temprano, los adultos acaban

afrontando.

No puedo soportarlo más. Mi vida parece una película que repite sin

cesar la misma escena.

Asistí a algunas clases de psicología cuando estaba en la Facultad de

Periodismo. En una de ellas, el profesor (un hombre bastante interesante,

tanto en clase como en la cama) dijo que hay cinco etapas por las que

pasará el entrevistado: defensa, exaltación de uno mismo, autoconfianza,

confesión e intención de arreglar las cosas.

En mi vida, he pasado directamente del estado de autoconfianza al de

la confesión. Empiezo a decirme cosas que mejor sería que permaneciesen

ocultas.

Por ejemplo: el mundo se ha parado.

No solo el mío, sino el de todos los que me rodean. Cuando nos

reunimos con los amigos, siempre hablamos de las mismas cosas y de las

mismas personas. Las conversaciones parecen nuevas, pero todo es una

pérdida de tiempo y energía. Tratamos de demostrar que la vida sigue

siendo interesante.

Todo el mundo trata de controlar la propia infelicidad. No solo Jacob

y yo, sino también probablemente mi marido. Solo que él no lo demuestra.

En el peligroso estado de confesión en el que me encuentro, las cosas

empiezan a estar claras. No me siento sola. Estoy rodeada de personas con

los mismos problemas y todas fingen que la vida sigue siendo igual que

antes. Como yo. Como mi vecino. Posiblemente, como mi jefe y como el

hombre que duerme a mi lado.

Después de cierta edad, empezamos a utilizar una máscara de

seguridad y certeza. Con el tiempo, esa máscara se pega a la cara y ya no se

puede quitar.

De niños aprendemos que, si lloramos, recibimos cariño; si

mostramos que estamos tristes, recibimos consuelo. Si no podemos

convencer con nuestra sonrisa, seguramente convenceremos con nuestras

lágrimas.

Pero ya no lloramos (excepto en el baño cuando nadie nos oye), ni

sonreímos (solo a nuestros hijos). No mostramos nuestros sentimientos,

porque la gente puede pensar que somos vulnerables y aprovecharse de

ello.

Dormir es la mejor medicina.

Veo a Jacob el día que quedamos. Esta vez soy yo la que elige el sitio,

y acabamos en el precioso y mal cuidado Parc des Eaux-Vives, donde hay

otro restaurante pésimo que se mantiene gracias a la ciudad.

Una vez fui a almorzar allí con un corresponsal del *Financial Times*.

Pedimos un Martini, y el camarero nos sirvió Cinzano.

Esta vez, nada de comida, solo bocadillos en la hierba. Él puede fumar

a gusto, porque tenemos una visión privilegiada de todo lo que nos rodea.

Podemos ver quién viene y quién va. Llego decidida a ser honesta: después

de las formalidades de rigor (tiempo, trabajo, «¿Qué tal la discoteca?»,

«Voy esta noche»), lo primero que le pregunto es si lo están chantajeando

por, digamos, una relación extraconyugal.

A él no le sorprende. Solo me pregunta si está hablando con una

periodista o con una amiga.

Por el momento, con una periodista. Si me dices que sí, puedo darte

mi palabra de que el periódico te apoyará. No vamos a publicar nada de tu

vida personal, pero iremos a por los chantajistas.

—Sí, tuve una aventura con la mujer de un amigo, que supongo que

conocerás por tu trabajo. Fue él quien la animó porque ambos estaban

aburridos de su matrimonio. ¿Entiendes lo que digo?

¿Que la animó su marido? No, no lo entiendo, pero asiento con la

cabeza y recuerdo lo que pasó hace tres noches, cuando tuve múltiples

orgasmos.

Y ¿la aventura sigue?

—Hemos perdido el interés. Mi mujer ya lo sabe. Hay cosas que no se

pueden ocultar. Gente de Nigeria nos sacó fotos juntos y amenaza con

divulgar las imágenes, pero eso no es una novedad.

En Nigeria es donde está ubicada esa empresa metalúrgica. ¿Su mujer

no lo amenazó con pedir el divorcio?

—Estuvo enfadada durante dos o tres días, nada más. Ella tiene

grandes planes para nuestro matrimonio, y supongo que la fidelidad no

forma necesariamente parte de ellos. Se puso un poco celosa, solo para

fingir que era importante, pero es una actriz pésima. Pocas horas después

de habérselo confesado, ya estaba pensando en otras cosas.

Al parecer, Jacob vive en un mundo muy diferente al mío. Las

mujeres no sienten celos, los maridos animan a sus esposas a tener

aventuras. ¿Me estoy perdiendo mucho?

—No hay nada que el tiempo no pueda solucionar. ¿No crees?

Depende. En muchos casos, el tiempo puede agravar el problema. Es

lo que me está pasando a mí. Sin embargo, he venido aquí para entrevistar,

no para ser entrevistada, por eso no digo nada. Él sigue:

—Los nigerianos no lo saben. Hablé con el Ministerio de Economía

para tenderles una trampa. Con todo grabado, tal como hicieron conmigo.

En ese momento veo saltar por los aires mi historia, la que iba a ser

mi gran oportunidad de ascender en un sector cada vez más decadente. No

hay nada nuevo que contar, ni adulterio, ni chantaje ni corrupción. Todo

sigue los estándares suizos de calidad y excelencia.

—¿Ya has preguntado todo lo que querías? ¿Podemos pasar a otro

tema?

Sí, ya no hay más preguntas. Y no tengo otro tema.

—Creo que te falta preguntarme por qué quise volver a verte. Por qué

quise saber si eras feliz. ¿Crees que me interesas como mujer? Ya no

somos adolescentes. Confieso que me sorprendió tu actitud en mi despacho

y me encantó eyacular en tu boca, pero ese no es motivo suficiente para

estar aquí, sobre todo teniendo en cuenta que eso no puede suceder en un

lugar público. Entonces ¿no quieres saber por qué quería quedar otra vez

contigo?

La cajita de sorpresas que me pilló desprevenida al hacerme aquella

pregunta sobre mi felicidad sigue arrojando su luz sobre otros rincones

oscuros. ¿No se da cuenta de que esas cosas no se preguntan?

—Solo si quieres decírmelo —respondo para provocarlo y tratar de

destruir terminantemente ese aire prepotente suyo que me hace sentir tan

insegura. Y añado—: Está claro que quieres llevarme a la cama. No serás

el primero que oiga un «no».

Él menea la cabeza. Finjo que me siento cómoda y hablo de las

pequeñas olas que hay en el lago, normalmente tranquilo. Nos quedamos

mirándolo como si fuera lo más interesante del mundo.

Hasta que él encuentra las palabras adecuadas:

—Como ya habrás notado, te pregunté si eras feliz porque me

reconocí en ti. Los semejantes se atraen. Tal vez tú no hayas visto lo

mismo en mí, pero no importa. Tal vez estés mentalmente exhausta,

convencida de que tus problemas inexistentes (y sabes que son

inexistentes) te están absorbiendo la energía.

Yo pensaba eso mismo en nuestro almuerzo: las almas en pena se

identifican y se atraen para asustar a los vivos.

—Yo siento lo mismo —continúa—. Con la diferencia de que mis

problemas tal vez son más concretos. De todos modos, me sorprendo

odiándome a mí mismo por no haber conseguido resolver esto o aquello, ya

que dependo de la aprobación de muchas personas. Y eso me hace sentir

inútil. Me planteé buscar ayuda médica, pero mi mujer no estuvo de

acuerdo. Dijo que, si se descubría, podría arruinar mi carrera. Pensé que

tenía razón.

Entonces habla de esas cosas con su mujer. A lo mejor esta noche yo

hago lo mismo con mi marido. En vez de salir a una discoteca, puedo

sentarme frente a él y contárselo todo. ¿Cómo reaccionaría?

—Por supuesto que he cometido muchos errores. Actualmente trato

por todos los medios de ver el mundo de otra manera, pero no funciona.

Cuando veo a alguien como tú, y mira que he conocido a mucha gente en la

misma situación, procuro acercarme y comprender cómo afronta el

problema. Entiéndelo, necesito ayuda y esa es la única manera de

conseguirla.

Así que es eso. Nada de sexo, nada de una gran aventura romántica

que haga soleada esta tarde gris de Ginebra. Es solo una terapia de apoyo,

como las que hacen los alcohólicos y los drogadictos.

Me levanto.

Mirándolo a los ojos, le digo que soy realmente muy feliz y que

debería ver a un psiquiatra. Tu mujer no puede controlarlo todo en tu vida.

Además, nadie lo sabría, gracias al secreto profesional. Tengo una amiga

que se curó con tratamiento. ¿Quieres pasarte el resto de tu vida luchando

contra el fantasma de la depresión solo para ser reelegido? ¿Es eso lo que

quieres para tu futuro?

Mira a su alrededor para ver si hay alguien escuchando. Yo ya lo

había hecho, sé que estamos solos, salvo por un grupo de camellos en la

parte de arriba del parque, detrás del restaurante. Pero no tienen el menor

interés en acercarse a nosotros.

No puedo parar. A medida que hablo, me doy cuenta de que me

escucho a mí misma y de que eso me ayuda. Le digo que la negatividad se

retroalimenta. Que tiene que buscar algo que le dé por lo menos un poco de

alegría, como navegar, ir al cine, leer.

—No es eso. No me entiendes. —Parece desconcertado por mi

reacción.

Sí que lo entiendo. Todos los días nos llega un montón de

información, con carteles en los que adolescentes maquilladas fingen ser

mujeres y ofrecen productos milagrosos de belleza eterna; la noticia de que

una pareja de ancianos ha escalado el monte Everest para celebrar su

aniversario de boda; anuncios de nuevos aparatos de masaje; expositores

de farmacia llenos de productos para adelgazar; películas que dan una idea

falsa de la vida; libros que prometen resultados fantásticos; expertos en dar

consejos sobre cómo ascender en sus carreras o encontrar la paz interior. Y

todo eso hace que nos sintamos viejos, llevando una vida sin aventura,

mientras que la piel se pone flácida, los kilos se acumulan

descontroladamente, y nos vemos obligados a reprimir las emociones y los

deseos porque no encajan con lo que llamamos *madurez*.

Selecciona la información que te llega. Ponte un filtro en los ojos y en

los oídos y permite que entre solamente aquello que no te dará bajón,

porque para eso ya tenemos el día a día. ¿Piensas que a mí no me juzgan ni

me critican en mi trabajo? ¡Pues sí, y mucho! Pero yo elegí escuchar solo

lo que me motiva para mejorar, lo que me ayuda a corregir mis errores. El

resto simplemente finjo que no lo oigo o no le hago caso.

He venido aquí en busca de una historia complicada relacionada con

el adulterio, el chantaje y la corrupción. Pero lo has manejado todo de la

mejor manera posible. ¿Es que no te das cuenta?

Sin pensarlo mucho, me siento de nuevo a su lado, le agarro la cabeza

para que no pueda escapar y le doy un largo beso. Duda durante una

fracción de segundo, pero enseguida me corresponde. Inmediatamente

todos mis sentimientos de impotencia, fragilidad, fracaso e inseguridad son

sustituidos por una gran euforia. De repente, soy sabia, he recuperado el

control de la situación y me atrevo a hacer algo que nunca habría

imaginado. Me adentro en tierras desconocidas y en mares peligrosos,

destruyendo pirámides y construyendo santuarios.

Vuelvo a ser la dueña de mis pensamientos y de mis acciones. Lo que

parecía imposible por la mañana es real por la tarde. Vuelvo a sentir, puedo

amar algo que no poseo, el viento ha dejado de molestarme y es una

bendición, una caricia de un dios en mi cara. Mi espíritu está de vuelta.

Parece que han pasado cien años en ese breve tiempo en que lo he

besado. Nuestros rostros se separan lentamente, él acaricia mi cabeza con

dulzura, nos miramos profundamente.

Y volvemos a ver lo mismo que había allí menos de un minuto antes.

Tristeza.

Ahora sumada a la estupidez y a la irresponsabilidad de un gesto que,

al menos en mi caso, hará que todo empeore.

Aún pasamos otra media hora juntos, hablando sobre la ciudad y sus

habitantes, como si no hubiera sucedido nada. Parecíamos muy cercanos

cuando llegamos al Parc des Eaux-Vives, hemos llegado a convertirnos en

uno en el momento del beso, y ahora somos como dos extraños, tratando de

mantener una conversación solo el tiempo necesario para que cada uno siga

su camino sin sentirse demasiado incómodo.

No nos ha visto nadie, no estamos en un restaurante. Nuestros

matrimonios están a salvo. Pienso en disculparme, pero sé que no es

necesario. Después de todo, un beso no es nada del otro mundo.

No puedo decir que me siento victoriosa, pero al menos he recuperado

algún control sobre mí misma. En casa todo sigue igual: antes estaba fatal,

ahora estoy mejor pero nadie me ha preguntado nada.

Voy a hacer como Jacob König: hablar con mi marido acerca de mi

extraño estado de ánimo. Confío en él y estoy segura de que puede

ayudarme.

Sin embargo, ¡hoy va todo tan bien! ¿Por qué debería estropearlo

confesando cosas que no sé muy bien de qué se tratan? Sigo luchando. No

creo que lo que estoy pasando tenga ninguna relación con la ausencia de

determinados elementos químicos en mi cuerpo, tal como dicen las páginas

de internet que hablan de «tristeza compulsiva».

Hoy no estoy triste. Son etapas normales de la vida. Recuerdo cuando

mis compañeros de secundaria organizaron la fiesta de despedida: nos

reímos durante dos horas y al final lloramos compulsivamente, ya que

aquello significaba que nos íbamos a separar para siempre. La tristeza duró

algunos días o algunas semanas, no lo recuerdo bien. Pero el simple hecho

de no recordarlo me dice algo muy importante: está completamente

superado. Cruzar la barrera de los treinta es duro, y puede que yo no

estuviera preparada para ello.

Mi marido sube a acostar a los niños. Me sirvo una copa de vino y

salgo al jardín.

Sigue haciendo viento. Aquí todos conocemos este viento, que sopla

durante tres, seis o nueve días. En Francia, más romántica que Suiza, se

llama *mistral* y siempre trae buen tiempo y bajas temperaturas. Ya era hora

de que desapareciesen estas nubes, mañana tendremos un día soleado.

Sigo pensando en la conversación del parque, en el beso. Ni rastro de

arrepentimiento. Hice algo que nunca había hecho antes, y con eso van

cayendo los muros que me aprisionaban.

Poco importa lo que piense Jacob König. No puedo pasarme la vida

tratando de complacer a los demás.

Termino la copa de vino, vuelvo a llenarla y saboreo las primeras

horas, desde hace muchos meses, de un sentimiento diferente de la apatía y

la sensación de inutilidad.

Mi marido baja vestido de fiesta y me pregunta en cuánto tiempo soy

capaz de arreglarme. Se me había olvidado que habíamos quedado en salir

a bailar esta noche.

Subo corriendo a prepararme.

Al bajar, veo que nuestra niñera filipina ya ha llegado y ha dejado sus

libros sobre la mesa del salón. Los niños ya se han ido a dormir y no van a

dar trabajo, así que aprovecha el tiempo para estudiar; parece que la tele no

le gusta.

Estamos listos para salir. Me he puesto mi mejor vestido, aun a riesgo

de parecer una tigresa fuera de lugar en un ambiente relajado. Pero ¿qué

importa? Tengo que divertirme.

Me despierto con el ruido del viento golpeando la ventana. Creo que mi

marido debería haberla cerrado mejor. Tengo que levantarme y cumplir mi

ritual nocturno: ir a la habitación de los niños para ver si está todo en

orden.

Sin embargo, algo me lo impide. ¿Será el efecto de la bebida?

Empiezo a pensar en las pequeñas olas que vi en el lago, en las nubes que

ya se han disipado y en la persona que estaba conmigo. Apenas me acuerdo

de la discoteca: a los dos nos pareció horrible la música, el ambiente

aburrido, y media hora más tarde ya estábamos otra vez frente a nuestros

ordenadores y tabletas.

¿Y todo lo que le he dicho a Jacob esta tarde? ¿No debería aprovechar

este momento para pensar también un poco en mí?

Sin embargo, esta habitación me asfixia. Mi marido perfecto duerme a

mi lado; parece que no oye el ruido del viento. Pienso en Jacob acostado

junto a su mujer, diciéndole todo lo que siente (estoy segura de que no le

dirá nada acerca de mí), aliviado por tener a alguien que lo apoya cuando

se siente más solo. No me creo mucho la descripción que hizo de ella; si

fuera cierto, ya se habría separado. ¡Al fin y al cabo, no tienen hijos!

Me pregunto si el mistral también lo ha despertado y sobre qué

estarán hablando ahora. ¿Dónde viven? No será difícil descubrirlo. Tengo

toda esa información a mi disposición en el periódico. ¿Habrán hecho el

amor esta noche? ¿La habrá penetrado con pasión? Habrá gemido ella de

placer?

Mi comportamiento con él es siempre una sorpresa. Sexo oral,

consejos sensatos, beso en el parque. No parezco yo misma. ¿Quién es la

mujer que me domina cuando estoy con Jacob?

La adolescente provocativa. Aquella que tenía la seguridad de una

roca y la fuerza del viento que hoy agitaba las tranquilas aguas del lago

Lemán. Resulta curioso, cuando nos encontramos con compañeros de clase,

que siempre pensemos que todavía siguen siendo los mismos, aunque el

que era flacucho haya engordado, o la más guapa haya escogido al peor

marido posible, o los que se pasaban todo el tiempo juntos no se vean

desde hace años.

Pero con Jacob, al menos al principio de ese reencuentro, todavía

puedo volver atrás en el tiempo y ser la chica que no teme las

consecuencias porque solo tiene dieciséis años, y el retorno de Saturno, que

traerá consigo la madurez, está todavía muy lejos.

Trato de dormir, pero no puedo. Paso una hora más pensando

obsesivamente en él. Recuerdo al vecino lavando su coche y cómo juzgué

su vida «sin sentido», ocupado en hacer cosas inútiles. No era inútil:

probablemente se estaba divirtiendo, haciendo ejercicio, contemplando las

cosas simples de la vida como una bendición, no como una maldición.

Eso es lo que me falta: relajarme un poco y disfrutar más la vida. No

puedo seguir pensando en Jacob. Estoy sustituyendo mi falta de alegría por

algo más concreto, un hombre. Y no se trata de eso. Si fuese a ver a un

psiquiatra, me diría que mi problema es otro. Falta de litio, baja

producción de serotonina, cosas así. Esto no empezó con la llegada de

Jacob y no se va a acabar con su partida.

Pero no puedo olvidarlo. Mi mente repite decenas, cientos de veces el

momento del beso.

Y me doy cuenta de que mi subconsciente está convirtiendo un

problema imaginario en un problema real. Siempre es así. Por eso surgen

las enfermedades.

No quiero volver a ver a ese hombre en mi vida. Lo envió el demonio

para desestabilizar lo que ya era frágil. ¿Cómo he podido enamorarme tan

rápido de alguien que ni siquiera conozco? Y ¿quién ha dicho que estoy

enamorada? Tengo problemas desde la primavera, nada más. Si hasta

entonces las cosas funcionaban bien, no veo ninguna razón para que no

vuelvan a funcionar.

Repito lo que he dicho antes: se trata de una fase, nada más.

No puedo seguir centrando la atención en cosas que no me sientan

bien. ¿No ha sido eso lo que le he dicho esta tarde?

Debo mantenerme firme y esperar a que pase la crisis. De lo contrario,

corro el riesgo de enamorarme de verdad, de sentir permanentemente lo

que sentí durante una fracción de segundo cuando comimos juntos la

primera vez. Y, si eso sucede, las cosas dejarán de pasar dentro de mí. Y el

sufrimiento y el dolor se extenderán por todas partes.

Doy vueltas en la cama durante un tiempo que me da la impresión de

ser infinito, me quedo dormida y, tras lo que me parece tan solo un

momento, mi marido me despierta. El día está despejado, el cielo, azul, y

el mistral sigue soplando.

—Hora del desayuno. Deja que me ocupe yo de los niños.

¿Qué tal si intercambiamos los papeles por lo menos una vez en la

vida? Tú vas a la cocina y yo los despierto.

—¿Es un reto? Pues vas a degustar el mejor desayuno que hayas

probado en muchos años.

No es un reto, es solo un intento de variar un poco. ¿Acaso mi

desayuno no te parece lo suficientemente bueno?

—Escucha, es demasiado pronto para discutir. Sé que anoche ambos

bebimos más de la cuenta, las discotecas no son para nuestra edad. Sí,

despierta a los niños.

Él se va antes de que pueda responder. Cojo el móvil y compruebo

todo lo que tengo que hacer en este nuevo día.

Consulto la lista de compromisos que debo cumplir sin falta. Cuanto

más larga es la lista, más productivo considero el día. Resulta que muchas

de las notas son cosas que prometí hacer el día anterior, o durante la

semana, y que todavía no he hecho. Y así la lista va aumentando hasta que,

de vez en cuando, me pone tan nerviosa que la tiro y empiezo de nuevo. Y

entonces me doy cuenta de que nada era importante.

Pero hay algo que no está ahí y que no voy a olvidar de ninguna

manera: averiguar dónde vive Jacob König y buscar un momento para

pasar en coche por delante de su casa.

Cuando bajo, la mesa está puesta y es perfecta: ensalada de frutas,

aceite de oliva, quesos, pan integral, yogur, ciruelas. También hay un

ejemplar del periódico donde trabajo, delicadamente colocado a mi lado

izquierdo. Mi marido ha abandonado hace rato la prensa escrita y en este

momento consulta su iPad. Nuestro hijo mayor pregunta qué significa

chantaje. No entiendo por qué quiere saberlo, hasta que mis ojos se

encuentran con la portada. Hay una gran foto de Jacob, una de las muchas

que habrá enviado a la prensa. Parece pensativo, reflexivo. Al lado de la

imagen, el titular: «Diputado denuncia intento de chantaje».

No fui yo quien lo escribió. De hecho, cuando yo todavía estaba en la

calle, el editor jefe me llamó para decirme que podía cancelar mi cita

porque acababan de recibir un comunicado del Ministerio de Economía y

que estaban trabajando en el caso. Le expliqué que la reunión ya había

tenido lugar, que había sido más breve que lo que había pensado y que no

había tenido que utilizar los «procedimientos de rutina». En ese momento,

me enviaron a un barrio cercano (que se considera «ciudad» e incluso tiene

alcaldía) para cubrir las protestas contra una tienda de comestibles que

había sido descubierta vendiendo alimentos caducados. Escuché al dueño

de la tienda, a los vecinos, a los amigos de los vecinos, y estoy segura de

que ese asunto es más interesante para el público que el hecho de que un

político haya denunciado lo que sea. Por cierto, el asunto también estaba en

la primera página, pero menos destacado: «Colmado sancionado. No hay

víctimas por intoxicación».

Esa foto de Jacob en la mesa del desayuno me hace sentir

profundamente incómoda.

Le digo a mi marido que esta noche tenemos que hablar.

—Dejaremos a los niños con mi madre y saldremos a cenar —

responde—. Yo también necesito pasar algún tiempo contigo. Solo contigo.

Y sin el ruido de aquella música horrible que no entiendo cómo tiene éxito.

Era una mañana de primavera.

Yo estaba en un rincón del patio, una zona a la que no solía ir nadie.

Contemplaba los ladrillos de la pared del colegio. Sabía que algo pasaba

conmigo.

Los otros niños pensaban que yo era «superior», y yo no me esforzaba

por desmentirlo. ¡Al contrario! Le pedía a mi madre que me comprase ropa

cara y me llevara al colegio en su coche de importación.

Hasta aquel día en el patio, cuando me di cuenta de que estaba sola. Y

que tal vez fuese así el resto de mi vida. Aunque solo tenía ocho años, me

parecía que era demasiado tarde para cambiar y decirles a los demás que

era como ellos.

Era verano.

Estaba en secundaria y los chicos siempre encontraban la manera de

estar a mi lado, por más que yo tratara de mantenerme distante. Las otras

chicas se morían de envidia, pero no lo admitían, al contrario, trataban de

ser mis amigas y de estar siempre conmigo para recoger las sobras que yo

rechazaba.

Y yo lo rechazaba casi todo, porque sabía que, si alguien conseguía

entrar en mi mundo, no iba a encontrar nada interesante. Era mejor

mantener el aire de misterio e insinuarles a los demás posibilidades de las

que nunca iban a disfrutar.

En el camino de vuelta a casa, me fijé en algunas setas que habían

crecido debido a la lluvia. Estaban allí, intactas, porque todo el mundo

sabía que eran venenosas. Por una fracción de segundo pensé en comerlas.

No estaba particularmente triste ni contenta, solo quería llamar la atención

de mis padres.

No toqué las setas.

Hoy es el primer día del otoño, la estación más hermosa del año.

Dentro de nada las hojas cambiarán de color y los árboles serán diferentes

unos de otros. De camino al aparcamiento, cojo una calle por la que nunca

paso.

Me detengo frente al colegio donde estudié. La pared de ladrillos

sigue allí. Nada ha cambiado, salvo el hecho de que ya no estoy sola. Llevo

conmigo el recuerdo de dos hombres: uno que jamás tendré, y otro con el

que voy a cenar esta noche en un sitio bonito, especial, elegido

cuidadosamente.

Un pájaro corta el cielo, planeando al viento. Va de un lado a otro,

sube y baja, como si sus movimientos tuviesen alguna lógica que no puedo

entender. Tal vez la única lógica sea realmente divertirse.

Yo no soy un pájaro. No podría pasarme la vida solo divirtiéndome,

aunque tengo muchos amigos, con menos dinero que nosotros, que viven

de viaje en viaje, de restaurante en restaurante. He intentado ser así, pero

es imposible. Gracias a la influencia de mi marido, conseguí mi empleo.

Trabajo, ocupo mi tiempo, me siento útil y justifico mi vida. Un día mis

hijos se sentirán orgullosos de su madre, y mis amigas de la infancia se

sentirán más frustradas que nunca porque he conseguido construir algo

concreto, mientras que ellas se dedicaban simplemente a cuidar de la casa,

de los niños y de su marido.

No sé si todo el mundo siente el mismo deseo de impresionar a los

demás. Yo lo siento, y no lo niego, porque ha sido bueno para mi vida,

empujándome hacia adelante. Siempre y cuando no corra riesgos

innecesarios, por supuesto. Siempre y cuando consiga mantener mi mundo

tal y como es hoy en día.

En cuanto llego al periódico, repaso los archivos digitales del

gobierno. En menos de un minuto tengo la dirección de Jacob König, así

como información sobre cuánto gana, dónde estudió, el nombre de su

mujer y el sitio donde trabaja.

Mi marido eligió un restaurante que queda entre mi trabajo y nuestra

casa. Ya hemos estado en él antes. Me gusta la comida, la bebida y el

ambiente que hay, pero siempre he pensado que la comida casera es mejor.

Solo ceno fuera cuando mi «vida social» lo requiere, pero siempre que

puedo lo evito. Me encanta cocinar. Me encanta estar con mi familia, sentir

que los protejo y sentirme protegida al mismo tiempo.

Entre las cosas que no hice de mi lista de tareas matinal está «pasar en

coche por delante de la casa de Jacob König». Conseguí resistir el impulso.

Ya tengo bastantes problemas imaginarios como para sumarles problemas

reales de amor no correspondido. Aquello que sentí ya pasó. Y no va a

volver a suceder. Y así caminamos hacia un futuro de paz, de esperanza y

prosperidad.

—Dicen que ha cambiado de dueño y la comida ya no es la misma —

comenta mi marido.

No importa. La comida de restaurante es siempre igual: mucha

mantequilla, platos muy decorados y, como vivimos en una de las ciudades

más caras del mundo, un precio desorbitado por algo que realmente no vale

la pena.

Pero salir a cenar es un ritual. Nos recibe el maître, que nos conduce

hasta nuestra mesa de siempre (aunque ya hace bastante tiempo que no

aparecemos por aquí), nos pregunta si queremos el mismo vino (por

supuesto) y nos entrega la carta. Lo leo de principio a fin y elijo lo mismo

de siempre. Mi marido también se decanta por el tradicional cordero asado

con lentejas. El maître viene a decirnos los platos especiales del día: lo

escuchamos con educación, le decimos una o dos palabras amables y

pedimos los platos a los que ya estamos acostumbrados.

La primera copa de vino (que no hemos tenido que probar ni analizar

cuidadosamente, porque ya hace diez años que estamos casados) baja

rápidamente, entre conversaciones de trabajo y quejas sobre el técnico de

la calefacción de casa, que no apareció.

—Y ¿cómo va lo de las elecciones del próximo domingo? —pregunta

mi marido.

Me han encargado un tema que me resulta especialmente interesante:

«¿Pueden los votantes hurgar en la vida privada de un político?». El

artículo sigue con el tema de la portada del otro día, la que hablaba del

diputado chantajeado por los nigerianos. La opinión general de los

encuestados es: «No me interesa». No vivimos en Estados Unidos, y

estamos muy orgullosos de ello.

Hablamos de otros temas recientes: la participación ha aumentado

alrededor del 38 por ciento desde las últimas elecciones al Consejo de los

Estados. Los conductores del TPG (Transports Publics Genevois,

Transportes Públicos de Ginebra) están cansados, pero contentos con su

trabajo. Una mujer fue atropellada cruzando un paso de peatones. Un tren

se averió e impidió la circulación durante más de dos horas. Y otros temas

habituales.

Y voy a por la segunda copa, sin esperar al entrante, gentileza de la

casa, y sin preguntarle a mi marido cómo le ha ido el día. Escucha

cortésmente todo lo que acabo de contarle. Debe de estar preguntándose

qué estamos haciendo aquí.

—Hoy pareces más contenta —dice después de que el camarero nos

traiga el plato principal. Entonces me doy cuenta de que estoy hablando sin

parar desde hace veinte minutos—. ¿Ha pasado algo especial?

Si me hubiera hecho esa misma pregunta el día que estuve en el Parc

des Eaux-Vives, me habría ruborizado y le habría soltado la serie de

disculpas que ya tenía preparada. Pero no, mi día ha sido igual de aburrido

que siempre, aunque trato de convencerme de que soy muy importante para

el mundo.

—Y ¿de qué querías hablar conmigo?

Me dispongo a confesarlo todo, camino ya de la tercera copa de vino.

Entonces viene el camarero y me sorprende cuando estoy a punto de saltar

al abismo. Intercambiamos unas cuantas palabras insignificantes, valiosos

minutos de mi vida que se desperdician en cortesías.

Mi marido le pide otra botella de vino. El maître nos desea buen

provecho y se va a buscarla. Entonces empiezo.

Me dirás que tengo que ver a un médico. No estoy de acuerdo.

Cumplo con todas mis obligaciones en casa y en el trabajo. Pero hace unos

meses que me siento triste.

—No es eso lo que pienso. Acabo de decirte que estás más contenta.

Claro. Mi tristeza se ha convertido en rutina, ya nadie se da cuenta.

Me siento feliz por tener a alguien con quien hablar. Pero lo que quiero

decirte no tiene nada que ver con esta aparente alegría. No duermo bien.

Me siento egoísta. Sigo tratando de impresionar a la gente como si todavía

fuese una niña. Lloro sola y sin motivo en el baño. Solo he hecho el amor

con ganas de verdad una vez en muchos meses, y sabes muy bien a qué día

me refiero. Ya he barajado la posibilidad de que se trate de un momento de

cambio, consecuencia de haber rebasado la barrera de los treinta, pero esa

explicación no es suficiente para mí. Siento que estoy desperdiciando mi

vida, que un día voy a mirar atrás y me voy a arrepentir de todo lo que he

hecho. Menos de haberme casado contigo y de haber tenido a nuestros

maravillosos hijos.

—Pero ¿no es eso lo más importante?

Para mucha gente, sí. Aunque para mí no es suficiente. Y cada vez es

peor. Cuando por fin remato las tareas del día, comienza un cuestionario

interminable en mi cabeza. Me da pánico que las cosas cambien, pero al

mismo tiempo siento un gran deseo de vivir algo diferente. Los

pensamientos se repiten, ya no tengo control sobre nada. Tú no sabes nada

porque ya estás dormido. ¿No oíste el mistral anoche golpeando la

ventana?

—No. Pero estaban bien cerradas.

A eso me refiero. Hasta un simple viento que ha soplado miles de

veces desde que nos casamos es capaz de despertarme. Te oigo cuando te

mueves en la cama y cuando hablas dormido. No te lo tomes como algo

personal, por favor, pero parece que estoy rodeada de cosas que no tienen

absolutamente ningún sentido. Y que quede claro: quiero a nuestros hijos.

Te quiero a ti. Me encanta mi trabajo. Y todo eso me hace sentir aún peor,

porque estoy siendo injusta con Dios, con la vida, con vosotros.

Apenas toca el plato. Es como si estuviera con una extraña. Pero

decirle esas palabras me hace sentir mucha paz. He revelado mi secreto. El

vino está haciendo efecto. Ya no estoy sola. Gracias, Jacob König.

—¿Crees que necesitas un médico?

No lo sé. Pero, aunque así fuera, no quiero hacerlo bajo ningún

concepto. Tengo que aprender a resolver mis problemas sola.

—Supongo que resulta muy difícil guardarte esos sentimientos

durante tanto tiempo. Gracias por confiar en mí. ¿Por qué no me lo dijiste

antes?

Porque ahora ha llegado a ser insoportable. Hoy he recordado mi

infancia y mi adolescencia. ¿Ya estaba allí la semilla? No creo. A no ser

que mi mente me haya traicionado durante todos estos años, lo cual me

parece prácticamente imposible. Procedo de una familia normal, recibí una

educación normal, llevo una vida normal. ¿Qué me pasa?

No te dije nada antes, le digo entre lágrimas, porque pensé que se me

iba a pasar pronto y no quería preocuparte.

—No estás loca. Nunca has dado la impresión de estarlo. No estás más

irritable ni has perdido peso. Si hay control, hay salida.

¿A qué viene lo de perder peso?

—Puedo pedirle a nuestro médico que te recete unos ansiolíticos para

ayudarte a dormir. Puedo decirle que son para mí. Estoy convencido de

que, si consigues descansar, poco a poco podrás volver a dominar tus

pensamientos. Tal vez deberíamos hacer más ejercicio. A los niños les

encantaría. Estamos demasiado volcados en nuestro trabajo, y eso no es

bueno.

No estoy demasiado volcada en el trabajo. Todo lo contrario, esos

reportajes estúpidos me ayudan a mantener la mente ocupada y evitan que

me invadan esos pensamientos en cuanto no tengo nada que hacer.

—En cualquier caso, necesitamos hacer más ejercicio, estar al aire

libre. Correr hasta no poder más, hasta caer rendidos por el cansancio. Tal

vez deberíamos invitar a más gente a casa...

¡Eso sería una pesadilla! Tener que charlar, entretener a la gente,

mantener una sonrisa forzada, escuchar opiniones sobre ópera y el tráfico

y, por encima de todo, tener que lavar toda la loza.

—Vayamos al parque natural del Jura el fin de semana. Hace mucho

tiempo que no vamos allí.

El fin de semana son las elecciones. Voy a estar de guardia en el

periódico.

Comemos en silencio. El camarero se ha acercado dos veces para ver

si habíamos terminado, y los platos estaban sin tocar. La segunda botella

de vino se acaba rápidamente. Imagino lo que mi marido estará pensando

ahora mismo: «¿Cómo ayudar a mi mujer? ¿Qué puedo hacer para que sea

feliz?». Nada. Nada más que lo que hace. Cualquier otra cosa, como

aparecer con una caja de bombones o un ramo de flores, sería una

sobredosis de afecto y me resultaría empalagoso.

Llegamos a la conclusión de que no puede conducir para volver a

casa, hay que dejar el coche en el restaurante y volver a recogerlo mañana.

Llamo a mi suegra y le pido que pase la noche con los niños. Mañana por

la mañana iré a buscarlos temprano.

—Pero ¿qué le falta realmente a tu vida?

Por favor, no me preguntes eso. La respuesta es: nada. ¡Nada! Quién

me diera tener problemas serios que resolver. No conozco a nadie que esté

viviendo la misma situación. Una amiga mía, que ha estado años

deprimida, ahora se está medicando. No creo que sea eso lo que yo necesito

porque no tengo todos los síntomas que ella citó, ni quiero entrar en el

peligroso terreno de las drogas legales. En cuanto a los demás, pueden

estar enfadados, estresados, llorar por tener el corazón roto. Y, en este

último caso, pueden llegar a pensar que están deprimidos, que necesitan un

médico y tratamiento. Pero no es así: no es más que un corazón roto, que

los hay desde que el mundo es mundo, desde que el hombre descubrió ese

misterio llamado *Amor*.

—Si no quieres ir a un médico, ¿por qué no lees sobre el tema?

Ya lo he intentado. Pasé algún tiempo leyendo sitios de psicología.

Puse más empeño en el yoga. ¿No has notado que los libros que llevo a

casa muestran un cambio de gustos literarios? ¿Pensaste que estaba más

centrada en lo espiritual?

¡No! Busco una respuesta que no encuentro. Después de leer unos diez

libros de palabras sabias, me di cuenta de que no me llevaban a ninguna

parte. Tenían un efecto inmediato, pero dejaban de funcionar en cuanto los

cerraba. Son frases, palabras que describen un mundo ideal que no existe ni

para el que los escribió.

—Y ahora, en la cena, ¿te sientes mejor?

Claro. Pero no se trata de eso. Necesito saber en lo que me he

convertido. Soy eso, no es algo ajeno a mí.

Veo que trata desesperadamente de ayudarme, pero está tan perdido

como yo. Insiste en los síntomas y yo le contesto que no es ese el

problema, todo es un síntoma. Si te digo que es un agujero negro y

esponjoso, ¿lo entiendes?

—No.

Pues es eso.

Él me asegura que voy a salir de esta situación. No debo juzgarme a

mí misma. No debo culparme por nada. Él está a mi lado.

—Hay luz al final del túnel.

Quiero creerlo, pero mis pies están pegados al cemento. En cualquier

caso, no te preocupes, voy a seguir luchando. He luchado durante todos

estos meses. Ya me he enfrentado a etapas similares, y acabaron pasando.

Un día me despertaré y todo habrá sido como una pesadilla. Estoy segura.

Pide la cuenta, me coge de la mano, paramos un taxi. Algo han

mejorado las cosas. Confiar en quien amas siempre da buenos resultados.

Jacob König, ¿qué estás haciendo en mi habitación, en mi cama, en mis

pesadillas? Deberías estar trabajando duro, al fin y al cabo faltan menos de

tres días para las elecciones al Consejo Municipal y perdiste valiosísimas

horas de tu campaña conmigo, comiendo en La Perle du Lac y charlando en

el Parc des Eaux-Vives.

¿No te llega? ¿Qué haces en mis sueños y en mis pesadillas? Hice

exactamente lo que me sugeriste: hablé con mi marido, comprendí el amor

que siente por mí. Y esa sensación de que la felicidad se había esfumado de

mi vida desapareció al hacer el amor como hacía tiempo que no lo

hacíamos.

Por favor, apártate de mis pensamientos. Mañana va a ser un día duro.

Tengo que levantarme temprano para llevar a los niños al colegio, ir al

supermercado, buscar un sitio para aparcar, pensar en un artículo original

sobre algo tan poco original como la política... Déjame en paz, Jacob

König.

Soy feliz en mi matrimonio. Y tú no sabes, ni te imaginas que estoy

pensando en ti. Me gustaría tener a alguien aquí esta noche para contarme

historias felices, para cantarme una canción que me haga conciliar el

sueño, pero no. Solo puedo pensar en ti.

Estoy perdiendo el control. Aunque ya hace una semana que no nos

vemos, insistes en estar presente.

Si no desapareces, me veré obligada a ir a tu casa a tomar el té contigo

y con tu mujer, comprenderé que sois felices, que no tengo ninguna

posibilidad, que mentiste al decir que te veías reflejado en mis ojos, que

permitiste que me hiciera daño con aquel beso que ni siquiera me habías

pedido.

Espero que me entiendas, rezo para que así sea, porque ni yo misma

entiendo lo que quiero.

Me levanto, voy al ordenador para hacer una búsqueda sobre «Cómo

conquistar a tu hombre». Sin embargo, en lugar de eso, tecleo «Depresión».

Tengo que estar absolutamente segura de lo que me está pasando.

Entro en una página que permite al lector hacer un autodiagnóstico:

«Descubre si tienes algún problema mental». Hay una lista de preguntas, y

mi respuesta a la mayoría de ellas es no.

Resultado: «Puede que estés pasando por un momento difícil, pero

nada que se acerque al cuadro clínico de un individuo deprimido. No hay

necesidad de ver a un médico».

¿Qué había dicho? Lo sabía. No estoy enferma. Al parecer, estoy

haciendo todo esto únicamente para llamar la atención. ¡O tal vez lo haga

para engañarme a mí misma, para que mi vida sea un poco más interesante,

porque tengo problemas! Los problemas siempre requieren soluciones, y

puedo dedicar mis horas, mis días, mis semanas a buscarlas.

Tal vez incluso sea una buena idea que mi marido le pida a nuestro

médico algo para ayudarme a dormir. A lo mejor es el estrés en el trabajo,

especialmente en esta temporada de elecciones, lo que me hace estar muy

tensa. Me paso la vida tratando de ser mejor que los demás, tanto en el

trabajo como en la vida personal, y no es fácil equilibrar las dos cosas.

Hoy es sábado, víspera de las elecciones. Tengo un amigo que dice que

odia los fines de semana porque la bolsa de valores no funciona y no tiene

con qué distraerse.

Mi marido me ha convencido de que tenemos que salir. Su argumento

ha sido sacar a los niños a pasear un poco. No podemos pasar los dos días

fuera porque mañana tengo guardia en el periódico.

Me pide que me ponga un pantalón de chándal. Me da vergüenza salir

así, sobre todo para ir a Nyon, la antigua y gloriosa ciudad que un día

albergó a los romanos y ahora cuenta con menos de veinte mil habitantes.

Le digo que el chándal es algo para usar cerca de casa, cuando todos saben

que estás haciendo ejercicio, pero él insiste.

Como no me apetece discutir, hago lo que me pide. De hecho, no me

apetece discutir con nadie sobre nada, ese es mi estado actual. Cuanto más

tranquila, mejor.

Mientras voy a un picnic a una pequeña ciudad que queda a menos de

treinta minutos en coche, Jacob debe de estar visitando a votantes,

hablando con asesores y amigos, nervioso y tal vez un poco estresado, pero

feliz porque algo sucede en su vida. Las encuestas de opinión en Suiza no

dicen gran cosa, porque aquí el voto secreto se toma en serio, pero al

parecer será reelegido.

Su mujer debe de haber pasado la noche sin pegar ojo, pero por

razones muy diferentes de las mías. Planea cómo va a recibir a los amigos

una vez que los resultados se anuncien oficialmente. Esta mañana debe de

estar en la feria de la rue de Rive, donde todas las semanas se levantan

puestos de legumbres, verduras y carne delante de la puerta del banco

Julius Baer y de los escaparates de Prada, Gucci, Armani y otras marcas de

lujo. Elige lo mejor, sin fijarse en el precio. Después tal vez coja el coche

para dirigirse a Satigny, a visitar alguno de los numerosos viñedos que son

el orgullo de la región, para degustar alguna añada diferente y escoger uno

que satisfaga a los que realmente entienden de vinos, como parece ser el

caso de su marido.

Volverá a casa cansada pero feliz. Oficialmente, Jacob sigue haciendo

campaña, pero ¿por qué no dejar las cosas listas la noche anterior? ¡Dios

mío, acaba de darse cuenta de que tiene menos queso de lo que pensaba!

Coge el coche de nuevo y vuelve a la feria. Entre las decenas de variedades

allí expuestas, elegirá los que son el orgullo del cantón de Vaud: gruyer

(las tres variedades posibles: dulce, salado y el favorito de todos, que tarda

entre nueve y doce meses en estar en su punto), *tomme vaudoise* (suave,

para consumir fundido o al natural), y L'Etivaz (leche de vaca alpina,

lentamente cocinada en un fuego de leña).

¿Valdrá la pena entrar en alguna tienda y comprar ropa nueva para la

ocasión? Tal vez sea demasiada ostentación. Lo mejor es sacar del armario

el Moschino comprado en Milán, viaje en el que acompañó a su marido a

una conferencia sobre leyes laborales.

Y ¿cómo estará Jacob?

Llama a su mujer cada hora para preguntarle qué debe decir, qué calle

o qué barrio será mejor visitar, si la *Tribune de Genève* ha publicado algo

nuevo en su página. Cuenta con ella y con sus consejos, libera parte de la

tensión de cada visita que hace hoy, le pregunta qué estrategia seguir y

adónde debe ir a continuación. Tal como insinuó durante nuestra

conversación en el parque, sigue en política para no decepcionarla. Aunque

detesta todo lo que hace, el amor confiere un aspecto distinto a sus

esfuerzos. Si continúa con su brillante carrera, llegará a ser presidente de la

Confederación. Lo cual, en Suiza, no quiere decir nada, porque todos

sabemos que los presidentes cambian cada año y son elegidos por el

Consejo Federal. Pero ¿a quién no le gustaría decir que su marido ha sido

presidente de la Confederación Helvética, conocida en todo el mundo como

Suiza?

Eso le abrirá puertas. Lo invitarán a conferencias en lugares lejanos.

Alguna gran empresa lo llamará para formar parte del consejo de

administración. El futuro del matrimonio König es brillante, mientras que

yo, en este momento, tengo por delante la carretera y la perspectiva de un

día de picnic, vestida con un chándal horroroso.

Lo primero que hacemos es visitar el museo romano y después subimos

la pequeña colina para ver algunas ruinas. Nuestros hijos juegan. Ahora

que mi marido lo sabe todo, me siento aliviada: no tengo que fingir todo el

tiempo.

—Vamos a correr un poco por la orilla del lago.

¿Y los niños?

—No te preocupes. Están lo suficientemente bien educados como para

obedecernos si les pedimos que nos esperen aquí.

Bajamos hasta la orilla del lago Lemán, al que los extranjeros llaman

lago de Ginebra. Él compra helados para los niños, les pide que se sienten

en un banco y que esperen allí mientras mamá y papá van a correr un rato

para hacer ejercicio. El mayor se queja de que no ha llevado el iPad. Mi

marido va al coche a coger el maldito aparato. A partir de ese momento, la

pantalla es la mejor niñera posible. No se van a mover hasta haber matado

a unos cuantos terroristas en unos juegos que parecen hechos para adultos.

Nos ponemos a correr. Por un lado están los jardines, por el otro las

gaviotas y los barcos que aprovechan el mistral. El viento no dejó de soplar

el tercer día, ni el sexto, y ya debe de estar llegando el noveno, en el que

desaparecerá durante un tiempo, llevándose consigo el cielo azul y el buen

tiempo. Seguimos por la pista durante quince minutos. Nyon ha quedado

atrás y es mejor dar media vuelta.

Hace tiempo que no hago ejercicio. Cuando llevamos veinte minutos

corriendo, me detengo. No puedo más. Puedo hacer el resto del recorrido

andando.

—¡Claro que puedes! —me anima mi marido, saltando a mi lado, sin

perder el ritmo—. No lo dejes. Ve hasta el final.

Inclino el cuerpo hacia adelante con las manos sobre las piernas. Mi

corazón está acelerado; culpa de las noches de insomnio. Él no deja de

correr a mi alrededor.

—¡Venga, sí que puedes! Ese es el problema: parar. Hazlo por mí, por

los niños. No se trata de una simple carrera para hacer ejercicio. Se trata de

que hay una línea de meta y sabes que no se puede renunciar por el camino.

¿Se estará refiriendo a mi tristeza compulsiva?

Se me acerca. Me coge de las manos y me sacude suavemente. Estoy

exhausta para correr, sin embargo, también me siento demasiado cansada

para resistirme. Hago lo que me pide. Seguiremos juntos los diez minutos

que faltan.

Paso junto a unos carteles de candidatos al Consejo de los Estados,

que no había visto al ir. Entre ellos está el de Jacob König, sonriendo a la

cámara.

Aumento la velocidad. Mi marido se sorprende y también acelera el

paso. Llegamos en siete minutos, en lugar de los diez previstos. Los niños

no se han movido. A pesar de los hermosos paisajes alrededor, con las

montañas, las gaviotas, los Alpes en el horizonte, tienen los ojos pegados a

la pantalla de ese aparato devorador de almas.

Mi marido se acerca a ellos, pero yo paso de largo. Él me mira

sorprendido y feliz al mismo tiempo. Debe de pensar que sus palabras han

surtido efecto, que estoy llenando mi cuerpo de las tan necesarias

endorfinas, que se liberan en la sangre cada vez que hacemos una actividad

física un poco más intensa, como cuando corremos o tenemos un orgasmo.

Las principales características de esta hormona son mejorar el humor,

mejorar el sistema inmunológico, prevenir el envejecimiento prematuro,

pero, sobre todo, dar sensación de euforia y placer.

Sin embargo, no es nada de eso lo que la endorfina me está haciendo.

Solo me ha dado fuerza extra para seguir adelante, corriendo hasta

desaparecer en el horizonte, dejándolo todo atrás. ¿Por qué he tenido unos

hijos tan maravillosos? ¿Por qué conocí a mi marido y me enamoré de él?

Si no se hubiera cruzado en mi vida, ¿no sería yo ahora una mujer libre?

Estoy loca. Debería seguir corriendo hasta el hospital más cercano,

porque no debería pensar esas cosas. Pero sigo pensándolas.

Corro unos minutos más y vuelvo. A mitad de camino me entra el

pánico ante la posibilidad de que mi deseo de libertad se convierta en

realidad y de no encontrar a nadie al volver al parque en Nyon.

Pero están allí, sonriendo ante la llegada de la madre y amante esposa.

Los abrazo. Estoy sudando, siento que mi cuerpo y mi mente están sucios,

pero aun así los abrazo con fuerza contra mi pecho.

A pesar de lo que siento. O, mejor dicho, a pesar de lo que no siento.

Uno no elige su vida: es la vida la que lo elige. Y si lo que te ha

reservado son alegrías o tristezas, es algo que está más allá de tu

comprensión. Acéptalo y sigue adelante.

No elegimos nuestra vida, pero decidimos qué hacer con las alegrías y

las tristezas que recibimos.

Esta tarde de domingo, estoy en la sede del partido por deber

profesional (convencí a mi jefe y ahora trato de convencerme a mí misma).

Son las seis menos cuarto y la gente lo está celebrando. Al contrario de lo

que imaginé en mis pensamientos enfermizos, ninguno de los candidatos

elegidos dará una recepción. Así que no será esta vez mi oportunidad de

conocer la casa de Jacob y Marianne König.

En cuanto llegué, recibí los primeros datos. Ha votado más del 45 por

ciento del estado, lo cual es un récord. Una mujer quedó en primer lugar y

Jacob alcanzó un honroso tercer puesto, que le dará el derecho a entrar en

el gobierno, si el partido así lo decide.

La sala principal está decorada con globos amarillos y verdes, la gente

ha empezado a beber y algunos me hacen la señal de la victoria, tal vez con

la esperanza de que mañana aparecerá publicado en el periódico. Pero los

fotógrafos no han llegado todavía, hoy es domingo y hace buen día.

Jacob me ve y enseguida mira hacia otro lado buscando a alguien con

quien hablar de temas que imagino de lo más aburridos.

Necesito trabajar o al menos fingirlo. Saco una grabadora, una libreta

y un rotulador. Camino de un lado a otro recogiendo declaraciones como

«Ahora podemos aprobar el decreto sobre la inmigración» o «Los votantes

entienden que se equivocaron la última vez y ahora vuelven a elegirme».

La gran vencedora dice: «El voto femenino fue fundamental».

Léman Bleu, la televisión local, ha instalado un estudio en la sala

principal. Su presentadora política, el oscuro objeto de deseo de nueve de

cada diez hombres allí presentes, hace preguntas inteligentes, pero solo

recibe respuestas preparadas y aprobadas por los asesores.

En un determinado momento Jacob König es llamado a escena, y trato

de acercarme para escuchar lo que dice, pero alguien bloquea mi camino.

—Hola, soy la señora König. Jacob me ha hablado mucho de ti.

¡Qué mujer! Rubia, de ojos azules, con un elegante cárdigan negro y

una bufanda roja de Hermès. Por cierto, esa es la única pieza de marca que

se le ve. Lo demás debe de estar hecho en exclusiva por el mejor estilista

de París, cuyo nombre ha de mantenerse en secreto para evitar copias.

La saludo, tratando de parecer sorprendida.

¿Jacob te ha hablado de mí? Lo entrevisté y, unos días más tarde,

comimos juntos. Aunque los periodistas no debemos dar nuestra opinión

sobre los entrevistados, creo que tu marido es un hombre valiente por

haber denunciado el intento de chantaje.

Marianne (o la señora König, tal como se ha presentado) finge estar

pendiente de mis palabras. Debe de saber más de lo que muestran sus ojos.

¿Le habrá hablado Jacob de nuestra cita en el Parc des Eaux-Vives?

¿Debería tocar el tema?

La entrevista con el canal Léman Bleu ya ha empezado, pero ella no

parece interesada en escuchar a su marido, porque sin duda ya se lo sabe de

memoria. Seguro que fue ella quien eligió la camisa azul claro y la corbata

gris, la americana de franela de corte perfecto, el reloj que lleva puesto (ni

demasiado caro, para no parecer ostentoso, ni tan barato que implique

desprecio por una de las principales industrias del país).

Le pregunto si tiene alguna declaración que hacer. Ella dice que, si me

estoy refiriendo a su trabajo como profesora adjunta de filosofía en la

Universidad de Ginebra, será un placer. Pero como la mujer de un político

elegido, sería absurdo.

Creo que me está provocando y decido pagarle con la misma moneda.

Le comento que admiro su dignidad. Me he enterado de que su marido

ha tenido una aventura con la mujer de un amigo y, a pesar de todo, no

provocó un escándalo. Aun cuando todo apareció en los periódicos poco

antes de las elecciones.

—Todo lo contrario. Cuando se trata de sexo consentido en el que no

tiene nada que ver el amor, estoy a favor de las relaciones abiertas.

¿Estará insinuando algo? No puedo mirar directamente a esos ojos

azules como faros. Lo único que puedo ver es que no utiliza mucho

maquillaje. No lo necesita.

—Y te digo más —añade—. Fue idea mía notificárselo a tu periódico

por medio de un informante anónimo y desvelarlo todo la semana de las

elecciones. La gente olvidará rápidamente la infidelidad, pero siempre

recordarán la valentía con la que denunció la corrupción, aun a riesgo de

crear un problema en su familia.

Ella se ríe de la última frase y advierte que son declaraciones *off de*

record, es decir, no deben ser publicadas.

Le digo que, según las reglas del periodismo, la gente debe pedir que

sea *off de record* antes de comentar algo. El periodista puede estar o no de

acuerdo. Pedirlo después es como tratar de detener una hoja que ha caído al

río y se dirige hacia donde las aguas la quieran llevar. La hoja ha dejado de

tener decisión propia.

—Pero estarás de acuerdo, ¿no? Imagino que no tienes el menor

interés en perjudicar a mi marido.

En menos de cinco minutos de conversación ya existe una clara

hostilidad entre nosotras. Mostrando cierto malestar, acepto dejar las

declaraciones *off de record* . Ella graba en su memoria prodigiosa que la

próxima vez deberá avisar antes. Cada minuto aprende algo nuevo. Cada

minuto se acerca más a su ambición. Sí, *su* ambición, porque Jacob ha

demostrado ser infeliz con la vida que lleva.

No me quita los ojos de encima. Decido volver a mi papel de

periodista y le pregunto si tiene algo más que añadir. ¿Ha preparado una

fiesta en casa para los amigos cercanos?

—¡Por supuesto que no! Piensa el trabajo que me daría. Y, además, ya

ha sido elegido. Las fiestas y las cenas hay que darlas antes, para recaudar

votos.

Una vez más me siento como una completa idiota, pero tengo que

hacer por lo menos otra pregunta.

¿Jacob está contento?

Y entonces me doy cuenta de que he tocado fondo. La señora König,

con un aire condescendiente, responde tranquilamente, como una profesora

dándome una lección:

—Por supuesto que está contento. ¿Cómo no iba a estarlo?

A esta mujer habría que matarla y descuartizarla.

Nos abordan al mismo tiempo: a mí, un asesor que quiere presentarme

a la ganadora; a ella, alguien que quiere saludarla. Le digo que ha sido un

placer conocerla. Me gustaría añadir que en otro momento me gustaría

averiguar (*off the record*, por supuesto) qué ha querido decir con lo de sexo

consentido con la mujer de un amigo, pero no me da tiempo. Le doy mi

tarjeta, por si necesita algo, pero ella no me da la suya. Antes de alejarme,

sin embargo, delante del asesor de la ganadora y del hombre que se ha

acercado a saludarla por la victoria de su marido, me coge del brazo y dice:

—He estado con esa amiga nuestra que comió con mi marido. Me da

pena. Se pasa la vida haciéndose la fuerte, cuando en realidad es frágil.

Finge seguridad, pero se pasa el tiempo preguntándose lo que los demás

piensan de ella y de su trabajo. Debe de ser una persona muy solitaria.

Como sabes, querida, nosotras las mujeres tenemos un sexto sentido

aguzadísimo para detectar quién quiere poner en peligro nuestra relación.

¿Verdad?

Por supuesto, respondo sin emoción alguna. El asesor pone cara de

contrariedad. La ganadora me está esperando.

—Aunque no tiene ninguna posibilidad —añade Marianne.

Entonces me tiende la mano, se la estrecho y la veo alejarse sin más

explicaciones.

Durante toda la mañana del lunes, llamo insistentemente al móvil de

Jacob. No contesta. Pruebo con el número oculto, deduciendo que tiene mi

teléfono grabado. Lo intento más veces, pero sigue sin responder.

Llamo a sus asesores. Me informan de que, al ser la jornada siguiente

a las elecciones, tiene un día muy ocupado. Bueno, tengo que hablar con él

sea como sea y voy a seguir insistiendo.

Utilizo una táctica a la que recurro con cierta frecuencia: usar el

móvil de otra persona que no esté en sus contactos.

El teléfono suena dos veces y Jacob contesta. Soy yo. Tengo que verte

urgentemente.

Él responde con educación, me dice que tal vez hoy sea imposible,

pero que volverá a llamarme.

—¿Es este tu nuevo número?

No, es un teléfono móvil prestado. Porque no contestabas a mis

llamadas.

Se ríe, como si hablase sobre el tema más gracioso del mundo.

Supongo que está rodeado de gente, y disimula bien.

Alguien sacó una foto en el parque y quiere chantajearme, miento.

Diré que la culpa fue suya, que me agarró. La gente que lo eligió pensando

que solo había sucedido una vez se va a sentir muy decepcionada. Aunque

haya sido elegido para el Consejo de los Estados, puede perder la

oportunidad de convertirse en ministro.

—¿Estás bien?

Le digo que sí, le pido que me envíe un mensaje indicándome dónde y

a qué hora nos vemos mañana y luego cuelgo.

Estoy genial.

¿Por qué no iba a estarlo? Por fin tengo algo de qué preocuparme en

mi vida aburrida. Y mis noches de insomnio ya no están llenas de

pensamientos vagos y descontrolados: ahora sé lo que quiero. Tengo una

enemiga a la que destruir y un objetivo que alcanzar.

Un hombre.

No es amor, o tal vez lo sea, pero eso no viene al caso. Mi amor me

pertenece y soy libre para ofrecérselo a quien me dé la gana, aunque no sea

correspondido. Evidentemente, sería genial que ocurriera, pero si no

ocurre, paciencia. No voy a dejar de excavar en este pozo en el que estoy,

porque sé que en el fondo hay agua, agua viva.

Me alegra lo que acabo de pensar: soy libre para amar a cualquiera en

el mundo. Puedo decidirlo sin tener que pedirle permiso a nadie. ¿Cuántos

hombres han estado enamorados de mí sin ser correspondidos? Y aun así

me enviaban regalos, me cortejaban, se humillaban delante de sus amigos.

Y nunca se enfadaron conmigo.

Cuando volvían a verme, todavía se veía en sus ojos el brillo de la

conquista inalcanzada, pero también del deseo de seguir intentándolo toda

la vida.

Si ellos reaccionaban así, ¿por qué no puedo yo hacer lo mismo? Es

interesante luchar por un amor no correspondido.

Puede no ser divertido. Puede dejar huellas profundas e irreparables.

Pero es interesante, especialmente para una persona que hace algunos años

que empezó a tener miedo de correr riesgos y experimenta momentos de

terror ante la posibilidad de que las cosas cambien y no ser capaz de

controlarlas.

Ya no voy a reprimirme. Este reto me está salvando.

Hace seis meses compramos una lavadora nueva, y para eso hubo que

cambiar la tubería. Tuvimos que cambiar el suelo y volver a pintar la

pared. Al final, esa zona de la casa era más bonita que la cocina.

Para evitar el contraste, reformamos la cocina. Entonces nos dimos

cuenta de lo viejo que estaba el salón. Remodelamos el salón, que quedó

más acogedor que el despacho, sin cambios desde hacía casi diez años.

Seguimos con el despacho. Poco a poco, la reforma se fue extendiendo

por toda la casa. Espero que lo mismo suceda en mi vida. Que las pequeñas

cosas conduzcan a grandes transformaciones.

Dedico bastante tiempo a investigar la vida de Marianne, que se

presenta formalmente como la señora König. Nacida en una familia rica,

socia de una de las mayores compañías farmacéuticas del mundo. En las

fotos que hay en internet siempre aparece elegante, ya sea en eventos

sociales o deportivos. Siempre perfectamente vestida para la ocasión.

Nunca iría con chándal a Nyon ni con un Versace a una discoteca llena de

jóvenes, como yo.

Posiblemente la mujer más envidiable de Ginebra y sus alrededores.

Aunque es la heredera de una fortuna y está casada con un político

prometedor, tiene su propia carrera como profesora adjunta de filosofía. Ha

escrito dos tesis, una de ellas de doctorado, titulada «La vulnerabilidad y la

psicosis después de la jubilación», publicada por Éditions Université de

Genève. Asimismo ha publicado dos trabajos en la respetada revista *Les*

Rencontres, en cuyas páginas también han aparecido, entre otros, Adorno y

Piaget. Tiene su propia entrada en la versión francesa de Wikipedia,

aunque no se actualiza con mucha frecuencia. En ella se la describe como

«especialista en agresión, conflicto y asedio en los asilos de la Suiza

francesa».

Debe de saber acerca de las agonías y los éxtasis del ser humano, un

conocimiento tan profundo que no pudo sorprenderse por el «sexo

consentido» de su marido.

Se trata de una brillante estratega, ya que consiguió que un periódico

tradicional se fiara de informantes anónimos, que nunca deben tomarse en

serio y que no son muy frecuentes en Suiza. Dudo que se identificara como

una fuente.

Manipuladora: fue capaz de convertir algo que podría ser devastador

en una lección de tolerancia y complicidad entre la pareja y en una lucha

contra la corrupción.

Visionaria: lo suficientemente inteligente como para esperar antes de

tener hijos. Todavía hay tiempo. Hasta entonces, puede construir todo lo

que desea sin que la molesten los llantos en mitad de la noche ni los

vecinos diciéndole que debería renunciar a su trabajo y prestarles más

atención a los niños. (Porque eso es exactamente lo que mis vecinos

hacen.)

Excelente instinto: no me ve como una amenaza. A pesar de las

apariencias, no soy un peligro para nadie, solo para mí misma.

Esa es la clase de mujer que quiero destruir sin la menor piedad.

Porque no es la pobre mujer que se levanta a las cinco de la mañana

para ir a trabajar al centro de la ciudad, sin visado de residencia, aterrada

ante la posibilidad de que un día descubran que está aquí ilegalmente. No

es la típica pija ricachona casada con un alto funcionario de Naciones

Unidas, de fiesta en fiesta, haciendo lo posible para demostrar lo rica y

feliz que es, a pesar de que todo el mundo sabe que su marido tiene una

amante veinte años más joven que ella. No es la amante de ese mismo alto

funcionario de Naciones Unidas, que trabaja en la organización y, por más

que trabaje bien y se esfuerce, nadie se lo va a reconocer porque «tiene una

aventura con el jefe».

No es la ejecutiva solitaria y poderosa que tuvo que mudarse a

Ginebra por la sede de la Organización Mundial del Comercio, donde todos

se toman muy en serio el acoso sexual en el trabajo y no se atreven a cruzar

la mirada con nadie. Y que por la noche se queda mirando la pared de la

gran mansión que ha alquilado y, alguna que otra vez, contrata a un chico

de compañía para distraerla y hacerla olvidar que se pasará el resto de su

vida sin marido, ni hijos, ni amantes.

No, Marianne no encaja en ninguno de esos perfiles. Es una mujer

plena.

He dormido mejor. He quedado con Jacob antes del fin de semana. Al

menos eso es lo que me ha prometido, y dudo que tenga el coraje de

cambiar de idea. Estaba nervioso durante nuestra única conversación

telefónica, el lunes.

Mi marido cree que el sábado en Nyon me sentó bien. Ni se imagina

que fue precisamente ese día cuando descubrí lo que realmente me estaba

haciendo tanto daño: la falta de pasión, de aventura.

Uno de los síntomas que noté fue una especie de autismo psicológico.

Mi mundo, que antes era amplio y pleno de posibilidades, fue reduciéndose

a medida que aumentaba la necesidad de seguridad. ¿Por qué? Debe de ser

un legado de nuestros antepasados que vivían en cuevas: los grupos se

protegen, los solitarios son diezmados.

Aun sabiendo de sobra que, a pesar de estar en grupo, es imposible

controlarlo todo, como por ejemplo la caída del cabello o una célula que

enloquece y se convierte en tumor.

Pero la falsa seguridad nos hace olvidarlo. Cuanto más podamos ver

las paredes de nuestra vida, mejor. Aunque solo sea un límite psicológico,

aunque en el fondo sepamos que tarde o temprano la muerte entrará sin

pedir permiso, es bueno fingir que lo tenemos todo bajo control.

Últimamente tenía el ánimo rebelde e inquieto, como el mar. He

hecho un resumen de mi recorrido hasta el momento y parece que estoy

haciendo un viaje transoceánico en una balsa rudimentaria, en plena época

de tormentas. ¿Sobreviviré?, me pregunto ahora que ya no hay vuelta atrás.

Sobreviviré, por supuesto.

Ya me he enfrentado a tormentas antes. También he hecho una lista de

cosas en las que debo concentrarme cuando tenga la sensación de estar

cayendo otra vez en el agujero negro:

• Jugar con mis hijos. Leerles cuentos que les sirvan de lección tanto a

ellos como a mí, porque los cuentos no tienen edad.

• Mirar al cielo.

• Beber vasos de agua mineral helada. Puede que sea exageradamente

simple, pero me siento revigorizada cuando lo hago.

• Cocinar. Ese es el arte más bello y completo. Actúa sobre los cinco

sentidos y sobre otro más, la necesidad de dar lo mejor de nosotros

mismos. Es mi terapia favorita.

• Escribir mi lista de quejas. ¡Ese sí que fue un descubrimiento! Cada

vez que me enfado por algo, me quejo y después lo anoto. Al final del día

me doy cuenta de que me enfadé en vano.

• Sonreír, aunque tenga ganas de llorar. Este es el más difícil de todos

los elementos de la lista, pero nos acostumbramos. Los budistas dicen que

una sonrisa permanente en el rostro, por falsa que sea, acaba iluminando el

alma.

• Darme dos duchas al día en lugar de una. Se reseca la piel debido al

alto nivel de cal y de cloro en el agua de la ciudad, pero merece la pena

porque lava el alma.

Todo eso, sin embargo, solo funciona porque ahora tengo un objetivo:

conquistar a un hombre. Soy un tigre acorralado, sin poder escapar. Lo

único que me queda es atacar con furia.

Por fin tengo una cita: mañana a las tres en el restaurante del club de

golf de Cologny. Podría haber sido en cualquier cafetería de la ciudad o en

un bar en alguna de las transversales que dan a la principal (y se podría

decir única) calle comercial de la ciudad, pero eligió el restaurante del club

de golf.

A media tarde.

Porque a esa hora el restaurante estará vacío y vamos a tener más

privacidad. Tengo que encontrar una excusa decente para mi jefe, pero eso

no es un gran problema. Después de todo, escribí un artículo sobre las

elecciones que acabó siendo reproducido en muchos otros periódicos de

todo el país.

Un lugar discreto es lo que debe de tener en mente. Un lugar

romántico es lo que pienso yo, con esa manía mía de creerme todo lo que

quiero. El otoño ha teñido los árboles de diferentes colores dorados, y

puede que invite a Jacob a dar un paseo. Pienso mejor cuando estoy en

movimiento. Y aún mejor cuando corro, como ocurrió en Nyon, pero no

creo que eso vaya a ser posible.

Ra, ra, ra.

Esta noche, la cena aquí en casa ha sido *raclette*, un queso fundido,

con rodajas de carne de bisonte cruda y la tradicional patata *rösti* (pelada y

asada) con nata. Mi familia ha preguntado si celebrábamos algo especial y

les he dicho que sí: el hecho de estar juntos y poder disfrutar de una cena

tranquila. Después me he dado la segunda ducha del día, dejando que el

agua lavase toda mi ansiedad. Me he puesto un montón de cremas y he ido

a la habitación de los niños a leerles un cuento. Los he encontrado pegados

a sus tabletas. ¡Deberían estar prohibidas para menores de quince años!

Les he mandado apagarlas, han obedecido de mala gana, he cogido un

libro de cuentos tradicionales, lo he abierto al azar y he leído:

Durante la era glacial, muchos animales se morían a causa del frío.

Entonces los erizos decidieron unirse en grupo, para calentarse y

protegerse los unos a los otros.

Pero las púas herían a los compañeros más cercanos, precisamente a

los que proporcionaban más calor. Debido a eso decidieron separarse.

Y volvían a morir congelados.

Entonces tuvieron que tomar una decisión: o desaparecían de la faz

de la Tierra, o aceptaban las púas de los demás.

Sabiamente, decidieron unirse una vez más. Aprendieron a vivir con

las pequeñas heridas que una relación muy cercana puede provocar, ya

que lo más importante era el calor del otro. Y así sobrevivieron.

Los niños quieren saber cuándo van a poder ver un erizo de verdad.

—¿En el zoológico hay?

No lo sé.

—¿Qué es la *era glacial*?

Un período en el que hacía mucho frío.

—¿Como en el invierno?

Sí, pero un invierno que no terminaba nunca.

—Y ¿por qué no se arrancaron las púas antes de abrazarse?

¡Dios mío! Debería haber elegido otro cuento. Apago la luz y decido

cantarles una canción tradicional de un pueblo de los Alpes mientras los

acaricio. En poco tiempo ya están dormidos.

Mi marido me ha traído Valium. Siempre me he negado a tomar

pastillas porque tengo miedo de hacerme adicta, pero necesito estar en

forma para mañana.

Tomo 10 miligramos y duermo profundamente, sin sueños. No me

despierto en mitad de la noche.

Llego antes de la hora convenida, paso de largo por el edificio que

alberga el club de golf y me dirijo al jardín. Camino hasta los árboles de

uno de los extremos, decidida a sacarle el máximo provecho a esta

hermosa tarde.

Melancolía. Esa es la primera palabra que me viene a la mente al

llegar el otoño. Porque sé que el verano se acaba, los días serán cada vez

más cortos y no vivimos en el mundo encantado de los erizos en su era

glacial: nadie soporta la menor herida provocada por los demás.

Sí, en otros países empieza a morir gente por culpa de la temperatura,

embotellamientos en las carreteras, aeropuertos cerrados. Las chimeneas se

encienden, se sacan las mantas del armario. Pero eso solo ocurre en el

mundo que construimos.

En la naturaleza, el paisaje es magnífico: los árboles, antes tan

parecidos, adquieren personalidad y deciden pintar el bosque en mil tonos

diferentes. Una parte del ciclo de la vida llega a su fin. Todo descansa

durante un período y resucita en primavera, en forma de flores.

No hay mejor momento que el otoño para empezar a olvidar las cosas

que nos molestan. Dejar que se suelten de nosotros como las hojas secas,

pensar en volver a bailar, disfrutar de cada momento de sol, que todavía

calienta, calentar el cuerpo y el espíritu con sus rayos, antes de que se vaya

a dormir y se convierta en una débil bombilla en el cielo.

Desde lejos puedo ver que él ha llegado. Me busca en el restaurante,

en la terraza, y le pregunta al camarero, que señala en mi dirección. Ahora

Jacob ya me ve y me hace señas. Me pongo a caminar lentamente hacia la

sede del club. Quiero que se fije en mi vestido, en los zapatos, en mi abrigo

de entretiempo, en mi modo de andar. Aunque mi corazón se haya

disparado, no puedo perder el ritmo.

Busco las palabras. ¿Por qué misteriosa razón volvemos a vernos?

¿Por qué tratamos de controlarnos, aun sabiendo que hay algo entre

nosotros? ¿Tenemos miedo de tropezar y caer, como otras tantas veces?

Mientras camino, parece que estoy entrando en un túnel por el que

nunca he pasado: el que lleva del cinismo a la pasión, de la ironía a la

entrega.

¿Qué pensará mientras camino hacia él? ¿Tengo que explicarle que no

tenemos que asustarnos y que «si el Mal existe, está escondido en nuestros

miedos»?

Melancolía. La palabra que ahora me está transformando en una

mujer romántica y me rejuvenece a cada paso.

Sigo buscando las palabras adecuadas para decirle cuando llegue junto

a él. Lo mejor es no buscar, sino dejar que fluyan naturalmente. Están aquí

conmigo. Puedo no reconocerlas, no aceptarlas, pero son más poderosas

que mi necesidad de controlarlo todo.

¿Por qué no quiero escuchar mis propias palabras antes de decírselas a

él?

¿Es el miedo? ¿Qué puede ser peor que una vida gris, triste, con todos

los días iguales? ¿Peor que el pánico a que todo desaparezca, incluida mi

propia alma, y a quedarme completamente sola en este mundo, después de

haberlo tenido todo para ser feliz?

Veo, a contraluz, las sombras de las hojas que caen de los árboles. Lo

mismo está ocurriendo dentro de mí: a cada paso que doy, cae una barrera,

se destruye una defensa, se derrumba un muro, y mi corazón, escondido

detrás de todo eso, comienza a ver la luz del otoño y a regocijarse con ella.

¿De qué hablamos hoy? ¿Sobre la música que he escuchado en el

coche de camino hacia aquí? ¿Del viento en los árboles? ¿De la naturaleza

humana con todas sus contradicciones, oscuridad y redención?

Hablaremos de melancolía y él dirá que es una palabra triste. Le diré

que no, que es nostálgica, trata de algo olvidado y frágil, como lo somos

todos cuando fingimos no ver el camino al que nos ha llevado la vida sin

pedirnos permiso, cuando negamos nuestro destino porque nos conduce

hacia la felicidad, pero lo que realmente queremos es seguridad.

Unos cuantos pasos más. Más barreras que se derrumban. Más luz que

entra en mi corazón. Ya no se me pasa por la cabeza controlar nada, solo

vivir esta tarde, que no va a volver a repetirse. No tengo que convencerlo

de nada. Si no lo entiende ahora, lo entenderá más tarde. Solo es cuestión

de tiempo.

A pesar del frío, nos sentaremos en la terraza. Así, él puede fumar. Al

principio estará a la defensiva, tratando de saber más acerca de la foto que

alguien sacó en el parque.

Pero hablaremos de la posibilidad de vida en otros planetas, la

presencia de Dios, muchas veces olvidada debido a nuestro

comportamiento. Hablaremos de fe, de milagros y de encuentros planeados

incluso antes de que naciéramos.

Discutiremos sobre la eterna lucha entre ciencia y religión.

Hablaremos del amor, siempre percibido como un deseo y una amenaza al

mismo tiempo. Insistirá en que mi definición de melancolía no es correcta,

pero me limitaré a tomar mi té en silencio, observando la puesta de sol en

las montañas del Jura, contenta de estar viva.

Ah, también hablaremos de flores, aunque las únicas a la vista sean

las que están dentro del bar, procedentes de algún invernadero que las

produce en serie. Pero es bueno hablar de flores en otoño. Nos da la

esperanza de la primavera.

Faltan pocos metros. Las paredes ya se han derrumbado por completo.

Acabo de renacer.

Llego junto a él y lo saludo con los convencionales tres besos en las

mejillas, como manda la tradición suiza (cada vez que viajo y doy el

tercero, la gente se asusta). Me doy cuenta de lo nervioso que está y

sugiero que nos quedemos en la terraza; tendremos más privacidad y podrá

fumar. El camarero ya lo conoce. Jacob le pide Campari con tónica y yo té,

como había planeado.

Para ayudarlo a relajarse, empiezo a hablar de la naturaleza, de los

árboles y de lo hermoso que es darse cuenta de cómo todo cambia

constantemente. ¿Por qué tratamos de repetir el mismo patrón? Es

imposible. Es antinatural. ¿No sería mejor tomarse esos desafíos como una

fuente de conocimiento y no como nuestros enemigos?

Él continúa nervioso. Responde de forma automática, como si quisiera

terminar ya la conversación, pero no voy a permitirlo. Este es un día único

en mi vida y merece ser respetado como tal. Sigo hablando de cosas que se

me han ocurrido mientras caminaba, aquellas palabras sobre las que no

tengo control. Me maravilla verlas salir con tanta precisión.

Hablo de mascotas. Le pregunto si entiende por qué a la gente le

gustan tanto. Jacob da una respuesta convencional cualquiera y paso al

siguiente tema: ¿por qué es tan difícil aceptar que las personas son

diferentes? ¿Por qué hay tantas leyes que tratan de crear nuevas tribus en

lugar de simplemente aceptar que las diferencias culturales pueden hacer

nuestras vidas más ricas y más interesantes? Pero él dice que está cansado

de hablar de política.

Entonces hablaremos sobre un acuario que he visto hoy en el colegio

de los niños, cuando he ido a llevarlos. Dentro había un pez que nadaba en

círculos junto al cristal, y me he dicho a mí misma: «No recuerda dónde

empezó a girar y nunca va a llegar al final. Es por eso por lo que nos gustan

los peces en los acuarios: nos recuerdan nuestras vidas, bien alimentados,

pero sin poder ir más allá de las paredes de cristal».

Enciende otro cigarrillo. Ya hay dos apagados en el cenicero.

Entonces me doy cuenta de que llevo hablando mucho tiempo, en un trance

de luz y paz, sin darle una oportunidad para expresar lo que siente. ¿De qué

te gustaría hablar?

—De la foto que mencionaste —responde con mucho cuidado, porque

nota que estoy en un momento muy delicado.

Ah, la foto. ¡Por supuesto que existe! Está grabada a sangre y fuego en

mi corazón y no podré borrarla hasta que Dios me lo permita. Pero entra y

mírala con tus propios ojos, porque todas las barreras que protegían mi

corazón se fueron desmoronando a medida que me acercaba a ti.

No, no me digas que no conoces el camino, porque ya has entrado en

él varias veces, tanto en el pasado como en el presente. Sin embargo, yo

me negaba a aceptarlo, y comprendo que tú también te resistas. Somos

iguales. No te preocupes, yo te guío.

Después de decirle todo eso, coge mi mano con delicadeza, sonríe y

clava el puñal:

—Ya no somos dos adolescentes. Eres una persona maravillosa y, por

lo que sé, tienes una gran familia. ¿No has pensado en hacer terapia de

pareja?

Por un momento, me siento desorientada. Pero me levanto y me dirijo

a mi coche. Sin lágrimas. Sin decir adiós. Sin mirar atrás.

No siento nada. No pienso en nada. Dejo atrás el coche y sigo andando

por la carretera, sin saber exactamente adónde ir. Nadie me espera al final

de la caminata. La melancolía se ha convertido en apatía. Tengo que

forzarme para seguir adelante.

Hasta que cinco minutos más tarde, estoy delante de un castillo. Sé lo

que pasó allí: alguien le dio vida a un monstruo conocido hasta hoy,

aunque pocos saben el nombre de la mujer que lo creó.

La puerta que da al jardín está cerrada, ¿y qué? Puedo entrar a través

de los setos. Puedo sentarme en el banco helado e imaginar lo que sucedió

en 1817. Necesito distraerme, olvidar todo lo que me inspiraba antes y

concentrarme en algo diferente.

Imagino un día cualquiera de aquel año, cuando su inquilino, el poeta

inglés lord Byron decidió exiliarse aquí. Lo odiaban en su país, y también

en Ginebra, que lo acusaba de promover orgías y de emborracharse en

público. Debía de morirse de aburrimiento. O de melancolía. O de rabia.

Poco importa. Lo que importa es que ese día cualquiera de 1817 dos

invitados llegaron de su país. Otro poeta, Percy Bysshe Shelley, y su

«mujer» de dieciocho años, Mary.

Un cuarto invitado se unió al grupo, pero ahora no puedo recordar su

nombre.

Posiblemente debatieron sobre literatura. Posiblemente se quejaron

del tiempo, de la lluvia, del frío, de los habitantes de Ginebra, de sus

compatriotas ingleses, de la falta de té y de whisky. Puede que se leyesen

poemas unos a otros y se dedicasen elogios mutuos.

Y se creían tan especiales e importantes que decidieron hacer una

apuesta: debían volver a ese mismo lugar pasado un año, y cada uno

llevaría un libro que hablase de la naturaleza humana.

Es obvio que, pasado el entusiasmo de los planes y de los comentarios

sobre cómo el ser humano es una completa aberración, olvidaron lo que

habían acordado.

Mary estaba presente durante la conversación. No la invitaron a

participar en la apuesta. En primer lugar, porque era una mujer, y además

tenía el agravante de ser joven. Sin embargo, aquello debió de marcarla

profundamente. ¿Por qué no escribir algo solo para pasar el tiempo? Tenía

el tema, únicamente había que desarrollarlo y guardar el libro cuando lo

hubiese terminado.

No obstante, cuando regresaron a Inglaterra, Shelley leyó el

manuscrito y la animó a publicarlo. Es más, como ya era famoso, decidió

que le presentaría a un editor y escribiría el prólogo. Mary se mostró reacia

pero finalmente aceptó, con una condición: que su nombre no apareciese en

la cubierta.

La tirada inicial de quinientos ejemplares se agotó rápidamente. Mary

pensó que sería por el prefacio de Shelley pero, en la segunda edición,

estuvo de acuerdo en incluir su nombre. Desde entonces, el título nunca ha

dejado de venderse en las librerías de todo el mundo. Ha inspirado a

escritores, productores de teatro, directores de cine, fiestas de Halloween,

bailes de disfraces. Recientemente, un destacado crítico lo describió como

«el trabajo más creativo del Romanticismo, o incluso de los últimos

doscientos años».

Nadie puede explicar por qué. La mayoría no lo ha leído nunca, pero

prácticamente todo el mundo ha oído hablar de él.

Cuenta la historia de Victor, un científico suizo, nacido en Ginebra y

educado por sus padres para entender el mundo a través de la ciencia.

Siendo todavía un niño, ve caer un rayo sobre un roble y se pregunta:

«¿Vendrá de ahí la vida? ¿Puede el hombre crear la naturaleza humana?».

Y, como una versión moderna de Prometeo, el personaje mitológico

que robó el fuego del cielo para ayudar al hombre (la autora utilizó «El

moderno Prometeo» como subtítulo, pero nadie se acuerda), se pone a

trabajar para repetir la hazaña de Dios. Obviamente, a pesar de toda su

dedicación, la experiencia se le va de las manos.

El título del libro: *Frankenstein*.

¡Oh, Dios mío!, en quien apenas pienso todos los días, pero en quien

tanto confío en mis horas de aflicción, ¿he venido aquí por casualidad? ¿O

ha sido Tu invisible e implacable mano la que me ha conducido hasta este

castillo y me ha hecho recordar esa historia?

Mary conoció a Shelley cuando tenía quince años y, a pesar de que

estaba casado, no se dejó disuadir por las convenciones sociales y se fue

tras el hombre que creía que era el amor de su vida.

¡Quince años! Y ya sabía exactamente lo que quería. Y sabía cómo

conseguirlo. Yo tengo treinta y uno, cada hora deseo una cosa y soy

incapaz de conseguirla, aunque pueda caminar por una tarde de otoño llena

de melancolía y romanticismo, inspirándome para lo que iba a decir

cuando llegara el momento.

No soy Mary Shelley. Soy Victor Frankenstein y su monstruo.

Traté de darle vida a algo inanimado y el resultado va a ser el mismo

que el del libro: sembrar el terror y la destrucción.

Ya no me quedan lágrimas. No hay más desesperación. Me siento

como si mi corazón hubiera desistido de todo y como si mi cuerpo ahora lo

reflejase, porque no puedo moverme. Es otoño, la tarde cae deprisa, la

hermosa puesta de sol se ve rápidamente sustituida por el crepúsculo.

Llega la noche y todavía estoy aquí sentada, junto al castillo, viendo a sus

inquilinos escandalizar a la burguesía de Ginebra de principios del siglo

XIX.

¿Dónde está el rayo que dio vida al monstruo?

El rayo no viene. El tráfico, que no es intenso en la región, es aún más

escaso. Mis hijos esperan la cena, y mi marido, que sabe cómo soy, pronto

empezará a preocuparse. Pero parece que tengo una bola de hierro atada a

los pies y todavía no soy capaz de moverme.

Soy una perdedora.

¿Se puede obligar a alguien a pedir disculpas por despertar un amor

imposible?

No, de ninguna manera.

Porque el amor de Dios por nosotros también es imposible. Nunca se

va a ver correspondido del mismo modo y, sin embargo, Él sigue

amándonos. Y nos amó hasta el punto de enviar a su único hijo para

explicarnos que el amor es la fuerza que mueve el sol y las estrellas. En

una de sus epístolas a los corintios (que en el colegio nos obligaban a

aprender de memoria), el apóstol Pablo dice:

Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles,

si no tengo Amor, soy como una campana que resuena o como un platillo

que retiñe.

Y todos sabemos por qué. A menudo oímos hablar de lo que parecen

ser grandes ideas para cambiar el mundo. Pero son palabras pronunciadas

sin emoción, vacías de Amor. Por muy lógicas e inteligentes que sean, no

nos llegan.

Pablo compara el Amor con la Profecía, con los Misterios, con la Fe y

con la Caridad.

¿Por qué el Amor es más importante que la fe?

Porque la Fe no es más que un camino que nos conduce al Amor más

grande.

¿Por qué el Amor es más importante que la Caridad?

Porque la Caridad no es más que una de las manifestaciones del

Amor. Y el todo es siempre más importante que la parte. Además, la

Caridad no es más que uno de los muchos caminos que el Amor utiliza

para que el hombre se una a su prójimo.

Y todos sabemos que hay por ahí mucha caridad sin Amor. Cada

semana hay un baile «benéfico» aquí cerca. La gente paga una fortuna para

conseguir una mesa, participa y se divierte con sus joyas y su ropa

carísima. Salimos creyendo que el mundo es mejor gracias a la cantidad

recaudada esa noche para los refugiados de Somalia, los marginados de

Yemen, los que pasan hambre en Etiopía. Dejamos de sentirnos culpables

por el cruel espectáculo de miseria, pero nunca nos preguntamos adónde va

a parar ese dinero.

Los que no tienen contactos para ir al baile o no pueden permitirse tal

extravagancia pasan junto a un mendigo y le dejan una moneda. Ya está. Es

muy fácil echarle una moneda a un mendigo en la calle. En general, es más

fácil que no echársela.

¡Qué gran alivio por solo una moneda! Es barato para nosotros y

resuelve el problema del mendigo.

Sin embargo, si realmente lo amásemos, haríamos mucho más por él.

O no haríamos nada. No le daríamos la moneda y, ¿quién sabe?,

nuestra culpa por esa miseria podría despertar el verdadero Amor.

Pablo compara entonces el Amor con el sacrificio y el martirio.

Hoy entiendo mejor sus palabras. Aunque yo sea la mujer más exitosa

del mundo, aunque sea más admirada y más deseada que Marianne König,

si no tengo Amor en mi corazón, no vale de nada. *De nada*.

En entrevistas con artistas y políticos, con trabajadores sociales y

médicos, con estudiantes y funcionarios públicos, siempre les pregunto:

«¿Cuál es el objetivo de tu trabajo?». Algunos contestan: «Formar una

familia». Otros dicen: «Ascender en mi carrera». Pero cuando voy más allá

e insisto en la pregunta, la respuesta es casi automática: «Mejorar el

mundo».

Me apetece ir al pont du Mont-Blanc con un manifiesto impreso en

letras doradas y entregárselo a cada coche o persona que pase por allí. En

él escribiría:

Ruego a todos aquellos que deseen trabajar algún día por el bien de

la humanidad que no olviden nunca que, aunque sus cuerpos sean

quemados en nombre de Dios, si no tenéis Amor, no vale de nada. ¡De

nada!

Lo más importante que podemos donar es el reflejo del Amor en

nuestra vida. Ese es el verdadero lenguaje universal, que nos permite

hablar chino o los dialectos de la India. En mi juventud viajé mucho,

formaba parte del rito de paso de cualquier estudiante. Conocí países

pobres y ricos. La mayoría de las veces, no hablaba el idioma local. Pero

en todos esos lugares la elocuencia silenciosa del Amor me ayudó a

hacerme entender.

El mensaje del Amor está en la manera de vivir mi vida, no en mis

palabras o en mis actos.

En la epístola a los corintios, Pablo nos dice, en tres versos cortos, que

el Amor se compone de muchas otras cosas. Como la luz. Aprendemos en

el colegio que si cogemos un prisma y hacemos que un rayo de sol lo

atraviese, ese haz se divide en los colores del arco iris.

Pablo nos muestra el arco iris del Amor, de la misma manera que el

prisma atravesado por un rayo nos muestra el arco iris de la luz.

Y ¿cuáles son esos elementos? Son virtudes de las que oímos hablar

todos los días y que podemos practicar en cualquier momento.

Paciencia: *el Amor es paciente*.

Bondad: *es benigno*.

Generosidad: e *l Amor no se consume por los celos*.

Humildad: *no se jacta, no se enorgullece*.

Delicadeza *: el Amor no se porta inconvenientemente.*

Entrega: *no busca sus intereses*.

Tolerancia: *no se exaspera*.

Inocencia: *no guarda rencor*.

Sinceridad: *no se alegra con las injusticias, se regocija con la verdad* .

Todos estos dones tienen que ver con nuestro día a día, con el hoy y

con el mañana, con la Eternidad.

El gran problema es que la gente suele relacionar eso con el Amor a

Dios. Pero ¿cómo se manifiesta el Amor a Dios? Amando a la humanidad.

Para encontrar la paz en el cielo, hay que encontrar el Amor en la

Tierra. Sin él, no valemos nada.

Amo y nadie puede impedirlo. Amo a mi marido, que siempre me ha

apoyado. Creo que también amo a un hombre que conocí en la

adolescencia. Y mientras caminaba hacia él, una hermosa tarde de otoño,

bajé del todo mis defensas y ya no puedo levantarlas. Soy vulnerable, pero

no me arrepiento.

Esta mañana, mientras me tomaba una taza de café, he visto la suave

luz de fuera, me he acordado otra vez de esa caminata, y me he preguntado

por última vez: «¿Estoy tratando de crear un problema real para apartar

mis problemas imaginarios? ¿Estoy realmente enamorada o simplemente

he transferido todas esas sensaciones desagradables de los últimos meses a

una fantasía?».

No. Dios no es injusto y nunca permitiría que me enamorase de esa

manera si existiera la posibilidad de no ser correspondida.

Sin embargo, a veces el amor exige que luchemos por él. Y es lo que

voy a hacer. Al ir en busca de la justicia voy a tener que alejar el mal sin

exasperación ni impaciencia. Cuando Marianne esté lejos y él junto a mí,

Jacob me lo agradecerá el resto de su vida.

O se marchará, pero me dejará la sensación de que he luchado hasta

donde podía.

Soy una mujer nueva. Busco algo que no va a venir a mí de manera

espontánea y por libre voluntad. Está casado y considera que cualquier

paso en falso podría poner en peligro su carrera.

Entonces ¿en qué tengo que concentrarme? En descasarlo sin que se

dé cuenta.

¡Voy a tratar por primera vez con un camello!

Vivo en un país que ha optado por aislarse del mundo y se enorgullece

de ello. Cuando uno se decide a visitar los pueblos de los alrededores de

Ginebra, una cosa queda clara inmediatamente: no hay sitio para aparcar, a

menos que se utilice el garaje de un conocido.

El mensaje es: no vengas, extranjero, porque la vista del lago, la

grandeza de los Alpes en el horizonte, las flores silvestres durante la

primavera y el tono dorado de los viñedos al llegar el otoño, todo es

herencia de nuestros antepasados, que vivieron aquí sin haber sido nunca

molestados. Queremos que siga siendo así, entonces no vengas, extranjero.

Aunque hayas nacido y te hayas criado en un pueblo vecino, no nos

interesa lo que vengas a contarnos. Si quieres aparcar el coche, busca una

gran ciudad, con muchos lugares apropiados para eso.

Estamos tan aislados del mundo que todavía creemos en la amenaza

de una gran guerra nuclear. Es obligatorio que todas las construcciones del

país tengan refugios nucleares. Recientemente un diputado trató de anular

esa ley y el Parlamento se opuso: sí, puede ser que nunca haya una guerra

nuclear, pero ¿y la amenaza de armas químicas? Tenemos que proteger a

nuestros ciudadanos. Por tanto, los costosísimos refugios nucleares se

siguen construyendo. Y se convierten en bodegas y almacenes, mientras el

Apocalipsis no llega.

Sin embargo, hay cosas que, a pesar de todo nuestro esfuerzo por

mantenernos como una isla de paz, no podemos impedir que crucen la

frontera.

Como las drogas, por ejemplo.

Los gobiernos cantonales tratan de controlar los puntos de venta y

cierran los ojos ante el comprador. Aunque vivimos en un paraíso, ¿no

estamos todos estresados por el tráfico, las responsabilidades, los plazos y

el hastío? Las drogas estimulan la productividad (como la cocaína) y

disminuyen la presión (como el hachís). Así que, para no dar un mal

ejemplo al mundo, prohibimos y toleramos al mismo tiempo.

Sin embargo, cuando el problema empieza a adquirir proporciones

mayores, *casualmente* cogen a algún famoso o personaje público con

estupefacientes, como decimos en la jerga periodística. El caso aparece en

los medios de comunicación para que sirva de ejemplo, para disuadir a los

jóvenes, para decirle al público que el gobierno lo tiene todo bajo control,

y ¡pobre del que se niegue a cumplir la ley!

Eso sucede como máximo una vez al año. Y no creo que sea solo una

vez al año que a alguien importante se le ocurra escapar de la rutina y

acercarse al paso subterráneo del pont du Mont-Blanc para comprarles algo

a los camellos que merodean todos los días por allí. De ser así, ya habrían

desaparecido por falta de clientela.

Llego al sitio. Las familias vienen y van, los tipos sospechosos

permanecen allí sin que nadie los moleste y sin meterse con los demás.

Excepto cuando pasa una pareja joven hablando una lengua extranjera, o

cuando un ejecutivo en traje atraviesa el paso subterráneo, momento en que

se vuelven de inmediato para mirar directamente a los ojos de esos

hombres.

Paso la primera vez, voy hasta el otro lado, tomo un agua mineral y

me quejo del frío a una persona que no conozco. No responde, inmersa en

su mundo. Vuelvo y allí están los mismos hombres. Establecemos contacto

visual, pero hay un montón de gente pasando, lo cual es raro. Es la hora de

la comida y la gente debería estar en los caros restaurantes repartidos por

la zona, tratando de cerrar algún negocio importante o de atraer al turista

que ha llegado a la ciudad en busca de empleo.

Espero un poco y paso por tercera vez. Establezco contacto visual de

nuevo y uno de ellos, con un simple movimiento de la cabeza, me dice que

lo siga. Nunca en mi vida me imaginé que pudiera, pero este año ha sido

tan diferente que ya no me extraña nada de lo que hago.

Finjo despreocupación y lo sigo.

Caminamos dos o tres minutos hasta el Jardín Inglés. Pasamos junto a

turistas que sacan fotos frente al reloj de flores, uno de los hitos de la

ciudad. Cruzamos la pequeña estación de tren que gira alrededor del lago,

como si viviésemos en Disneylandia. Finalmente llegamos a la orilla y nos

ponemos a observar el agua. Como una pareja contemplando el Jet d’Eau,

la fuente gigante que puede alcanzar los cien metros de altura y que ya

hace mucho tiempo que se ha convertido en el símbolo de Ginebra.

Él espera que yo diga algo. Pero no sé si mi voz va a ser firme, a pesar

de todo mi aire de confianza. Me quedo callada y lo obligo a romper el

silencio:

—¿Costo, anfetas, tripis o farlopa?

Ya está. Estoy perdida. No sé qué responder, y el camello se da cuenta

de que se encuentra ante una novata. Me ha puesto a prueba y no la he

superado.

Él se ríe. Le pregunto si piensa que soy de la policía.

—Por supuesto que no. La policía sabría inmediatamente de qué

hablo.

Le explico que es la primera vez que lo hago.

—Ya se nota. Una mujer vestida como usted nunca se tomaría la

molestia de venir aquí. Podría pedirle a un sobrino o a algún compañero de

trabajo lo que le quedara de su consumo personal. Por eso he decidido

traerla a la orilla del lago. Podríamos haber hecho la operación mientras

caminábamos, y yo no estaría perdiendo tanto tiempo, pero quiero saber

exactamente lo que está buscando o si necesita algún consejo.

No está perdiendo el tiempo. Debía de estar muerto de aburrimiento

allí de pie, en aquel paso subterráneo. Las tres veces que pasé por allí no

había ningún cliente interesado.

—Bien, voy a repetirlo en un lenguaje que pueda comprender:

¿hachís, anfetaminas, LSD o cocaína?

Le pregunto si tiene crack o heroína. Él dice que esas son drogas

prohibidas. Se me pasa por la cabeza decirle que todo lo que ha

mencionado también está prohibido, pero me abstengo.

No es para mí, le explico. Es para una enemiga.

—¿Es para vengarse? ¿Piensa matar a alguien de sobredosis? Por

favor, señora, búsquese a otro.

Se dispone a alejarse, pero lo detengo y le pido que me escuche. Me

doy cuenta de que mi interés en el tema puede haber hecho que el precio

sea el doble.

Por lo que sé, la persona en cuestión no se droga, le explico. Sin

embargo, ha perjudicado seriamente mi relación. Solo quiero tenderle una

trampa.

—Eso va en contra de la ética de Dios.

¡Lo que hay que oír: un vendedor de droga tratando de hacerme ir por

el camino correcto!

Le cuento «mi historia». Estoy casada desde hace diez años, tengo dos

hijos maravillosos. Mi marido y yo usamos el mismo modelo de móvil y

hace dos meses cogí el suyo por equivocación.

—¿No utilizan código pin?

Por supuesto que no. Confiamos el uno en el otro. ¿O el suyo sí lo

tiene y estaba desactivado en aquel momento? El caso es que descubrí unos

cuatrocientos mensajes de texto y una serie de fotos de una atractiva mujer

rubia, al parecer, de buena vida. Hice lo que no debía: un escándalo. Le

pregunté quién era y él no lo negó, dijo que era la mujer de la que estaba

enamorado. Se alegró de que lo descubriera antes de tener que contármelo.

—Eso sucede muy a menudo.

¡El camello pasa de evangelizador a consejero matrimonial! Pero yo

sigo, porque me lo estoy inventando todo en este momento y me siento

animada con la historia que le cuento. Le pedí que se fuese de casa. Estuvo

de acuerdo y al día siguiente me dejó con nuestros dos hijos para irse a

vivir con el amor de su vida. Pero ella no lo recibió bien, ya que le

resultaba mucho más interesante tener una relación con un hombre casado

que verse obligada a convivir con un marido que no había elegido.

—¡Mujeres! Es imposible entenderlas.

Yo también lo creo. Sigo con mi historia: ella le dijo que no estaba

preparada para vivir con él y cortó la relación. Como me imagino que

sucede en la mayoría de los casos, volvió a casa pidiéndome perdón. Lo

perdoné. De hecho, lo único que quería era que él regresara. Soy una mujer

enamorada y no podría vivir sin la persona que amo.

Pero ahora, pasadas unas semanas, me he dado cuenta de que ha

cambiado de nuevo. Ya no es tan tonto como para dejar el móvil por ahí,

por lo que no hay forma de saber si han vuelto a verse. Aunque sospecho

que sí. Y la mujer, la ejecutiva esa rubia, independiente, atractiva y

poderosa, me está quitando lo más importante de mi vida: el amor. ¿Sabe

lo que es el amor?

—Entiendo lo que usted quiere. Pero es muy peligroso.

¿Cómo que lo entiende, si no he terminado de explicárselo?

—Quiere tenderle una trampa a esa mujer. No tengo la mercancía que

usted quiere. Pero para llevar a cabo su plan se necesitarían, por lo menos,

treinta gramos de cocaína.

Coge el móvil, escribe algo y me lo enseña. Es una página del portal

de CNN Money, con el precio de las drogas. Me sorprende, pero descubro

que se trata de un reportaje reciente sobre las dificultades a las que se

vienen enfrentando los grandes cárteles.

—Como puede ver, le va a costar cinco mil francos. ¿Merece la pena?

¿No le saldría más barato ir a casa de esa mujer y montarle un escándalo?

Además, por lo que he entendido, a lo mejor la culpa no es suya.

De evangelizador ha pasado a consejero matrimonial. Y de consejero

matrimonial acaba de convertirse en asesor financiero, tratando de evitar

que yo gaste mi dinero inútilmente.

Le digo que acepto el riesgo. Sé que tengo razón. Y ¿por qué treinta

gramos en lugar de diez?

—Es la cantidad mínima para que una persona pueda ser acusada de

tráfico. La condena es mucho mayor que para un consumidor. ¿Está segura

de querer hacerlo? Porque, de camino a casa o a la casa de esa mujer,

pueden arrestarla y no podrá justificar la posesión de toda esa droga.

¿Serán así todos los camellos o habré dado con alguien especial? Me

encantaría pasar horas hablando con este hombre, con mucha experiencia y

bien informado. Pero, al parecer, está demasiado ocupado. Me pide que

vuelva dentro de media hora con el dinero en efectivo. Voy a un cajero

automático, sorprendida por mi ingenuidad. Es obvio que los camellos no

llevan encima grandes cantidades. ¡De lo contrario podrían acusarlos de

tráfico!

Vuelvo y allí está. Le doy el dinero discretamente y él me señala una

papelera que podemos ver desde donde estamos.

—Por favor, no deje la mercancía al alcance de esa mujer porque

puede confundirse y acabar ingiriéndola. Sería un desastre.

Este hombre es único, piensa en todo. Si fuese director de una

multinacional, ganaría una fortuna en bonificaciones de accionistas.

Cuando pienso en continuar la conversación, él ya se ha alejado. Veo

otra vez el lugar indicado. ¿Y si no hay nada dentro? Pero estos hombres

tienen una reputación que mantener y no harían tal cosa.

Me acerco, miro hacia los lados, cojo un sobre de papel de estraza, lo

meto en el bolso y tomo un taxi inmediatamente hasta la redacción del

periódico. Voy a llegar tarde otra vez.

Tengo la prueba del delito. He pagado una fortuna por algo que no

pesa casi nada.

Pero ¿cómo saber si ese hombre no me ha engañado? Tengo que

descubrirlo yo sola.

Alquilo dos o tres películas cuyos protagonistas tienen ese vicio. Mi

marido se sorprende con mi nuevo interés.

—No estás pensando en hacer eso, ¿verdad?

¡Por supuesto que no! Es solo una encuesta para el periódico. Por

cierto, mañana llegaré tarde. He decidido escribir un artículo sobre el

castillo de lord Byron y tengo que acercarme hasta allí. No tiene que

preocuparse.

—No estoy preocupado. Creo que las cosas han mejorado mucho

desde que fuimos a pasear a Nyon. Tenemos que viajar más, tal vez en fin

de año. La próxima vez dejaremos a los niños con mi madre. He estado

hablando con gente que sabe del tema.

El «tema» debe de ser eso que considera mi estado depresivo. ¿Con

quién habrá estado hablando? ¿Con algún amigo que puede irse de la

lengua en cuanto se tome una copa de más?

—Nada de eso. Con un consejero matrimonial.

¡Qué horror! Un consejero matrimonial. Terapia de pareja fue lo

último que oí aquella horrible tarde en el club de golf. ¿Estarán hablando

los dos a escondidas?

—Puede que tu problema lo haya provocado yo. No te presto la

atención necesaria. Siempre estoy hablando de trabajo o de las cosas que

tenemos que hacer. Hemos perdido el romanticismo necesario para

mantener una familia feliz. Ocuparse únicamente de los niños no es

suficiente. Necesitamos más cosas mientras aún somos jóvenes. Podríamos

volver a Interlaken, el primer viaje que hicimos juntos después de

conocernos. Y subir parte del Jungfrau y disfrutar del paisaje desde allí

arriba.

¡Consejero matrimonial! Era lo que me faltaba.

La conversación con mi marido me recuerda un viejo proverbio: no hay

más ciego que el que no quiere ver.

¿Cómo puede pensar que me tiene abandonada? Cómo se le ha

ocurrido esa locura, si normalmente soy yo la que no lo recibo en la cama

con los brazos y las piernas abiertos.

Ya hace algún tiempo que no tenemos una relación sexual intensa. En

una relación sana, eso es más necesario para la estabilidad de la pareja que

hacer planes para el futuro o hablar de los niños. Interlaken me recuerda a

una época en la que salíamos a pasear por la ciudad al atardecer, porque la

mayor parte del tiempo estábamos encerrados en el hotel, haciendo el amor

y bebiendo vino barato.

Cuando queremos a alguien, no nos conformamos con conocer solo su

alma, deseamos saber cómo es su cuerpo. ¿Es necesario? No lo sé, pero el

instinto nos impulsa a ello. Y no hay un horario determinado, ni norma

alguna que respetar. Nada mejor que el descubrimiento, la timidez

perdiendo terreno frente a la osadía, gemidos que se convierten en gritos y

palabrotas. Sí, palabrotas; siento una gran necesidad de oír cosas

prohibidas y «sucias» mientras un hombre está dentro de mí.

En esos momentos surgen las preguntas de siempre: «¿Estoy

apretando mucho? ¿Debo ir más rápido o más despacio?». Son preguntas

fuera de lugar, que molestan, pero que forman parte de la iniciación, del

conocimiento y el respeto mutuo. Es muy importante hablar durante esa

construcción de intimidad perfecta. Lo contrario sería una frustración

silenciosa y mentirosa.

Después viene el matrimonio. Tratamos de mantener el mismo

comportamiento y lo conseguimos; en mi caso duró hasta que me quedé

embarazada la primera vez, lo cual sucedió pronto. Y de repente nos damos

cuenta de que las cosas han cambiado.

• El sexo, ahora, solo por la noche, preferiblemente antes de dormir.

Como si se tratara de una obligación que los dos aceptamos, sin

cuestionarnos si al otro le apetece. Si no hay sexo, surgen las sospechas, así

que lo mejor es mantener el ritual.

• Si no ha estado bien, no digas nada, porque mañana puede estar

mejor. Después de todo, estamos casados, tenemos toda la vida por delante.

• No hay nada más que descubrir y tratamos de obtener el máximo

placer de las mismas cosas. Lo que equivale a comer chocolate todos los

días sin variar la marca ni el sabor: no es ningún sacrificio, pero ¿no hay

nada más?

Por supuesto que sí: juguetitos que pueden comprarse en sex-shops,

clubes de intercambio, invitar a una tercera persona a participar, atreverse

a ir a fiestas a casa de amigos menos convencionales.

Para mí, todo eso es muy arriesgado. No sabemos cuáles serán las

consecuencias, es mejor dejarlo todo como está.

Y así se pasan los días. Al hablar con los amigos, descubrimos que esa

historia del orgasmo simultáneo, de excitarse juntos, al mismo tiempo,

acariciando las mismas partes y gimiendo al unísono, es un mito. ¿Cómo

puedo sentir placer si tengo que prestar atención a lo que estoy haciendo?

La más natural sería: tócame, vuélveme loca y después yo te hago lo

mismo a ti.

Pero la mayoría de las veces no es así. La comunión tiene que ser

«perfecta». Es decir, inexistente.

Y cuidado con los gemidos, para no despertar a los niños.

Ah, qué bien que se ha acabado, estaba muy cansado(a) y no sé cómo

lo he conseguido. ¡Eres tú, seguro! Buenas noches.

Hasta que llega el día en que ambos se dan cuenta de que hay que

romper la rutina. Pero, en vez de ir a clubes de intercambio, a los sex-shops

llenos de aparatos que no sabemos muy bien cómo funcionan, o a casa de

amigos alocados que no paran de descubrir cosas nuevas, decidimos...

pasar un tiempo sin los niños.

Planear una escapada romántica. Sin sorpresas. En la que todo estará

absolutamente planeado y organizado.

Y creemos que esa es una gran idea.

He creado una cuenta de correo electrónico falsa. Tengo la droga,

debidamente probada (a lo que siguió el juramento de no volver a hacerlo

nunca más, porque la sensación es genial).

Sé cómo entrar en la universidad sin que me vean y dejar la prueba en

la mesa de Marianne. Solo me falta descubrir qué cajón va a tardar en

abrir, lo que probablemente es la parte más arriesgada del plan. Pero eso

fue lo que me sugirió el camello, y tengo que escuchar la voz de la

experiencia.

No puedo pedirle ayuda a ningún alumno, tengo que hacerlo todo sola.

No tengo nada más que hacer salvo alimentar el «sueño romántico» de mi

marido y abarrotar el teléfono de Jacob con mis mensajes de amor y

esperanza.

La conversación con el camello me dio una idea que después puse en

práctica: enviarle mensajes de texto todos los días, con palabras de amor y

de ánimo. Eso puede funcionar de dos maneras. La primera es que se dé

cuenta de que tiene mi apoyo y que no me fastidió lo más mínimo lo de la

cita en el club de golf. La segunda, si la primera no funciona, es que a la

señora König se le ocurra curiosear en el teléfono de su marido.

Accedo a internet, copio algo que me parece inteligente y pulso el

botón de «enviar».

Desde las elecciones, no ha pasado nada más importante en Ginebra.

Jacob ya no aparece en la prensa y no sé nada de él. Solo una cosa ha

movilizado a la opinión pública en estos días: si la ciudad debe cancelar o

no la fiesta de Nochevieja.

Según algunos diputados, los gastos son desorbitados. Me han

encargado determinar qué significa exactamente *desorbitados*. Fui al

ayuntamiento y me enteré de la cantidad exacta: ciento quince mil francos

suizos, equivalente a lo que dos personas, mi compañera de trabajo y yo,

por ejemplo, pagamos de impuestos.

Es decir, con el dinero de los impuestos de dos ciudadanos, con un

sueldo razonable pero no extraordinario, podrían hacer felices a miles de

personas. Pero no. Hay que ahorrar porque nadie sabe lo que nos depara el

futuro. Mientras tanto, las arcas municipales se llenan. Puede faltar en

invierno sal para echar en las calles y evitar que la nieve se convierta en

hielo y causar accidentes, las calles siempre necesitan reparaciones, por

todas partes se ven obras que nadie tiene ni idea de para qué son.

La alegría puede esperar. Lo importante es mantener las apariencias.

Y al decirlo debemos entender: no dejar que nadie se dé cuenta de lo ricos

que somos.

Mañana tengo que levantarme temprano para ir al trabajo. El hecho de

que Jacob haya ignorado mis mensajes me ha acercado a mi marido. Aun

así, hay una venganza que pretendo ejecutar.

Es cierto que ya casi no me apetece llevarla a cabo, pero no me gusta

dejar las cosas a medias. Vivir es tomar decisiones y asumir las

consecuencias. Hace mucho tiempo que no lo hago, y tal vez esa sea una de

las razones por las que estoy aquí de nuevo, de madrugada, mirando al

techo.

Esto de enviarle mensajes a un hombre que me rechaza es una pérdida

de tiempo y de dinero. Ya no me importa su felicidad. En verdad, quiero

que sea muy infeliz, ya que le ofrecí lo mejor de mí y me sugirió que

hiciera terapia de pareja.

Y para eso tengo que meter a esa bruja en la cárcel, aunque mi alma

arda en el purgatorio durante muchos siglos.

¿De verdad? ¿De dónde he sacado esa idea? Estoy cansada, muy

cansada, y no puedo dormir.

«Las mujeres casadas sufren más de depresión que las mujeres

solteras», decía un artículo publicado hoy en el periódico.

No lo he leído. Pero este año está siendo muy, muy extraño.

Mi vida va superbién, todo va según lo planeé cuando era adolescente,

soy feliz..., pero de repente pasa algo.

Es como si un virus hubiese infectado el ordenador. Entonces empieza

la destrucción, lenta pero implacable. Todo va más despacio. Algunos

programas importantes requieren una gran cantidad de memoria para

abrirse. Ciertos archivos (fotos, textos) desaparecen sin dejar rastro.

Buscamos la razón y no encontramos nada. Les preguntamos a amigos

que entienden más sobre el tema, pero no son capaces de detectar el

problema. Pero el equipo se va quedando vacío, va lento, y ya no es tuyo.

Ahora su dueño es el virus indetectable. Evidentemente siempre podemos

cambiar el ordenador, pero ¿qué pasa con las cosas que tenemos allí

guardadas, que nos ha llevado tantos años ordenar? ¿Las perdemos para

siempre?

No es justo.

No tengo ningún control sobre lo que está sucediendo. Esa pasión

absurda por un hombre que, a estas alturas, debe de pensar que lo estoy

acosando. Mi matrimonio con un hombre que parece cercano, pero que

nunca me muestra sus debilidades ni sus puntos vulnerables. El deseo de

destruir a alguien que solo he visto una vez en la vida, con la excusa de que

acabará con mis fantasmas interiores.

Mucha gente dice que el tiempo lo cura todo. Pero no es cierto.

Al parecer, el tiempo solo cura esas cosas buenas que nos gustaría

guardar para siempre. Nos dice: «No te dejes engañar, la realidad es esta».

Por eso las cosas que leo para levantarme la moral no me duran mucho

tiempo. Hay un agujero en mi alma que drena toda la energía positiva,

dejando solo el vacío. Conozco el agujero, he convivido con él durante

meses, pero no sé cómo escapar de la trampa.

Jacob cree que necesito terapia de pareja. Mi jefe me considera una

gran periodista. Mis hijos notan el cambio en mi comportamiento, pero no

preguntan nada. Mi marido no comprendió lo que yo sentía hasta que

fuimos a un restaurante y traté de abrirle mi alma.

Cojo el iPad de la mesilla de noche. Multiplico 365 por 70. El

resultado es 25.550. Es la media de días que vive una persona normal.

¿Cuántos he desperdiciado ya?

La gente que me rodea vive quejándose de todo. «Trabajo ocho horas

al día y, si me ascienden, tendré que trabajar doce.» «Desde que me casé ya

no tengo tiempo para mí.» «Busqué a Dios y me veo obligado a ir a cultos,

misas y ceremonias religiosas.»

Todo aquello que buscamos con tanto entusiasmo al llegar a la edad

adulta (amor, trabajo, fe) acaba convirtiéndose en una carga demasiado

pesada.

Solo hay una manera de escapar de ella: a través del amor. Amar es

transformar la esclavitud en libertad.

Pero por el momento, no puedo amar. Solo siento odio.

Y, por absurdo que parezca, eso da sentido a mis días.

Llego al lugar donde Marianne da sus clases de filosofía; un anexo que,

para mi sorpresa, se encuentra en uno de los campus del Hospital

Universitario de Ginebra. Entonces me pregunto: «¿No será ese famoso

curso que aparece en su currículum algo extracurricular sin la menor

validez académica?».

He aparcado el coche en un supermercado y he caminado un kilómetro

para llegar aquí, un revoltijo de edificios bajos en medio de un bonito

campo verde, con un pequeño lago en el centro, y señales que indican

direcciones. Hay instalaciones de instituciones que, a pesar de parecer

inconexas, bien pensado, son complementarias: el ala hospitalaria para

ancianos y un centro para lunáticos. El manicomio está en un precioso

edificio de principios del siglo XX, y en él se forman psiquiatras,

enfermeras, psicólogos y psicoterapeutas de toda Europa.

Paso por algo extraño, parecido a las balizas que hay al final de la

pista de aterrizaje de los aeropuertos. Para saber para qué sirve tengo que

leer la placa que hay a su lado. Se trata de una escultura llamada *Pasaje*

2000, una «música visual», formada por diez barreras de paso a nivel

equipadas con luces rojas. Me pregunto si la persona que la hizo fue uno de

los internos, pero sigo leyendo y descubro que la obra es de una famosa

escultora.

Así pues, respetemos el arte. Pero que no me vengan con esa historia

de que todo el mundo es normal.

Es la hora del almuerzo, mi único tiempo libre durante el día. Las

cosas más interesantes de mi vida siempre ocurren durante el almuerzo

(citas con amigas, políticos, fuentes y camellos).

Las aulas deben de estar vacías. No puedo dirigirme al restaurante de

la facultad, donde Marianne, o la señora König, debe de estar moviendo su

melena rubia displicentemente mientras los estudiantes se preguntan qué

hacer para seducir a esa mujer tan interesante, y las chicas la toman como

modelo de elegancia, inteligencia y conducta.

Voy a recepción y pregunto dónde está el despacho de la señora

König. Me informan de que es la hora del almuerzo (no es posible que no

lo sepa). Contesto que no quiero interrumpirla en su tiempo de descanso, y

que la esperaré a la puerta de su despacho.

Voy vestida como una persona completamente normal, de esas a las

que se mira una vez y se olvida al momento. Lo único sospechoso es que

llevo gafas de sol un día nublado. Dejo que la recepcionista vea algunas

curas debajo de las gafas. Está claro que llegará a la conclusión de que me

he hecho la cirugía plástica.

Me dirijo al lugar donde Marianne da clases, sorprendida por mi

autocontrol. Supuse que tendría miedo, que lo dejaría a medio camino,

pero no. Aquí estoy y me siento cómoda. Si alguna vez tuviera que escribir

sobre mí misma, haría como Mary Shelley y su Victor Frankenstein: solo

quería salir de la rutina, buscar un objetivo mejor para mi vida sin

atractivo ni desafíos. El resultado fue un monstruo capaz de exponer a

inocentes y de salvar a culpables.

Todo el mundo tiene un lado oscuro. Todos deseamos experimentar el

poder absoluto. Leo historias de tortura y de guerra y veo que a los que

infligen sufrimiento, en el momento en el que pueden ejercer el poder, los

impulsa un monstruo desconocido pero, cuando regresan a casa, se

convierten en dóciles padres de familia, servidores de la patria y excelentes

maridos.

Recuerdo que una vez, siendo joven todavía, un novio me pidió que

cuidara a su caniche. Odiaba a ese perro. Tenía que compartir con él la

atención del hombre que amaba. Yo quería *todo* su amor para mí.

Ese día decidí vengarme de aquel animal irracional, que en nada

contribuía al crecimiento de la humanidad, pero cuya pasividad despertaba

amor y cariño. Lo agredí sin dejar marcas: pinchándolo con un alfiler

clavado en el extremo de un palo de escoba. El perro gemía, ladraba, pero

no me detuve hasta que me cansé.

Cuando mi novio llegó, me abrazó y me besó como siempre. Me dio

las gracias por cuidar de su caniche. Hicimos el amor y la vida siguió como

antes. Los perros no hablan.

Pienso en eso mientras me dirijo al despacho de Marianne. ¿Cómo soy

capaz de hacer algo así? Porque todo el mundo es capaz. He visto a

hombres locamente enamorados de sus mujeres perder la cabeza y

golpearlas y, acto seguido, pedirles perdón, sollozando.

Somos animales incomprensibles.

Pero ¿por qué hacerle esto a Marianne, si todo lo que hizo fue

desairarme en una fiesta? ¿Por qué desarrollar un plan, arriesgarme a ir a

comprar la droga y tratar de dejarla en su mesa?

Porque ella tiene lo que yo no pude conseguir: la atención y el amor

de Jacob.

¿Es suficiente esa respuesta? Si así fuese, en este momento un 99,9

por ciento de la gente estaría conspirando para destruirse unos a otros.

Porque estoy cansada de lamentarme. Porque esas noches de insomnio

me han vuelto loca. Porque me siento bien en mi locura. Porque no me van

a descubrir. Porque quiero dejar de pensar en eso de manera obsesiva.

Porque estoy muy enferma. Porque no soy la única. Si Frankenstein nunca

ha dejado de estar vigente es porque todo el mundo se reconoce en el

científico y en el monstruo.

Me detengo. «Estoy muy enferma.» Es una posibilidad real. A lo

mejor debería salir de aquí ahora mismo y visitar a un médico. Lo haré,

pero primero tengo que terminar la tarea que me he propuesto, aunque

después el médico avise a la policía, protegiéndome con el secreto

profesional, pero al mismo tiempo evitando una injusticia.

Llego a la puerta del despacho. Reflexiono sobre todos los porqués

que he enumerado en el camino. Aun así, entro sin dudarlo.

Y me encuentro con una mesa barata, sin cajones. Solo un tablero de

madera sobre unas patas torneadas. Algo para apoyar algunos libros, el

bolso y nada más.

Debería haberlo imaginado. Siento frustración y alivio al mismo

tiempo.

Los pasillos, antes silenciosos, empiezan a dar señales de vida otra

vez, la gente está volviendo a clase. Salgo sin mirar atrás, hacia el lugar del

que proceden. Hay una puerta al final del pasillo. Abro y estoy frente al

geriátrico, en la cima de una pequeña colina, de paredes macizas y, estoy

segura, con la calefacción en perfecto estado. Voy hasta allí y, en

recepción, pregunto por alguien que no existe. Me contestan que esa

persona debe de estar en otro sitio, Ginebra debe de ser la ciudad con más

asilos por metro cuadrado. La enfermera se ofrece a buscarla. Le digo que

no es necesario, pero ella insiste:

—No me cuesta nada.

Para evitar más sospechas, dejo que haga la búsqueda. Mientras mira

en el ordenador, cojo un libro del mostrador y lo hojeo.

—Cuentos para niños —dice la enfermera, sin apartar los ojos de la

pantalla—. A los internos les encantan.

Tiene sentido. Abro una página al azar:

Un ratón vivía deprimido porque le tenía miedo al gato. Un gran

mago se compadeció de él y lo convirtió en un gato. Entonces empezó a

tenerle miedo al perro y el mago lo convirtió en perro.

Pero entonces empezó a temer al tigre. El mago, muy paciente, utilizó

sus poderes para convertirlo en tigre. Luego empezó a temer al cazador. Al

final, el mago se rindió y lo convirtió otra vez en un ratón, diciendo:

—Nada de lo que haga te va a ayudar, porque no sabes lo que es

crecer. Es mejor que vuelvas a ser quien eras.

La enfermera no puede encontrar al paciente imaginario. Se disculpa.

Le doy las gracias y me dispongo a salir pero, al parecer, ella está

encantada de tener a alguien con quien hablar.

—¿Cree usted que la cirugía plástica ayuda?

¿Cirugía plástica? Ah, sí. Me acuerdo de los esparadrapos que llevo

bajo las gafas de sol.

—La mayoría de los pacientes de aquí se han hecho la cirugía

plástica. Si yo fuera usted, trataría de evitarlo. Provoca un desequilibrio

entre el cuerpo y la mente. —No le he pedido su opinión, pero parece

imbuida de un deber humanitario, y continúa—: La vejez es más

traumática para los que piensan que pueden controlar el paso de los años.

Le pregunto cuál es su nacionalidad: húngara. Claro. Los suizos nunca

darían su opinión sin que se la hubieran pedido.

Le agradezco el esfuerzo y salgo, mientras me quito las gafas y los

esparadrapos. El disfraz ha funcionado, pero el plan no. El campus ha

vuelto a quedar vacío. Ahora están todos ocupados aprendiendo cómo

pensar, cómo cuidar, cómo hacer que los demás piensen.

Doy un rodeo y regreso al lugar donde tengo el coche aparcado. Desde

lejos puedo ver el hospital psiquiátrico. ¿Debería estar allí encerrada?

¿Todos somos así?, le pregunto a mi marido después de meter a los

niños en la cama y mientras nos preparamos para dormir.

—¿Así cómo?

Como yo, que ahora me siento genial, y de repente fatal.

—Creo que sí. Nos pasamos la vida ejerciendo autocontrol para que el

monstruo no salga de su escondite.

Es verdad.

—No somos lo que deseamos ser. Somos lo que la sociedad exige.

Somos lo que nuestros padres eligieron. No queremos decepcionar a nadie,

sentimos una gran necesidad de ser amados. Por eso reprimimos lo mejor

de nosotros mismos. Poco a poco, lo que era la luz de nuestros sueños se

convierte en el monstruo de nuestras pesadillas. Son los deseos no

realizados, las posibilidades no vividas.

Por lo que sé, la psiquiatría lo denominaba *psicosis maniacodepresiva*

pero, para ser más políticamente correcta, ahora lo denomina *trastorno*

bipolar. ¿De dónde habrán sacado ese nombre? ¿Acaso el Polo Norte y el

Polo Sur son diferentes? Debe de ser una minoría...

—Por supuesto que es una minoría la que expresa esas dos dualidades.

Pero apuesto a que casi todas las personas llevan ese monstruo dentro.

Por un lado, la miserable que va a una facultad para tratar de

incriminar a un inocente, sin saber exactamente la razón de tanto odio. Por

otro, la madre que cuida de su familia con amor y trabaja duro para que no

les falte de nada a sus seres queridos, sin saber tampoco de dónde saca las

fuerzas para mantener ese sentimiento intacto.

—¿Te acuerdas de Jekyll y Hyde?

Al parecer, *Frankenstein* no es el único libro que se sigue editando

desde que se publicó por primera vez: *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr.*

Hyde, que Robert Louis Stevenson escribió en tres días, sigue el mismo

camino. La historia está ambientada en Londres, en el siglo XIX. El médico

e investigador Henry Jekyll cree que tanto el bien como el mal habitan en

todas las personas. Está decidido a demostrar su teoría, que es ridiculizada

por casi todos sus conocidos, incluido el padre de su novia, Beatrix.

Después de trabajar sin descanso en su laboratorio, llega a desarrollar una

fórmula. Sin querer poner en peligro la vida de nadie, él mismo hace de

cobaya.

El resultado es que surge su lado demoníaco, al que él llama mister

Hyde. Jekyll piensa que puede controlar las idas y venidas de Hyde, pero

pronto se da cuenta de que está totalmente equivocado: cuando liberamos

nuestro lado malo, este acaba eclipsando completamente lo mejor de

nosotros mismos.

Eso vale para todos los individuos. Lo mismo sucede con los tiranos

que, generalmente, al principio, tienen excelentes intenciones pero, poco a

poco, para hacer lo que ellos consideran el bien, hacen uso de lo peor de la

naturaleza humana: el terror.

Me siento confundida y asustada. ¿Eso puede sucederle a cualquiera?

—No. Solo es una minoría la que no tiene una noción clara de lo que

está bien o está mal.

No sé si realmente será una minoría: me pasó algo parecido en el

colegio. Tenía un profesor que podía ser la mejor persona del mundo, pero

de repente se transformaba y me dejaba completamente desconcertada.

Todos los estudiantes le tenían miedo, porque era imposible predecir cómo

sería cada día.

Pero ¿quién se atrevía a quejarse? Después de todo, los profesores

siempre tienen la razón. Además, todo el mundo pensaba que tenía

problemas en casa y que acabarían solucionándose. Hasta que un día su

mister Hyde se descontroló y agredió a uno de mis compañeros. En

dirección se enteraron y lo echaron.

Desde entonces recelo de la gente demasiado cariñosa.

—Como las *tricoteuses*.

Sí, como aquellas mujeres trabajadoras que querían justicia y pan para

los pobres y que lucharon para liberar a Francia de los excesos cometidos

por Luis XVI. Cuando se instaló el Reinado del Terror, se iban temprano a

la plaza de la guillotina, cogían sitio en primera fila y tejían mientras

esperaban a los condenados a muerte. Es posible que fuesen madres que

durante el resto del día cuidaban de sus hijos y de su marido.

Tejían para pasar el tiempo entre cabeza y cabeza cortada.

—Eres más fuerte que yo. Siempre te he envidiado por eso. Puede que

sea ese el motivo por el que nunca he mostrado demasiado mis

sentimientos: para no parecer que soy débil.

No sabe lo que dice. Pero la conversación ha terminado. Se da la

vuelta y duerme.

Y yo me quedo sola con mi «fuerza», mirando al techo.

En una semana hago lo que me prometí a mí misma que nunca haría:

visitar psiquiatras.

Tengo tres citas con diferentes médicos. Sus agendas estaban llenas,

señal de que en Ginebra hay más gente desequilibrada de lo que

imaginamos. Empecé diciendo que era urgente y las secretarias

argumentaban que todo es urgente, me agradecían el interés, lo lamentaban

mucho, pero no podían quitarles la cita a otros pacientes.

Recurrí al truco que nunca falla: decir dónde trabajo. La palabra

mágica *periodista*, seguida del nombre de un periódico importante, es tan

capaz de abrir puertas como de cerrarlas. En este caso, yo ya sabía que el

resultado sería favorable. Me dieron cita.

No se lo dije a nadie, ni a mi marido ni a mi jefe. Fui al primero, un

hombre un poco raro, con acento británico, que me avisó inmediatamente

de que la consulta no aceptaba el seguro social. Sospeché que no trabajaba

legalmente en Suiza.

Le expliqué, con toda la paciencia del mundo, lo que me pasaba.

Utilicé los ejemplos de Frankenstein y su monstruo, del doctor Jekyll y

mister Hyde. Le imploré que me ayudase a controlar el monstruo que

estaba surgiendo y amenazaba con descontrolarse. Me preguntó qué quería

decir con eso. No iba a darle detalles que pudieran comprometerme, como

el intento de hacer que cierta mujer fuera detenida injustamente por tráfico

de drogas.

Decidí contarle una mentira: le dije que tenía ideas homicidas, que

pensaba en matar a mi marido mientras dormía. Me preguntó si alguno de

los dos tenía un amante y le dije que no. Lo entendió perfectamente y lo

vio normal. Un año de tratamiento, con tres sesiones por semana, reduciría

en un cincuenta por ciento ese instinto. ¡Me quedé alucinada! ¿Y si mato a

mi marido antes? Me contestó que lo que me estaba ocurriendo era una

«transferencia», una «fantasía», y que los verdaderos asesinos nunca

buscan ayuda.

Antes de irme, me cobró doscientos cincuenta francos y le pidió a su

secretaria que marcara consultas regulares a partir de la próxima semana.

Le di las gracias, le dije que tenía que consultar mi agenda y cerré la puerta

para no volver nunca más.

El segundo psiquiatra era una mujer. Aceptaba el seguro social y

estaba más abierta a escuchar lo que tenía que contarle. Repetí la historia

sobre el deseo de matar a mi marido.

—Bueno, a veces yo también pienso en matar al mío —me dijo con

una sonrisa—. Pero las dos sabemos que si todas las mujeres realizasen sus

deseos secretos, casi todos los niños serían huérfanos de padre. Ese es un

impulso normal.

¿Normal?

Después de charlar durante un rato y de explicarme que me sentía

«intimidada» por el matrimonio, que, sin duda alguna, «no tenía espacio

para crecer», y que mi sexualidad «provocaba trastornos hormonales de

sobra conocidos en la literatura médica», cogió el bloc de recetas y

escribió el nombre de un antidepresivo conocido. Añadió que, hasta que la

pastilla me hiciese efecto, me quedaba por delante un mes de infierno, pero

que pronto todo sería un recuerdo desagradable.

Siempre y cuando me tomara las pastillas, por supuesto. ¿Cuánto

tiempo?

—Varía mucho. Pero yo creo que en tres años se podría reducir la

dosis.

El principal problema con el uso del seguro social es que mandan la

factura al domicilio del paciente. Pagué en efectivo, cerré la puerta y, una

vez más, juré no volver a aquel sitio.

Después fui a la tercera consulta, otra vez un hombre, en un despacho

cuya decoración debía de haber costado una fortuna. A diferencia de los

dos primeros, me escuchó con atención y pareció darme la razón. De

hecho, corría el riesgo de matar a mi marido. Era una asesina en potencia.

Estaba perdiendo el control sobre un monstruo al que no iba a poder meter

otra vez en la jaula.

Por último, con toda la delicadeza del mundo, me preguntó si me

drogaba.

En una ocasión, le contesté.

No me creyó. Cambió de tema. Hablamos un poco sobre los conflictos

que todos nos vemos obligados a afrontar día a día, y entonces volvimos al

tema de las drogas.

—Tienes que confiar en mí. Nadie se droga solo una vez. Ya sabes

que estamos protegidos por el secreto profesional. Perdería mi licencia

médica si comentara algo al respecto. Es mejor hablar abiertamente, antes

de marcar la próxima cita. No solo tú tienes que aceptarme como médico.

También yo tengo que aceptarte como paciente. Así es como funciona.

No, insistí. No consumo drogas. Conozco las leyes y no he venido

aquí a mentir. Solo quiero resolver este problema rápidamente, antes de

hacerles daño a las personas que quiero o que me rodean.

Su rostro convencido era barbado y hermoso. Asintió con la cabeza

antes de responder:

—Llevas años acumulando esas tensiones y ahora quieres deshacerte

de ellas de la noche a la mañana. Eso es imposible en psiquiatría o

psicoanálisis. No somos chamanes que, por arte de magia, expulsan al

espíritu maligno.

Está claro que estaba siendo irónico, pero acababa de darme una gran

idea. Mis días de buscar ayuda psiquiátrica se habían acabado.

Post Tenebras Lux...

Post Tenebras Lux. Después de las tinieblas, la luz.

Estoy ante la antigua muralla de la ciudad, un monumento de cien

metros de ancho, con imponentes estatuas de cuatro hombres, flanqueadas

por otras dos estatuas más pequeñas. Uno de ellos destaca entre los demás.

Tiene la cabeza cubierta, una larga barba y lleva entre las manos algo que

en su tiempo era más poderoso que un arma: la Biblia.

Mientras espero, pienso que si ese hombre hubiese nacido hoy, todo el

mundo, sobre todo los franceses y los católicos de todo el mundo, lo

llamarían *terrorista*. Sus tácticas para poner en práctica lo que creía que

era la verdad suprema hacen que lo asocie a la mente pervertida de Osama

bin Laden. Ambos tenían el mismo objetivo: instalar un estado teocrático

en el que todos los que incumpliesen la ley de Dios deberían ser

castigados.

Y ninguno de los dos dudó a la hora de utilizar el terror para conseguir

sus objetivos.

Se llamaba Juan Calvino y su campo de operaciones era Ginebra.

Cientos de personas fueron condenadas a muerte y ejecutadas cerca de

aquí. No solo los católicos que se atrevían a mantener su fe, sino también

los científicos que, en la búsqueda de la verdad y la curación de las

enfermedades, desafiaban la interpretación literal de la Biblia. El caso más

famoso es el de Miguel Servet, que descubrió la circulación pulmonar y

murió en la hoguera por ello.

No es un error castigar a los herejes y a los blasfemos. Así no nos

convertimos en cómplices de sus crímenes [...]. No se cuestiona la

autoridad del hombre, sino que es Dios quien habla [...]. Así, nos exige

algo de tan extrema gravedad para demostrarle que le ofrecemos el

respeto debido, estableciendo la obediencia por encima de toda

consideración humana, que no hacemos excepciones con parientes, ni con

la sangre de nadie, y que olvidamos a toda la humanidad, cuando se trata

de la lucha por Su gloria.

La destrucción y la muerte no se limitaron a Ginebra: seguidores de

Calvino, posiblemente representados por las estatuas de menor tamaño de

este monumento, divulgaron su palabra y su intolerancia por toda Europa.

En 1566 varias iglesias fueron destruidas en Holanda, y los «rebeldes», es

decir, personas con otra fe, fueron asesinados. Una enorme cantidad de

obras de arte fue a parar a la hoguera, con la excusa de que eran

«idolatrías». Parte del patrimonio artístico y cultural del mundo se

destruyó y se perdió para siempre.

Y hoy en día mis hijos estudian a Calvino en el colegio como si fuese

el gran iluminado, el hombre con nuevas ideas que nos liberó del yugo

católico. Un revolucionario que merece ser reverenciado por las

generaciones siguientes.

Después de las tinieblas, la luz.

¿Qué pasaba por la cabeza de ese hombre?, me pregunto. ¿Podía

dormir sabiendo que se estaban destruyendo familias, que se separaba a los

hijos de sus padres y que la sangre inundaba las calles? ¿O estaba tan

convencido de su misión que no había lugar para la duda?

¿Pensaba que todo lo que hacía se podía justificar en nombre del

amor? Porque yo también tengo esa duda, el meollo de mis problemas

actuales.

El doctor Jekyll y mister Hyde. Según testimonios de personas que lo

conocieron, Calvino era un buen hombre, capaz de seguir las palabras de

Jesús y de tener sorprendentes gestos de humildad. Era temido, pero

también amado, y podía inflamar a multitudes con ese amor.

Como la historia la escriben los vencedores, ya nadie se acuerda de

sus atrocidades. Hoy en día se lo ve como el médico de las almas, el gran

reformador, el que nos salvó de la herejía católica con sus ángeles, sus

santos, sus vírgenes, su oro, su plata, sus indulgencias y su corrupción.

El hombre al que espero llega e interrumpe mis reflexiones. Es un

chamán cubano. Le explico que he convencido a mi editor de que tenemos

que hacer un reportaje sobre formas alternativas para combatir el estrés. El

mundo empresarial está lleno de gente que se comporta con extrema

generosidad y, de repente, descarga su ira sobre los más débiles. La gente

es cada vez más imprevisible.

Los psiquiatras y los psicoanalistas tienen las agendas a tope y ya no

pueden atender a todos los pacientes. Y nadie puede esperar meses o años

para tratar la depresión.

El cubano me escucha sin decir nada. Le pregunto si podemos

continuar nuestra conversación en un café, ya que estamos al aire libre y la

temperatura ha bajado bruscamente.

—Es la nube —dice, aceptando mi invitación.

La famosa nube cubre el cielo de la ciudad hasta febrero o marzo y

solo desaparece de vez en cuando por el mistral, que despeja el cielo, pero

hace que la temperatura baje aún más.

—¿Cómo has dado conmigo?

Un guardia de seguridad del periódico nos habló de ti. El redactor jefe

quería que entrevistase a psicólogos, a psiquiatras, a psicoterapeutas, pero

eso es algo que ya se ha hecho cientos de veces.

Necesito algo original y él puede ser la persona adecuada.

—No puedes publicar mi nombre. Lo que yo hago no lo cubre el

seguro social.

Supongo que lo que realmente quiere decir es «Lo que hago es ilegal».

Hablo durante casi veinte minutos, tratando de hacer que se sienta

cómodo, pero el cubano me estudia todo el tiempo. Tiene la piel morena, el

pelo gris, es bajo y lleva traje y corbata. Nunca había visto a un chamán

vestido así.

Le explico que todo lo que me diga será mantenido en secreto. Solo

nos interesa saber si es mucha gente la que requiere sus servicios. Por lo

que sé, tiene la capacidad de curar.

—No es cierto. No soy capaz de curar. Solo Dios puede hacerlo.

Vale, estamos de acuerdo. Pero todos los días nos encontramos con

alguien que, de un momento a otro, empieza a comportarse de un modo

extraño. Y nos preguntamos: ¿qué le habrá pasado a esa persona que pensé

que conocía tan bien? ¿Por qué será tan agresiva? ¿Será el estrés en el

trabajo?

Y al día siguiente la persona es normal otra vez. Sientes alivio, y

cuando menos te lo esperas vuelve a ponerte la zancadilla. Y esta vez, en

lugar de preguntar qué le pasa a esa persona, te preguntas qué has hecho

mal.

El cubano no dice nada. Aún no confía en mí.

¿Tiene cura?

—Sí, pero es cosa de Dios.

Sí, lo sé, pero ¿cómo cura Dios?

—Varía mucho. Mírame a los ojos.

Obedezco y tengo la sensación de entrar en una especie de trance, sin

poder controlar hacia adónde voy.

—En nombre de las fuerzas que guían mi trabajo, por el poder que me

ha sido conferido, pido a los espíritus que me protegen que destruyan tu

vida y la de tu familia si decides entregarme a la policía o denunciarme al

servicio de inmigración.

Hace unos gestos con la mano alrededor de mi cabeza. Me parece la

cosa más surrealista del mundo y pienso en levantarme y marcharme. Pero,

sin darme cuenta, ha vuelto a la normalidad, ni demasiado amable, ni

distante.

—Pregunta. Ahora confío en ti.

Estoy un poco asustada. En realidad no es mi intención perjudicar a

este hombre. Pido otra taza de té y le explico exactamente lo que quiero:

los médicos que «he entrevistado» dicen que curarse lleva mucho tiempo.

El guardia de seguridad comentó —mido mis palabras— que Dios utilizó

al cubano como canal para acabar con un grave problema de depresión.

—Somos nosotros mismos los que creamos la confusión en nuestras

mentes. No procede del exterior. Solo hay que pedirle ayuda a un espíritu

protector, que entra en tu alma y te ayuda a limpiar la casa. Sin embargo,

nadie cree en los espíritus protectores. Nos observan, están deseando

ayudarnos, pero nadie los invoca. Mi trabajo consiste en acercarlos a quien

los necesita y esperar a que hagan su trabajo. Eso es todo.

Supongamos, hipotéticamente, que esa persona, en uno de esos

momentos de agresividad, concibe un plan maquiavélico para destruir a

alguien. Como difamarlo en el trabajo, por ejemplo.

—Ocurre todos los días.

Lo sé, pero cuando esa agresividad desaparece, cuando la persona

vuelve a la normalidad, ¿no se verá consumida por la culpa?

—Por supuesto. Y, con el paso de los años, su estado empeora.

Entonces, el lema de Calvino no es cierto: después de las tinieblas, la

luz.

—¿Cómo?

Nada. Estaba divagando sobre el monumento del parque.

—Sí que hay luz al final del túnel, si es eso lo que quieres decir. Pero,

a veces, cuando una persona ha atravesado la oscuridad y ha llegado al otro

lado, deja atrás una enorme estela de destrucción.

Perfecto, volvamos al tema: tu método.

—No es mi método. Se viene utilizando a lo largo de los años para el

estrés, la depresión, la irritabilidad, intentos de suicidio y otras muchas

maneras que la humanidad ha encontrado para hacerse daño a sí misma.

Dios mío, estoy con la persona adecuada. Tengo que mantener la

sangre fría.

Podemos llamarlo...

—... trance autoinducido. Autohipnosis. Meditación. Cada cultura

tiene un nombre para definirlo. Pero recuerda que la Sociedad Médica de

Suiza no ve esas cosas con buenos ojos.

Le explico que yo hago yoga pero que no soy capaz de llegar a ese

estado en el que los problemas se organizan y se resuelven.

—¿Estamos hablando de ti o de un artículo para el periódico?

Las dos cosas. Bajo la guardia porque sé que no tengo secretos para

este hombre. Lo he sabido cuando me ha pedido que lo mirara a los ojos.

Le explico que su preocupación por el anonimato es absolutamente

ridícula, un montón de gente sabe que ejerce en su casa, en Veyrier. Y

mucha gente, incluidos policías responsables de seguridad en prisiones,

recurren a sus servicios. Eso es lo que me dijo el tipo del periódico.

—Tu problema es la noche —dice.

Sí, ese es mi problema. ¿Por qué?

—La noche, por el simple hecho de ser noche, es capaz de revivir en

nosotros los terrores de la infancia, el miedo a la soledad, el pánico a lo

desconocido. Sin embargo, si conseguimos superar esos fantasmas,

superaremos fácilmente los que aparecen durante el día. Si no tenemos

miedo de las tinieblas, es porque somos compañeros de la luz.

Me siento como si estuviese frente a un profesor de primaria,

explicándome lo obvio. ¿Podré ir a su casa para que haga...

—... un ritual de exorcismo?

No pensaba llamarlo así, pero eso es exactamente lo que necesito.

—No es necesario. Veo en ti muchas tinieblas, pero también mucha

luz. Y en este caso, estoy seguro de que, al final, la luz vencerá.

Estoy a punto de llorar, porque este hombre realmente está viendo mi

alma, sin que yo sepa cómo.

—Trata de dejarte llevar por la noche de vez en cuando, observa las

estrellas e intenta embriagarte con la sensación de infinito. La noche, con

todos sus sortilegios, también es un camino hacia la iluminación. Igual que

el pozo oscuro tiene en el fondo el agua que sacia la sed, la noche, cuyo

misterio nos acerca a Dios, esconde en sus sombras la llama capaz de

iluminar nuestra alma.

Hablamos durante casi dos horas. Él insiste en que solo tengo que

dejarme llevar, y que incluso mis mayores temores son infundados. Le

hablo de mi deseo de venganza. Me escucha sin comentar nada y sin juzgar

palabra alguna. A medida que hablo me siento mejor.

Sugiere que salgamos y que caminemos por el parque. En una de las

entradas hay varios cuadrados blancos y negros pintados en el suelo y unas

enormes piezas de ajedrez de plástico. Alguna gente está jugando, a pesar

del frío.

Ya no dice prácticamente nada, soy yo la que sigue hablando sin

parar, a veces dando las gracias, y otras maldiciendo la vida que llevo. Nos

detenemos frente a uno de los grandes tableros de ajedrez. Él parece más

atento al juego que a mis palabras. Dejo de lamentarme y me pongo

también a seguir el juego, a pesar de que no me interesa lo más mínimo.

—Ve hasta el final —dice.

¿Que vaya hasta el final? ¿Traiciono a mi marido, pongo la cocaína en

el bolso de mi rival y llamo a la policía?

Él se ríe.

—¿Ves a esos jugadores? Siempre tienen que hacer el siguiente

movimiento. No pueden pararse en mitad del juego porque eso significa

aceptar la derrota. Llega un momento en que es inevitable, pero al menos

lucharon hasta el final. Nosotros ya tenemos todo lo que necesitamos. No

hay nada que mejorar. Pensar que somos buenos o malos, justos o injustos,

todo eso es una tontería. Sabemos que hoy Ginebra está cubierta por una

nube que podría tardar meses en desaparecer pero, tarde o temprano,

desaparecerá. Así que adelante y déjate llevar.

¿Ni una palabra para impedir que haga lo que no debo?

—No. Al hacer lo que no debes, te darás cuenta tú misma. Como te he

dicho en el restaurante, la luz de tu alma es más intensa que las tinieblas.

Pero para eso debes jugar hasta el final.

Creo que nunca en toda mi vida me han dado un consejo tan

disparatado. Le doy las gracias por el tiempo que me ha dedicado, le

pregunto si le debo algo, y me dice que no.

De regreso a la redacción, el jefe me pregunta por qué he tardado

tanto. Le explico que, al tratarse de un tema tan poco ortodoxo, no me ha

sido fácil conseguir la explicación que necesitaba.

—Y, si no es muy ortodoxo, ¿no estaremos fomentando una práctica

ilícita?

¿Fomentamos una práctica ilícita bombardeando a los jóvenes y

animándolos al consumo excesivo? ¿Fomentamos los accidentes cuando

hablamos de esos coches nuevos que pueden alcanzar los doscientos

cincuenta kilómetros por hora? ¿Fomentamos la depresión y las tendencias

suicidas cuando publicamos artículos sobre personas de éxito, sin explicar

cómo han llegado hasta ahí y haciendo que todos los demás se convenzan

de que no valen para nada?

El redactor jefe no tiene muchas ganas de discutir. Puede que

realmente sea interesante para el periódico, cuya principal noticia de la

jornada es «La Cadena de la Felicidad consigue ocho millones de francos

para un país asiático».

Escribo un artículo de seiscientas palabras (el espacio máximo que me

dan) íntegramente formado por búsquedas en internet, porque no soy capaz

de aprovechar nada de la conversación con el chamán, que se convirtió en

consulta.

¡Jacob!

Acaba de resucitar y me ha enviado un mensaje para invitarme a

tomar un café, como si no hubiera un montón de cosas interesantes que

hacer en la vida. ¿Dónde está el sofisticado catador de vinos? ¿Dónde está

el hombre que ahora tiene el mayor afrodisíaco del mundo, el poder?

Y, sobre todo, ¿dónde está el novio de la adolescencia que conocí en

una época en la que todo era posible para los dos?

Se casó, cambió y ahora me manda un mensaje invitándome a tomar

un café. ¿No podría ser más creativo y proponerme una carrera nudista en

Chamonix? Me resultaría más interesante.

No tengo ninguna intención de contestarle. Me desairó, me ha

humillado con su silencio durante semanas. ¿Se cree que voy a ir corriendo

solo porque me concede el honor de invitarme a hacer algo?

Al acostarme, escucho (con auriculares) una de las cintas que he

grabado con el cubano. Cuando aún estaba fingiendo que era solo una

periodista, y no una mujer asustada, le pregunté si la autohipnosis (o la

meditación, palabra preferida por él) podía conseguir que alguien olvidara

a otra persona. Abordé el tema de modo que él pudiera entender *amor* o

trauma por agresión verbal, que era exactamente sobre lo que estábamos

hablando en aquel momento.

—Ese es un terreno pantanoso —respondió—. Sí, se puede inducir la

amnesia relativa, pero como esa persona está asociada con otros hechos y

acontecimientos, sería prácticamente imposible eliminarla completamente.

Por otra parte, olvidar es una actitud equivocada. Lo correcto es afrontar.

Escucho toda la cinta, trato de distraerme, me hago promesas, anoto

más cosas en la agenda, pero nada da resultado. Antes de dormir le envío

un mensaje a Jacob aceptando la invitación. No puedo controlarme, ese es

mi problema.

—No voy a decir que te he echado de menos, porque no me vas a creer.

Y tampoco voy a decir que no he contestado a tus mensajes porque tengo

miedo a enamorarme otra vez.

Realmente no me creería nada de eso. Pero dejo que siga explicando

lo inexplicable. Aquí estamos, en un café sin nada especial en Collonges-

sous-Salève, un pueblo en la frontera de Francia, que queda a quince

minutos de mi trabajo. Los escasos clientes son conductores de camión y

trabajadores de una cantera que hay cerca de aquí.

Soy la única mujer, a excepción de la camarera, que va de un lado a

otro de la barra, excesivamente maquillada y bromeando con los clientes.

—Estoy pasando por un infierno desde que apareciste en mi vida.

Desde aquel día en mi despacho, cuando me entrevistaste e

intercambiamos intimidades.

Intercambiamos intimidades es una forma de hablar. Le hice sexo

oral. Él a mí no me hizo nada.

—No puedo decir que no soy feliz, pero cada vez estoy más solo,

aunque nadie lo sabe. Incluso cuando estoy entre amigos, en el mejor

ambiente y con la mejor bebida, la charla es animada y sonrío, no puedo

prestar atención a la conversación. Digo que tengo una cita importante y

me voy. Sé lo que me falta: tú.

Es el momento de vengarme: ¿no te vendría bien hacer terapia de

pareja?

—Sí. Pero tendría que ir con Marianne, y no puedo convencerla. Para

ella la filosofía lo explica todo. Se ha dado cuenta de que estoy distinto,

pero lo atribuye a las elecciones.

El cubano tenía razón al decir que hay cosas que debemos llevar hasta

el final. En este momento, Jacob acaba de salvar a su mujer de una grave

acusación por tráfico de drogas.

—Ahora tengo demasiadas responsabilidades y aún no me he

acostumbrado. Según ella, me adaptaré pronto. ¿Y tú?

¿Y yo, qué? ¿Qué quieres saber exactamente? Mi esfuerzo para

resistirme ha desaparecido cuando lo he visto sentado solo a una mesa del

rincón con un Campari con soda y se le ha dibujado una sonrisa al verme

entrar. Somos adolescentes de nuevo, esta vez con derecho a beber alcohol

sin infringir ninguna ley. Le cojo las manos heladas, no sé si de frío o de

miedo.

Va todo bien, respondo. Sugiero que la próxima vez nos veamos más

temprano, ya no estamos en horario de verano y anochece rápido. Me da la

razón y me da un discreto beso en los labios, intentando no llamar la

atención de los hombres que nos rodean.

—Para mí, una de las peores cosas son los hermosos días de sol de

otoño. Abro la cortina de mi despacho, veo a la gente allí fuera, algunos

van de la mano, sin tener que preocuparse de las consecuencias. Pero yo no

puedo demostrar mi amor.

¿Amor? ¿Se habrá compadecido de mí el chamán cubano y les habrá

pedido un poco de ayuda a los espíritus misteriosos?

Me esperaba cualquier cosa de esta cita, menos un hombre capaz de

abrir su alma como lo está haciendo él. Mi corazón late cada vez más

fuerte, de alegría, de sorpresa. No voy a preguntarme ni a preguntarle a él

la razón de que esto esté sucediendo.

—No me entiendas mal, no es envidia de la felicidad ajena.

Sencillamente no entiendo por qué la gente puede ser feliz y yo no.

Paga la cuenta en euros, cruzamos la frontera a pie y nos dirigimos

hacia nuestros coches, aparcados al otro lado de la calle, es decir, en Suiza.

Ya no hay margen para las muestras de afecto. Nos despedimos con

los tres besos en las mejillas y cada uno sigue su camino.

Al igual que ocurrió en el club de golf, no puedo conducir cuando

llego a mi coche. Me pongo la capucha para protegerme del frío y camino

por ese pueblo, sin rumbo fijo. Paso por una oficina de correos y una

peluquería. Veo un bar abierto, pero prefiero andar para distraerme. No

tengo ningún interés en comprender lo que está sucediendo. Solo quiero

que suceda.

«Abro la cortina de mi despacho, veo a la gente allí fuera, algunos van

de la mano, sin tener que preocuparse de las consecuencias. Pero yo no

puedo demostrar mi amor», ha dicho.

Y cuando creía que nadie, absolutamente nadie, era capaz de entender

lo que pasaba dentro de mí (ni chamanes, ni psicoanalistas, ni mi marido),

apareciste tú para explicarme...

Es soledad, a pesar de que vivo rodeada de personas queridas, que se

preocupan por mí y me desean lo mejor, pero que tal vez tratan de

ayudarme simplemente porque sienten lo mismo que yo, y porque, en el

gesto de solidaridad, está grabado a hierro y fuego «soy útil, aunque esté

solo».

Aunque el cerebro diga que todo está bien, el alma está perdida,

confusa, sin saber realmente por qué es injusta con la vida. Pero nos

despertamos por la mañana y nos ocupamos de nuestros hijos, de nuestro

marido, de nuestro amante, de nuestro jefe, de nuestros empleados, de

nuestros estudiantes, de todas esas personas que llenan de vida un día

normal.

Y siempre tenemos una sonrisa y una palabra de aliento, porque nadie

puede explicarles a los demás la soledad, sobre todo si está siempre en

buena compañía. Pero esa soledad existe y va erosionando lo mejor de

nosotros, porque tenemos que usar toda nuestra energía para parecer

felices, aunque nunca podamos engañarnos a nosotros mismos. Sin

embargo, insistimos en mostrar solo la rosa que se abre cada mañana y en

esconder en nuestro interior el tallo lleno de espinas que nos hiere y nos

hace sangrar.

Aun a sabiendas de que todo el mundo, en algún momento, se ha

sentido total y absolutamente solo, es humillante decir «me siento solo,

necesito compañía, tengo que matar a este monstruo que, al igual que los

dragones de los cuentos de hadas, todo el mundo piensa que es una

fantasía, pero no lo es». Aguardo a que un caballero puro y virtuoso venga

con su gloria para derrotarlo y lanzarlo definitivamente al abismo, pero el

caballero no aparece.

Aun así, no podemos perder la esperanza. Empezamos a hacer cosas

que no solemos hacer, a ir más allá de lo que es justo y necesario. Las

espinas de nuestro interior son cada vez más grandes y más devastadoras,

pero no podemos renunciar a mitad de camino. Como si la vida fuese un

gran tablero de ajedrez y todo el mundo mirase para conocer el resultado.

Fingimos que no importa ganar o perder, lo importante es competir,

hacemos todo lo posible para que nuestros verdaderos sentimientos

permanezcan opacos y escondidos, pero entonces...

... En vez de buscar compañía, nos aislamos más, para poder lamernos

las heridas en silencio. O vamos a cenas y comidas con gente que no tiene

nada que ver con nuestras vidas y que se pasa todo el tiempo hablando de

cosas que no son importantes. Llegamos a distraernos durante un rato,

bebemos y lo pasamos bien, pero el dragón sigue vivo. Hasta que la gente

realmente cercana se da cuenta de que algo va mal y se culpan a sí mismos

por no hacernos felices. Nos preguntan cuál es el problema. Contestamos

que va todo bien, pero no...

Va todo fatal. Por favor, dejadme en paz porque ya no tengo lágrimas

para llorar ni corazón para sufrir, solamente tengo insomnio, vacío, apatía,

y vosotros os sentís igual, comprobadlo vosotros mismos. Pero insisten y

dicen que se trata de una mala racha, o de una depresión, porque en

realidad les da miedo utilizar la palabra maldita: *soledad*.

Mientras tanto, seguimos buscando sin descanso lo único que nos

haría felices: el caballero de brillante armadura que mate al dragón, coja la

rosa y le arranque las espinas.

Muchos sostienen que somos injustos con la vida. Otros se alegran

porque piensan que es lo que realmente merecemos: la soledad, la

infelicidad, porque lo tenemos todo, y ellos no.

Pero un día esos ciegos empiezan a ver. Los que están tristes son

consolados. Los que sufren son salvados. El caballero llega y nos rescata, y

la vida vuelve a tener sentido otra vez...

Pero aun así tienes que mentir y engañar porque, a estas alturas, las

circunstancias son diferentes. ¿Quién no ha querido dejarlo todo para ir en

busca de su sueño? El sueño siempre es arriesgado, hay que pagar un

precio, y ese precio es la lapidación en algunos países, en otros puede ser el

ostracismo social o la indiferencia. Pero siempre hay que pagar un precio.

Aunque sigas mintiendo y la gente finja que te sigue creyendo y, en

secreto, sienta envidia, te critique a tus espaldas, diciendo que eres de lo

peor y una amenaza. No te consideran un hombre adúltero, que se tolera y

muchas veces es admirado, sino una *mujer* adúltera, que duerme con otro,

que engaña a su marido, su pobre marido, siempre tan comprensivo y

cariñoso...

No obstante, solo tú sabes que ese marido fue incapaz de mantener a

raya la soledad. Porque faltaba algo que ni tú misma sabes cómo explicar,

ya que lo amas y no quieres perderlo. Sin embargo, un caballero

fulgurante, que promete aventuras en tierras lejanas, es mucho más fuerte

que tu deseo de que todo siga como está, aunque en las fiestas la gente te

vea y comente que sería mejor atarte una piedra de molino al cuello y

tirarte al mar porque eres un mal ejemplo.

Y, para empeorar las cosas, tu marido lo aguanta todo en silencio. No

se queja ni monta numeritos. Está convencido de que todo va a pasar. Tú

también sabes que va a pasar, pero ahora es más fuerte que tú.

Y así las cosas se alargan durante un mes, dos meses, un año... Todos

aguantando en silencio.

Sin embargo, no se trata de pedir permiso. Miras atrás y te das cuenta

de que tú también pensabas como esas personas que ahora te acusan.

También condenaste a los que sabías que eran adúlteros y pensaste que, de

vivir en otro lugar, el castigo sería la lapidación. Hasta el día en que te

sucede a ti. Entonces, buscas un millón de justificaciones para tu

comportamiento, diciendo que tienes derecho a ser feliz, aunque sea por

poco tiempo, porque los caballeros que matan dragones solo existen en los

cuentos para niños. Los verdaderos dragones nunca mueren, pero aun así

tienes el derecho y la obligación de vivir un cuento de hadas para adultos,

al menos una vez en la vida.

Entonces llega el momento que tratabas de evitar a toda costa, que has

retrasado durante tanto tiempo: el momento de tomar la decisión de seguir

juntos o separarse para siempre.

Cuando llega ese momento, también aparece el miedo a equivocarse,

sea cual sea la decisión que tomes. Y ansías que alguien elija por ti, que te

echen de la cama o de casa porque es imposible seguir así. Al final, ya no

somos una persona, somos dos o muchas, completamente diferentes entre

sí. Y, como nunca has pasado por algo así, no sabes hasta dónde va a llegar.

El hecho es que ahora te encuentras ante una situación que hará sufrir a una

persona, a dos, o a todas...

Pero, sobre todo, te destruirá a ti, sea cual sea tu elección.

El tráfico está completamente parado. ¡Precisamente hoy!

Ginebra, con menos de doscientos mil habitantes, se comporta como

si fuese el centro del mundo. Y hay gente que se lo cree y vuela desde su

país hasta aquí para celebrar eso que ellos llaman *cumbres*. Esas reuniones

suelen tener lugar en las afueras y el tráfico rara vez se ve afectado. Como

mucho, se ven algunos helicópteros sobrevolando la ciudad.

No sé lo que pasa hoy, pero han cerrado una de las carreteras

principales. He leído los periódicos, pero no las páginas locales, que solo

contienen noticias de la ciudad. Sé que grandes potencias mundiales han

enviado a sus representantes para debatir, «en territorio neutral», la

amenaza de la proliferación de armas nucleares. Y ¿qué tiene eso que ver

con mi vida?

Mucho. Corro el riesgo de llegar tarde. Debería haber utilizado el

transporte público en lugar de coger este estúpido coche.

Todos los años se gastan en Europa unos setenta y cuatro millones de

francos suizos (unos sesenta millones de euros) en la contratación de

detectives privados cuya especialidad es seguir, fotografiar y ofrecerle

pruebas a la gente de que sus cónyuges son infieles. Mientras el resto del

continente está en crisis y las empresas quiebran y despiden a trabajadores,

el mercado de la infidelidad está experimentando un importante

crecimiento.

Y no solo son los detectives los que se benefician. Técnicos

informáticos han desarrollado aplicaciones para móviles como SOS Alibi.

El funcionamiento es muy sencillo: en el momento elegido, le envía un

mensaje de amor a la pareja directamente desde tu móvil. Así, mientras

estás bajo las sábanas, bebiendo champán, a tu pareja le llega un sms para

avisarle de que vas a salir más tarde del trabajo por culpa de una reunión

inesperada. Otra aplicación, Excuse Machine, ofrece una serie de disculpas

en francés, alemán e italiano, y puedes elegir la que más te convenga ese

día.

Sin embargo, además de los detectives y de los técnicos informáticos,

los que realmente ganan son los hoteles. Como uno de cada siete suizos

tiene una relación extramatrimonial (según las estadísticas oficiales), y

teniendo en cuenta el número de personas casadas en este país, estamos

hablando de cuatrocientas cincuenta mil personas en busca de una

habitación discreta donde poder verse. Para atraer a la clientela, el gerente

de un hotel de lujo una vez declaró: «Tenemos un sistema que permite que

el pago con la tarjeta de crédito aparezca como una comida en nuestro

restaurante». El establecimiento se convirtió en el favorito de los que

pueden pagar seiscientos francos por una tarde. Es precisamente allí

adonde me dirijo.

Después de media hora de estrés, por fin le dejo el coche al botones y

subo corriendo a la habitación. Gracias al servicio de mensajería

electrónica, sé exactamente adónde tengo que ir sin preguntar en recepción.

Desde el café en la frontera de Francia hasta donde estoy ahora no fue

necesario nada más, ni explicaciones, ni promesas de amor, ni siquiera otra

cita, para estar seguros de que esto era lo que queríamos. A los dos nos

daba miedo pensarlo demasiado y desistir, por lo que la decisión se tomó

sin muchas preguntas y sin ninguna respuesta.

Ya no es otoño. Es primavera otra vez, vuelvo a tener dieciséis años, él

tiene quince. Misteriosamente, he recuperado la virginidad de mi alma (ya

que la física está perdida para siempre). Nos besamos. ¡Dios mío, ya se me

había olvidado lo que era eso!, pienso. Solo vivía para lo que quería (el qué

y cómo hacerlo, cuándo parar) y aceptando la misma actitud por parte de

mi marido. Iba todo mal. Ya no nos rendíamos el uno ante el otro.

Puede que se detenga ahora. Nunca hemos ido más allá de los besos.

Eran besos largos y sabrosos, que intercambiábamos en un rincón

escondido del colegio. Pero lo que yo quería era que todo el mundo los

viese y me envidiase.

No se detiene. Su lengua tiene un sabor amargo, una mezcla de

cigarrillos y vodka. Siento vergüenza y estoy tensa, tengo que fumar un

cigarrillo y beber vodka para estar en igualdad de condiciones, me digo. Lo

aparto con delicadeza, voy hasta el minibar y me tomo de un solo trago una

pequeña botella de ginebra. El alcohol me quema la garganta. Le pido un

cigarrillo.

Me lo da, pero me recuerda que está prohibido fumar en la habitación.

¡Qué placer transgredirlo todo, incluso reglas estúpidas como esa! Le doy

una calada y me siento mal. No sé si es por la ginebra o por el cigarrillo,

pero como dudo, voy al baño y lo tiro al inodoro. Él me sigue, me agarra

por detrás y me besa la nuca y las orejas, pega su cuerpo al mío y siento su

erección en mis nalgas.

¿Dónde están mis principios morales? ¿Cómo va a estar mi cabeza

cuando me vaya de aquí y vuelva a mi vida normal?

Me lleva otra vez a la habitación. Me doy la vuelta y beso otra vez su

boca y su lengua con sabor a tabaco, saliva y vodka. Muerdo sus labios y él

toca mis pechos por primera vez en la vida. Me quita el vestido y lo arroja

a un rincón. Por una fracción de segundo, siento un poco de vergüenza de

mi cuerpo, ya no soy una cría como aquella primavera en la escuela.

Estamos aquí de pie. Las cortinas están abiertas y el lago Lemán hace de

barrera natural entre nosotros y la gente de los edificios de la otra orilla.

En mi imaginación, prefiero pensar que alguien nos ve y eso me

excita, más que sus besos en mis pechos. Soy la zorra, la prostituta

contratada por un ejecutivo para follar en un hotel, capaz de hacer

cualquier cosa.

Pero esa sensación no dura mucho. Vuelvo a tener dieciséis años,

cuando me masturbaba varias veces al día pensando en él. Aprieto su

cabeza contra mi pecho y le pido que me muerda el pezón, fuerte, y grito

con un poco de dolor y de placer.

Él sigue vestido, yo estoy completamente desnuda. Empujo su cabeza

hacia abajo y le pido que me lama el sexo. En ese momento, sin embargo,

me tira sobre la cama, se quita la ropa y se me echa encima. Sus manos

buscan algo en la mesilla. Eso nos hace perder el equilibrio y caer al suelo.

Cosas de principiantes; sí, somos principiantes y no nos avergonzamos de

ello.

Él encuentra lo que estaba buscando: un condón. Me pide que se lo

ponga con la boca. Lo hago, sin experiencia y casi sin gracia. No veo la

necesidad de hacerlo. No creo que piense que estoy enferma y que voy por

ahí tirándome a todo el mundo. Pero respeto su deseo. Siento el sabor

desagradable del lubricante que cubre el látex, pero estoy decidida a

aprender a hacer eso. No dejo que se note que es la primera vez en mi vida

que uso un chisme de estos.

Cuando termino, me pone de espaldas y me pide que me apoye en la

cama. ¡Dios mío, está sucediendo! ¡Y por eso soy una mujer feliz!, pienso.

Sin embargo, en lugar de penetrar en mi sexo, me posee por detrás.

Me asusta. Le pregunto qué hace, pero no responde, coge algo más de la

mesilla de noche y lo pasa por mi ano. Supongo que es vaselina o algo

similar. Entonces me pide que me masturbe y, muy lentamente, me va

penetrando.

Sigo sus instrucciones y otra vez me siento como una adolescente para

quien el sexo es un tabú, y duele. Dios mío, duele mucho. Ya no puedo

masturbarme, solo agarro las sábanas y me muerdo los labios para no gritar

de dolor.

—Di que te duele. Di que nunca lo has hecho. Grita —ordena.

Una vez más, obedezco. Casi todo es verdad, lo he hecho unas cuatro

o cinco veces y nunca me ha gustado.

Sus movimientos aumentan de intensidad. Él gime de placer. Yo, de

dolor. Me agarra del pelo como si yo fuese un animal, una yegua, y la

velocidad del galope aumenta. Sale de mí de repente, se quita el

preservativo, me da la vuelta y eyacula sobre mí.

Procura contener los gemidos, pero son más fuertes que su

autocontrol. Poco a poco se tumba sobre mí. Estoy asustada y al mismo

tiempo fascinada con todo esto. Va al cuarto de baño, tira el condón a la

papelera y vuelve.

Se acuesta a mi lado y enciende otro cigarrillo. Usa el vaso de vodka

como cenicero, apoyado en mi vientre. Pasamos mucho tiempo mirando al

techo, sin decir nada. Él me acaricia. No es el hombre violento de unos

minutos antes, sino el joven romántico que, en el colegio, me hablaba de

galaxias y de su interés por la astrología.

—No podemos dejar ningún olor.

La frase me devuelve a la realidad de manera brutal. Al parecer, no es

su primera vez. De ahí el condón y las medidas prácticas para que todo siga

como antes de entrar en esta habitación. En silencio, lo insulto y lo odio,

pero disimulo con una sonrisa y le pregunto si tiene algún truco para

eliminar los olores.

Dice que solo tengo que darme una ducha en cuanto llegue a casa,

antes de abrazar a mi marido. También me aconseja que me deshaga de las

bragas porque la vaselina deja rastro.

—Si él está en casa, entra corriendo y di que te mueres de ganas de ir

al baño.

Me siento asqueada. He esperado tanto tiempo para comportarme

como una tigresa y acabo siendo utilizada como una yegua. Pero así es la

vida: la realidad nunca se acerca a nuestras fantasías románticas de la

adolescencia.

Perfecto, lo haré.

—Me gustaría quedar otra vez.

Ya está. Basta esa frase sencilla para transformar de nuevo en paraíso

lo que parecía un infierno, un error, un paso en falso. Sí, a mí también me

gustaría quedar contigo otra vez. Me sentía nerviosa y tímida, pero la

próxima vez será mejor.

—La verdad es que ha sido genial.

Sí, ha sido genial, pero no me he dado cuenta hasta ahora. Sabemos

que esta historia está condenada a un final, pero eso no importa ahora.

No voy a decir nada más. Solo quiero aprovechar este momento a su

lado, esperar a que termine el cigarrillo, vestirme y bajar antes que él.

Saldré por la misma puerta por la que entré.

Cogeré el mismo coche y conduciré hacia el mismo lugar al que

vuelvo todas las noches. Entraré corriendo, diciendo que tengo una

indigestión y que necesito ir al baño. Me daré una ducha, eliminando lo

poco de él que haya quedado en mí.

Solo entonces besaré a mi marido y a mis hijos.

No éramos dos personas con las mismas intenciones en aquella

habitación de hotel. Yo iba en busca de un romance perdido; a él lo movía

el instinto del cazador.

Yo buscaba al chico de mi adolescencia; él quería a la mujer atractiva

y audaz que lo había entrevistado antes de las elecciones.

Yo creí que mi vida podría tener otro sentido; él solo pensaba que la

tarde iba a traer algo diferente de las aburridas e interminables discusiones

del Consejo de los Estados.

Para él fue un simple entretenimiento, aunque peligroso. Para mí fue

algo imperdonable, cruel, una manifestación de narcisismo mezclado con

egoísmo.

Los hombres engañan porque está en su sistema genético. La mujer lo

hace porque no tiene la dignidad suficiente, y además de entregar su cuerpo

siempre entrega también un poco de su corazón. Un verdadero crimen. Un

robo. Peor que robar un banco, porque si algún día se descubre (y siempre

se descubre), provocará daños irreparables en la familia.

Para los hombres es solo un «error estúpido». Para las mujeres es un

asesinato espiritual de todos aquellos que la rodean de cariño y la apoyan

como madre y esposa.

Igual que yo estoy acostada al lado de mi marido, imagino a Jacob

acostado al lado de Marianne. Él tiene otras preocupaciones en la cabeza:

las reuniones políticas de mañana, trabajo que hacer, la agenda llena de

compromisos. Mientras yo, la idiota, estoy mirando al techo y recordando

cada segundo que pasé en ese hotel, viendo sin parar la misma película

porno de la que fui protagonista.

Recuerdo el momento en que miré por la ventana y deseé que alguien

estuviera observando todo aquello con prismáticos, posiblemente

masturbándose al verme sumisa, humillada, siendo penetrada por detrás.

¡Cómo me excitó aquello! Me volvió loca y me hizo descubrir una parte de

mí completamente desconocida.

Tengo treinta y un años. No soy una niña y pensé que lo sabía todo

sobre mí. Pero no. Soy un misterio para mí misma, he abierto ciertas

compuertas y quiero llegar más lejos, probar todo lo que sé que existe,

masoquismo, sexo en grupo, fetichismo, todo.

Y no soy capaz de decir que se acabó, que no lo quiero, que todo era

una fantasía creada por mi soledad.

Puede que no lo quiera de verdad. Pero quiero lo que despertó en mí.

Me trató sin pizca de respeto, me dejó sin dignidad, no se intimidó e hizo

exactamente lo que quería, mientras yo trataba, una vez más, de complacer

a alguien.

Mi mente viaja a un lugar secreto y desconocido. Esta vez yo soy la

dominatriz. Puedo volver a verlo desnudo, pero ahora soy yo la que da las

órdenes, le agarro las manos y los pies, me siento en su cara y lo obligo a

besar mi sexo hasta que ya no puedo aguantar más orgasmos. Después lo

pongo de espaldas y lo penetro con mis dedos: primero uno, luego dos,

tres. Él gime de dolor y de placer mientras lo masturbo con la mano libre,

sintiendo el líquido caliente correr entre mis dedos, llevándomelos a la

boca y lamiéndolos, uno a uno, y frotándolos después en su cara. Él quiere

más. Yo le digo que es suficiente. ¡La que decide soy yo!

Antes de dormir, me masturbo y tengo dos orgasmos seguidos.

La misma escena de siempre: mi marido lee las noticias en el iPad, los

niños ya están listos para el colegio, el sol entra por la ventana y yo finjo

ocuparme de algo, cuando en realidad me muero de miedo a que alguien

sospeche algo.

—Hoy pareces más feliz.

Lo parezco y lo estoy, aunque no debería. La experiencia de ayer fue

un riesgo para todos, especialmente para mí. ¿Habrá alguna sospecha

explícita en ese comentario? Lo dudo. Se cree todo lo que le digo. No

porque sea tonto, ni mucho menos, sino porque confía en mí.

Y eso me enfada aún más. No soy de fiar.

O mejor dicho: sí lo soy. Me llevaron a ese hotel razones que

desconozco. ¿Es una buena disculpa? No. Es pésima, porque nadie me

obligó a ir. Siempre puedo decir que me sentía sola, que no recibía la

atención que necesitaba, solo comprensión y tolerancia. Puedo decirme a

mí misma que necesito verme más desafiada, confrontada y cuestionada

acerca de lo que hago. Puedo alegar que eso le sucede a todo el mundo,

aunque solo sea en sueños.

Pero, en el fondo, lo que pasó es muy sencillo: me fui a la cama con

un hombre porque estaba loca por hacerlo. Nada más. Sin justificaciones

intelectuales ni psicológicas. Quería follar. Punto.

Conozco a gente que se casó por seguridad, estatus, dinero. El amor

era lo último de la lista. Yo, sin embargo, me casé por amor.

Entonces ¿por qué hice lo que hice?

Porque me siento sola. Y ¿por qué?

—Es genial verte feliz —me dice.

Le contesto que sí, que realmente soy feliz. La mañana de otoño es

hermosa, la casa está ordenada y estoy con el hombre al que amo.

Se levanta y me da un beso. Los niños, aun sin entender mucho

nuestra conversación, sonríen.

—Yo también estoy con la mujer a la que amo. Pero ¿a qué viene eso

ahora?

Y ¿por qué no?

—Es por la mañana. Quiero que me lo repitas esta noche, cuando

estemos en la cama.

¡Dios mío, pero ¿quién soy?! ¿Por qué digo estas cosas? ¿Para que no

sospeche nada? ¿Por qué no me comporto como todas las mañanas: una

esposa eficiente que cuida del bienestar de su familia? ¿Qué muestras de

afecto son estas? Si te pones muy cariñosa, tal vez levantes sospechas.

—No podría vivir sin ti —me dice, volviendo a su asiento en la mesa.

Estoy perdida. Pero, curiosamente, no me siento ni un poco culpable

por lo que pasó ayer.

Al llegar al trabajo, el redactor jefe me elogia. El artículo que sugerí se

ha publicado esta mañana.

—Han llegado muchos correos a la redacción elogiando la historia del

misterioso cubano. La gente quiere saber quién es. Si nos permite revelar

su dirección, tendrá trabajo durante una buena temporada.

¡El chamán cubano! Si lee el periódico, verá que no me dijo nada de

eso. Lo saqué todo de blogs de chamanismo. Al parecer, mis crisis no se

limitan a los problemas matrimoniales: estoy dejando de ser una buena

profesional.

Le hablo al redactor jefe del momento en que el cubano me miró a los

ojos y me amenazó por si revelaba quién era. Me dice que no debo creer en

ese tipo de cosas y me pregunta si puedo darle su dirección a una sola

persona: su mujer.

—Anda un poco estresada.

Todo el mundo anda un poco estresado, incluido el chamán. No le

prometo nada, pero voy a hablar con él.

Me pide que lo llame en ese mismo momento. Lo hago y me

sorprende la reacción del cubano. Me da las gracias por ser honesta y por

haber mantenido su identidad en secreto y elogia mis conocimientos sobre

el tema. Se lo agradezco, le hablo de la repercusión del artículo y le

pregunto si podemos vernos otra vez.

—¡Pero si hablamos durante dos horas! ¡El material que tienes

debería ser más que suficiente!

El periodismo no funciona así, le explico. De lo que se ha publicado,

muy poco se ha extraído de esas dos horas. Para la mayoría me vi obligada

a investigar. Ahora tengo que abordar el tema de manera diferente.

Mi jefe sigue a mi lado, escuchando mi parte de la conversación y

gesticulando. Al final, cuando el cubano está casi decidido a colgar, insisto

en que faltan muchas cosas en ese artículo. Le digo que necesito explorar

más a fondo el papel de la mujer en esa búsqueda «espiritual», y que la

mujer de mi jefe quiere verlo. Se ríe. No voy a romper nunca el trato que

hice con él, pero insisto en que todo el mundo sabe dónde vive y qué días

trabaja.

Por favor, acepta o di que no. Si no quieres seguir con la

conversación, encontraré a otra persona. Lo que sobra es gente que diga ser

especialista en el tratamiento de pacientes al borde de un ataque de

nervios. La única diferencia es el método, pero no es el único sanador

espiritual que hay en la ciudad. Muchos se han puesto en contacto con

nosotros esta mañana, la mayoría africanos, para darle visibilidad a su

trabajo, ganar dinero y conocer a gente importante que los proteja en caso

de un posible proceso de expatriación.

El cubano duda durante algún tiempo, pero su vanidad y el miedo a la

competencia por fin pueden más. Concertamos una cita en su casa, en

Veyrier. Me muero de ganas de ver cómo vive, le dará más miga al

artículo.

Estamos en su casa, en una pequeña sala transformada en consulta, en

la aldea de Veyrier. En la pared hay algunos diagramas que parecen

importados de la cultura india: la posición de los centros de energía, la

planta del pie con sus meridianos. Sobre un mueble hay algunos cristales.

Hemos tenido una conversación muy interesante sobre el papel de la

mujer en los rituales chamánicos. Me explica que, al nacer, todos tenemos

momentos de revelación, y eso es todavía más común entre las mujeres.

Cualquier estudioso lo ve, las diosas de la agricultura eran siempre

mujeres, y las hierbas medicinales fueron introducidas en las tribus que

habitaban en las cuevas de la mano de ellas. Las mujeres son mucho más

sensibles al mundo emocional y espiritual, y eso las hace propensas a las

crisis que los médicos antiguos llamaban *histeria* y que hoy en día se

conocen como *bipolaridad*, la tendencia a pasar de la euforia absoluta a la

tristeza más profunda varias veces al día. Para el cubano, los espíritus

están mucho más inclinados a hablar con mujeres que con hombres, porque

entienden mejor la lengua que no se expresa con palabras.

Trato de usar lo que creo que es su lenguaje: debido a esa gran

sensibilidad, ¿existe la posibilidad de que, digamos, un espíritu maligno

nos empuje a hacer cosas que no queremos?

No entiende mi pregunta. La planteo de otra forma. Si las mujeres son

tan inestables, hasta el punto de pasar de la alegría a la tristeza...

—¿He utilizado yo la palabra *inestable*? No. Todo lo contrario. A

pesar de su aguda sensibilidad, ellas son más perseverantes que los

hombres.

Como en el amor, por ejemplo. Él asiente. Le cuento todo lo que me

ha pasado y rompo a llorar. Él ni se inmuta. Pero su corazón no es de

piedra.

—Cuando se trata de adulterio, la meditación ayuda poco o nada. En

ese caso la persona es feliz con lo que está sucediendo. Al mismo tiempo

que mantiene la seguridad, vive la aventura. Es la situación ideal.

¿Qué es lo que nos lleva a cometer adulterio?

—Esa no es mi especialidad. Tengo una visión muy personal del tema,

pero no quiero que se publique.

Por favor, ayúdame.

Él enciende incienso, me pide que me siente con las piernas cruzadas

frente a él y se acomoda en la misma posición. El hombre rígido ahora

parece un sabio bondadoso, tratando de ayudarme.

—Si las personas casadas deciden, por cualquier razón, buscar a un

tercero, eso no significa necesariamente que la relación de pareja vaya mal.

Tampoco creo que la motivación principal sea el sexo. Tiene más que ver

con el hastío, la falta de pasión por la vida, con la falta de desafíos. Es un

cúmulo de circunstancias.

Y ¿por qué sucede?

—Porque nos alejamos de Dios y vivimos en una existencia

fragmentada. Tratamos de encontrar la unidad, pero no sabemos cómo

regresar y entonces entramos en un constante estado de insatisfacción. La

sociedad prohíbe y crea leyes, pero eso no resuelve el problema.

Me siento ligera, como si lo viese todo desde una perspectiva

diferente. Puedo verlo en sus ojos: sabe de lo que habla porque ya ha

pasado por lo mismo.

—Conocí a un hombre que, siempre que estaba con su amante, se

quedaba impotente. Aun así, le encantaba estar a su lado, y a ella también

le gustaba estar con él.

No me controlo. Le pregunto si ese hombre es él.

—Sí, mi mujer me echó por eso. Lo que no es motivo para una

decisión tan radical.

Y ¿qué hiciste?

—Podría haber invocado ayuda espiritual, pero lo habría pagado en mi

próxima vida. Sin embargo, tenía que entender por qué ella había

reaccionado así. Para resistir la tentación de recuperarla utilizando la

magia que sé hacer, me puse a estudiar el tema.

Un poco de mala gana, el cubano adopta una actitud de profesor.

—Un grupo de investigadores de la Universidad de Texas, en Austin,

trató de responder a una pregunta que se hace mucha gente: ¿por qué los

hombres engañan más que las mujeres, a pesar de saber que ese

comportamiento es autodestructivo y hará sufrir a las personas que

quieren? La conclusión del estudio fue que los hombres y las mujeres

sienten exactamente el mismo deseo de engañar a su pareja. Resulta que

las mujeres tienen un mayor autocontrol.

Él mira su reloj. Le pido, por favor, que siga, y me parece notar que se

alegra por poder abrir su alma.

—Citas breves, con el único objetivo de satisfacer el instinto sexual y

sin ninguna implicación emocional por parte del hombre, han hecho

posibles la preservación y la proliferación de la especie. Las mujeres

inteligentes no deberían culpar a los hombres por ello. Ellos tratan de

resistirse, pero son biológicamente propensos a comportarse así. ¿Estoy

siendo demasiado técnico?

No.

—¿Te has dado cuenta de que los seres humanos sienten más miedo

de las arañas y de las serpientes que de los coches, aunque las muertes por

accidentes de tráfico son más frecuentes? Eso sucede porque nuestra mente

está todavía en la época de las cavernas, cuando las serpientes y las arañas

eran letales. Lo mismo sucede con la necesidad que sienten los hombres de

tener a muchas mujeres. En aquellos tiempos iban de caza y la naturaleza

les enseñó que la preservación de la especie es una prioridad, hay que dejar

embarazadas a tantas mujeres como sea posible.

Y ¿las mujeres no pensaban también en preservar la especie?

—Por supuesto que sí. Pero mientras que para el hombre ese

compromiso con la especie dura un máximo de once minutos, para la

mujer cada niño significa por lo menos nueve meses de gestación. Además

de tener que cuidar de la cría, alimentarla y protegerla de los peligros, de

las arañas y de las serpientes. De ahí que su instinto se haya desarrollado

de otra manera. El afecto y el autocontrol se hicieron más importantes.

Habla de sí mismo. Trata de justificar lo que hizo. Miro a mi

alrededor y veo esos mapas indios, los cristales, el incienso. En el fondo,

todos somos iguales. Cometemos los mismos errores y seguimos

haciéndonos las mismas preguntas sin respuesta.

El cubano mira su reloj otra vez y dice que se ha acabado el tiempo.

Espera a otro cliente y trata de evitar que sus pacientes se crucen en la sala

de espera. Se levanta y me acompaña a la puerta.

—No quiero ser grosero pero, por favor, no me llames más. Ya he

dicho todo lo que tenía que decir.

Lo dice la Biblia:

Una noche, David se levantó de la cama para dar un paseo por la

terraza de su casa. Entonces vio a una mujer bañándose, que era hermosa.

David mandó preguntar quién era.

Le respondieron que era Betsabé y que estaba casada con Urías.

Entonces David envió a sus hombres a buscarla. Se acostaron y después

ella regresó a su casa. Más tarde le mandó un mensaje a David: estoy

embarazada.

Entonces David ordenó que enviasen a Urías, un guerrero que le era

leal, al frente en una peligrosa misión. Lo mataron y Betsabé se fue a vivir

con el rey a su palacio.

David, el gran ejemplo, ídolo de generaciones, guerrero audaz, no solo

cometió adulterio, sino que ordenó el asesinato de su rival, valiéndose de

su lealtad y buena voluntad.

No necesito justificaciones bíblicas para el asesinato ni para el

adulterio. Pero recuerdo esa historia de los días de colegio, el mismo en el

que Jacob y yo nos besábamos en primavera.

Esos besos tuvieron que esperar quince años para repetirse y, cuando

por fin sucedió, nada fue como yo pensaba. Me pareció sórdido, egoísta,

siniestro. Aun así, me encantó y quería que sucediese otra vez, cuanto

antes. En quince días Jacob y yo nos vimos cuatro veces. El nerviosismo

desapareció poco a poco. Tuvimos tanto relaciones normales como otras no

convencionales. Todavía no he podido realizar mi fantasía de cogerlo y

hacer que bese mi sexo hasta no aguantar más el placer, pero estoy en ello.

Poco a poco, Marianne va perdiendo importancia en mi historia. Ayer

estuve otra vez con su marido, y eso demuestra lo insignificante que ella es

y lo ausente que está de todo esto. Ya no quiero que la señora König lo

descubra ni que piense en divorciarse, porque así puedo darme el gustazo

de tener un amante sin tener que renunciar a todo lo que he logrado con

esfuerzo y controlando mis sentimientos: mis hijos, mi marido, mi trabajo

y esta casa.

¿Qué voy a hacer con la cocaína que tengo guardada y que pueden

encontrar en cualquier momento? Me gasté un montón de dinero en ella.

No puedo tratar de revenderla. Sería un paso hacia la prisión de

Vandœuvres. Juré no volver a usarla. Se la puedo regalar a personas que sé

que les gusta, pero mi reputación se vería afectada o, lo que es peor,

podrían pedirme que les consiguiera más.

Hacer realidad el sueño de estar en la cama con Jacob me llevó a las

alturas y después me devolvió a la realidad. He descubierto que, aunque

pensaba que era amor, lo que siento es solo una pasión, destinada a

acabarse en cualquier momento. Y no pienso insistir para que dure, ya he

conseguido lo que quería, aventura, el placer de la transgresión, nuevas

experiencias sexuales, alegría. Y todo sin sentir una pizca de

remordimiento. Es un regalo que me merezco después de tantos años de

buen comportamiento.

Estoy en paz conmigo misma. O, mejor dicho, lo estaba hasta hoy.

Después de tantos días durmiendo bien, tengo la sensación de que el

dragón ha vuelto a subir del abismo por el que lo había arrojado.

¿El problema soy yo o es la Navidad que se acerca? Esta es la época del

año que más me deprime, y no me refiero a un trastorno hormonal o a la

ausencia de ciertas sustancias químicas en mi organismo. Me alegro de que

en Ginebra la cosa no sea tan escandalosa como en otros países. Una vez

pasé el fin de año en Nueva York. Por todas partes había luces, adornos,

coros de gente cantando, escaparates decorados, renos, campanas, copos de

nieve falsos, árboles con bolas de todos los colores y tamaños, sonrisas

pegadas en los rostros... Y yo, con esa absoluta certeza de que soy un bicho

raro, la única que se siente completamente ajena. Aunque nunca he tomado

LSD, supongo que sería necesaria una dosis triple para ver todos aquellos

colores.

Aquí, como mucho, vemos alguna insinuación en la calle principal,

puede que por los turistas. («¡Compren! ¡Llévenles algo de Suiza a sus

hijos!») Pero todavía no he ido por allí, así que esta extraña sensación no

puede ser la Navidad. No hay en los alrededores ni un Papá Noel colgado

de ninguna chimenea, recordándonos que tenemos que ser felices durante

todo el mes de diciembre.

Doy vueltas en la cama, como siempre. Mi marido duerme, como

siempre. Hemos hecho el amor. Últimamente lo hacemos con más

frecuencia, no sé si para disimular o porque se me ha despertado la libido.

El caso es que siento más atracción sexual hacia él. No pregunta cuando

llego tarde, ni se muestra celoso. Salvo la primera vez, cuando tuve que ir

directamente al baño, siguiendo las instrucciones para eliminar los rastros

de olores y prendas manchadas. Ahora siempre llevo unas bragas para

cambiarme, me ducho en el hotel y entro en el ascensor con el maquillaje

impecable. Ya no voy tensa ni levanto sospechas. Dos veces me encontré

con conocidos, me aseguré de saludarlos y de dejar la pregunta en el aire:

«¿Se estará viendo con alguien?». Es bueno para el ego y es absolutamente

seguro. Después de todo, si están en el ascensor de un hotel a pesar de vivir

en la ciudad, son tan culpables como yo.

Me duermo y vuelvo a despertarme unos minutos más tarde. Victor

Frankenstein creó a su monstruo, el doctor Jekyll dejó que mister Hyde

saliera a la luz. Eso no me asusta, pero a lo mejor debería establecer desde

ahora algunas pautas de comportamiento.

Tengo un lado que es honesto, amable, atento, profesional, capaz de

reaccionar con frialdad en momentos difíciles, especialmente durante las

entrevistas, cuando algunos de los personajes se muestran agresivos o

tratan de escapar de mis preguntas.

Pero estoy descubriendo un lado más espontáneo, salvaje, impaciente,

que no se limita a la habitación del hotel donde veo a Jacob, y empieza a

afectar a mi rutina. Me enfado con más facilidad cuando el vendedor se

pone a charlar con un cliente, aunque haya gente a la cola. Voy al

supermercado por obligación y he dejado de fijarme en los precios y en las

fechas de caducidad. Cuando alguien me dice algo con lo que no estoy de

acuerdo, trato de no callarme. Debato sobre política. Defiendo películas

que todos detestan y critico las que les gustan a todos. Me encanta

sorprender a la gente con opiniones absurdas y fuera de lugar. En fin, he

dejado de ser la mujer discreta de siempre.

La gente empieza a darse cuenta. «¡Estás distinta!», comentan. Ese es

el paso previo a «estás ocultando algo», que después se convertirá en «si

tienes que ocultarlo, es porque estás haciendo algo que no deberías».

Puede que solo sea una paranoia, por supuesto. Pero hoy me siento dos

personas diferentes.

Todo lo que David tenía que hacer era ordenarles a sus hombres que le

llevaran a aquella mujer. No le debía explicaciones a nadie. Sin embargo,

cuando surgió el problema, envió a su marido al frente de batalla. En mi

caso es diferente. Por más discretos que sean los suizos, hay dos momentos

en los que no podemos reconocerlos.

El primero está en el tráfico. Si tardamos una fracción de segundo en

arrancar el coche una vez se ha puesto en verde el semáforo, tocan la

bocina inmediatamente. Si cambiamos de carril, a pesar de poner el

intermitente, siempre veremos una cara de enfado por el espejo retrovisor.

El segundo es en el peligroso asunto de los cambios, ya sean de casa,

de trabajo o de comportamiento. Aquí todo es estable, todos se comportan

de la manera esperada. Por favor, no trates de ser diferente ni de

reinventarte de un momento a otro o estarás poniendo en peligro a toda una

sociedad. A este país le ha costado alcanzar su estado de «obra concluida»,

no queremos volver a estar «en obras».

Mi familia y yo estamos en el lugar donde William, el hermano de

Victor Frankenstein, fue asesinado. Aquí, durante siglos, hubo un pantano.

Una vez que las manos implacables de Calvino hicieron de Ginebra una

ciudad respetable, traían a los enfermos aquí, donde generalmente morían

de hambre y de frío, evitando así que por la ciudad se propagase cualquier

epidemia.

Plainpalais es un lugar enorme, el único sitio en el centro de la ciudad

donde prácticamente no hay vegetación. En invierno, el viento es de los

que cortan los huesos. En verano, el sol nos hace sudar a mares. Absurdo.

Pero ¿desde cuándo las cosas necesitan buenas razones para existir?

Es sábado y hay puestos de vendedores de antigüedades dispersos por

todo el lugar. Esta feria se ha convertido en una atracción turística, e

incluso figura en las guías de viajes como un «buen plan». Piezas del siglo

XVI se entremezclan con reproductores de vídeo. Antiguas esculturas de

bronce, procedentes de la lejana Asia, se exponen al lado de muebles

horribles de los años ochenta. El lugar es un hervidero de gente. Algunos

expertos examinan pacientemente una pieza y charlan durante mucho

tiempo con los vendedores. La mayoría, turistas y curiosos, encuentran

cosas que nunca van a necesitar, pero al ser muy baratas, las compran.

Vuelven a casa, las utilizan una vez y luego las guardan en el garaje,

pensando: «No sirve para nada, pero el precio era ridículo».

Tengo que controlar a los niños todo el tiempo porque quieren tocarlo

todo, desde los valiosos jarrones de cristal hasta los sofisticados juguetes

de principios del siglo XIX. Pero al menos están descubriendo que hay vida

inteligente más allá de los juegos electrónicos.

Uno de ellos me pregunta si podemos comprar un payaso de metal,

con la boca y las extremidades articuladas. Mi marido sabe que el interés

por el juguete solo durará hasta que lleguemos a casa. Dice que es *viejo* y

que podemos comprar algo nuevo en el camino de regreso. Al mismo

tiempo su atención se desvía hacia unas cajas de canicas, con las que los

niños jugaban antiguamente en el patio de casa.

Mis ojos reparan en un pequeño cuadro: hay una mujer desnuda

acostada en la cama y un ángel que se aleja. Le pregunto al vendedor

cuánto cuesta. Antes de decirme el precio (una miseria), me explica que es

una reproducción, hecha por algún pintor local desconocido. Mi marido

asiste a la conversación sin decir nada y, antes de que yo le dé las gracias

al vendedor por la información para seguir adelante, él ya ha comprado el

cuadro.

¿Por qué lo has hecho?

—Representa un antiguo mito. Cuando lleguemos a casa te cuento la

historia.

Siento una gran necesidad de apasionarme de nuevo por él. Nunca he

dejado de quererlo, siempre lo he querido y siempre lo querré; pero nuestra

convivencia se ha convertido en algo muy cercano a la monotonía. El amor

puede resistirlo, pero para la pasión es fatal.

Vivo un momento muy complicado. Sé que mi relación con Jacob no

tiene futuro y me he alejado del hombre con el que he construido una vida.

El que diga que «el amor es suficiente» miente. No lo es ni lo ha sido

nunca. El gran problema es que la gente cree en los libros y en las

películas, una pareja que camina por la playa de la mano, contemplando la

puesta de sol, hace el amor apasionadamente todos los días en bonitos

hoteles con vistas a los Alpes. Mi marido y yo hemos hecho todo eso, pero

la magia solo dura uno o dos años como máximo.

Luego llega el matrimonio. La elección y la decoración de la casa,

preparar la habitación de los niños que tendremos, los besos, los sueños, el

brindis con champán en la habitación vacía que pronto será exactamente

como la imaginamos, todo en su sitio. Dos años después nace el primer

hijo, en la casa ya no hay espacio para nada más, y si le añadimos algo,

corremos el riesgo de parecer que queremos impresionar a los demás y que

nos pasamos la vida comprando y limpiando antigüedades (que más tarde

serán vendidas por una miseria por tus herederos y acabarán en la feria de

Plainpalais).

Después de tres años de matrimonio, uno sabe exactamente lo que el

otro quiere y piensa. En las fiestas o en cenas, nos vemos obligados a

escuchar las mismas historias que ya hemos escuchado varias veces,

siempre fingiendo sorpresa y, en ocasiones, nos vemos forzados a

confirmarlas. El sexo pasa de la pasión a la obligación, y por eso es cada

vez más escaso. En poco tiempo solo surge una vez a la semana, como

mucho. Las mujeres se reúnen y hablan del fuego insaciable de sus

maridos, lo cual no es más que una mentira descarada. Todas lo saben, pero

ninguna quiere quedarse atrás.

Entonces llega el momento de las aventuras extraconyugales. Las

mujeres charlan, ¡sí, charlan!, sobre sus amantes y su fuego insaciable. En

eso hay algo de verdad, porque la mayoría de las veces sucede en el mundo

encantado de la masturbación, tan real como el mundo de las que se

arriesgaron y se dejaron seducir por el primero que se les cruzó en el

camino, independientemente de sus cualidades. Compran ropa cara y

fingen recato, aunque exhiban más sensualidad que una cría de dieciséis

años, con la diferencia de que la cría sabe el poder que tiene.

Al final, llega el momento de resignarse. El marido pasa muchas

horas fuera de casa, ocupado en el trabajo, y la mujer pasa más tiempo del

necesario cuidando a los niños. Estamos en esa fase y estoy dispuesta a

hacer cualquier cosa para cambiar la situación.

Solo el amor no es suficiente. Tengo que apasionarme por mi marido.

El amor no es solo un sentimiento, es un arte. Y, como en cualquier

arte, la inspiración solo no basta, también es necesario mucho trabajo.

¿Por qué el ángel se aleja y deja sola a la mujer en la cama?

—No es un ángel. Es Eros, el dios griego del amor. La mujer que está

en la cama con él es Psique.

Abro una botella de vino, sirvo las copas. Él pone el cuadro encima de

la chimenea apagada, una pieza de decoración en las casas que disponen de

calefacción central. Entonces comienza:

—Érase una vez una hermosa princesa, admirada por todos, pero con

la que nadie se atrevía a casarse. Desesperado, el rey consultó al dios

Apolo. Él le dijo que a Psique había que dejarla sola, vestida de luto, en la

cima de una montaña. Antes de que rayara el día, una serpiente iría a

buscarla para casarse con ella. El rey obedeció. La princesa esperó toda la

noche, muerta de miedo y de frío, la llegada de su marido. Y al final se

quedó dormida. Al despertar, se encontró en un hermoso palacio coronada

reina. Todas las noches, su marido iba a su encuentro y hacían el amor. Sin

embargo, él le había impuesto una única condición: Psique podía tener

cuanto quisiera, pero debía confiar plenamente en él y no podría ver su

rostro jamás.

Qué horror, pienso, pero no me atrevo a interrumpirlo.

—Ella vivió feliz durante mucho tiempo. Disfrutaba de comodidad,

recibía cariño, alegría, y estaba enamorada del hombre que la visitaba

todas las noches. Sin embargo, de vez en cuando, tenía miedo de estar

casada con una serpiente horrorosa. Una madrugada, mientras su marido

dormía, ella encendió una vela. Entonces vio a Eros acostado a su lado, un

hombre de increíble belleza. La luz lo despertó. Al ver que la mujer a la

que amaba no era capaz de cumplir su único deseo, Eros desapareció.

Desesperada por recuperar su amor, Psique se sometió a una serie de tareas

que Afrodita, la madre de Eros, le impuso. No hace falta decir que la

suegra envidiaba la belleza de su nuera e hizo todo lo posible para impedir

la reconciliación de la pareja. En una de esas tareas, Psique abrió una caja

que la hizo caer en un profundo sueño.

Empiezo a estar ansiosa por saber cómo va a acabar la historia.

—Eros también estaba enamorado, y se arrepintió de no haber sido

más tolerante con su mujer. Se las arregló para entrar en el castillo y

despertarla con la punta de su flecha. «Estuviste a punto de morir por culpa

de tu curiosidad», dijo. «Buscabas seguridad a través del conocimiento y

destruiste nuestra relación». Pero en el amor, nada se destruye para

siempre. Persuadidos por esa certeza, ambos recurrieron a Zeus, el dios de

los dioses, para implorarle que su unión no pudiese romperse. Zeus

intercedió con empeño por los amantes y utilizó buenos argumentos y

amenazas, hasta que consiguió la conformidad de Afrodita. A partir de ese

día, Psique (nuestra parte inconsciente, pero lógica) y Eros (el amor)

permanecieron juntos para siempre.

Me sirvo otra copa de vino. Apoyo la cabeza en su hombro.

—El que no lo acepte y trate de buscar siempre una explicación para

las mágicas y misteriosas relaciones humanas se perderá lo mejor que la

vida puede ofrecerle.

Hoy me siento como Psique en la montaña, muerta de frío y de miedo.

Pero si logro superar esta noche y entregarme al misterio y a la fe en la

vida, me despertaré en un palacio. Todo cuanto necesito es tiempo.

Por fin llega el gran día en el que las dos parejas estarán juntas en una

fiesta, una recepción ofrecida por un importante presentador de la

televisión local. Hablamos ayer en la cama del hotel, mientras Jacob

fumaba su cigarrillo de siempre antes de vestirse y salir.

Yo ya no podía rechazar la invitación, porque ya había confirmado mi

presencia. Él también, y cambiar de opinión ahora habría sido «pésimo

para su carrera».

Llego con mi marido a la sede de la cadena y nos dicen que la fiesta es

en la última planta. Mi teléfono suena antes de entrar en el ascensor, lo que

me obliga a salir de la cola y a permanecer en la entrada, hablando con mi

jefe, mientras sigue llegando gente, que nos sonríe a mi marido y a mí y

asiente discretamente con la cabeza. Al parecer, conozco a casi todo el

mundo.

Mi jefe dice que mis artículos con el cubano (el segundo se publicó

ayer, a pesar de haberlo escrito hace más de un mes) están siendo un gran

éxito. Tengo que escribir uno más para completar la serie. Le explico que

el cubano no quiere hablar más conmigo. Me pide que busque a cualquier

otra persona, siempre y cuando sea «del gremio», porque no hay nada

menos interesante que las opiniones convencionales (psicólogos,

sociólogos, etc.). No conozco a nadie «del gremio», pero como tengo que

colgar, me comprometo a pensar en ello.

Jacob y la señora König pasan y nos saludamos con una inclinación de

la cabeza. Mi jefe está a punto de colgar cuando decido continuar la

conversación. ¡Dios me libre de subir en el mismo ascensor que ellos!

¿Qué tal si entrevistamos a un pastor de rebaños y a un pastor protestante

juntos?, le sugiero. ¿No sería interesante grabar su conversación acerca de

cómo manejan el estrés o el hastío? Mi jefe dice que es una gran idea, pero

sería mejor encontrar a alguien «del gremio». De acuerdo, lo intentaré. Las

puertas se cierran y el ascensor sube. Puedo colgar sin miedo.

Le explico a mi jefe que no quiero ser la última en llegar a la

recepción. Llevo dos minutos de retraso. Vivimos en Suiza, donde los

relojes siempre marcan la hora exacta.

Sí, me he comportado de un modo extraño en los últimos meses, pero

hay algo que no ha cambiado: detesto ir a fiestas. Y no entiendo por qué a

la gente le gusta.

Sí, a la gente le gusta. Incluso cuando se trata de algo tan profesional

como el cóctel de hoy; eso mismo, cóctel, nada de fiesta. Se visten, se

maquillan, les comentan a sus amigos, no sin cierto aire de hastío, que por

desgracia estarán ocupados el martes por culpa de la recepción que celebra

los diez años del programa «Pardonnez-moi», presentado por el guapo,

inteligente y fotogénico Darius Rochebin. Todo el mundo «importante»

asistirá, y el resto tendrá que conformarse con las fotos que se publicarán

en la única revista de famosos asequible para toda la población de la Suiza

francesa.

Ir a fiestas como esta da estatus y visibilidad. De vez en cuando

nuestro periódico cubre eventos de este tipo y, al día siguiente, recibimos

llamadas de asesores de personas importantes, preguntando si se van a

publicar las fotos en las que aparecen y diciendo que estarían muy

agradecidos. Lo mejor, aparte de haber sido invitado, es ver que a tu

presencia se le da la importancia que mereces. Y nada mejor para

demostrarlo que aparecer en el periódico dos días más tarde, con un traje

hecho especialmente para la ocasión (aunque eso nunca se confiese) y la

misma sonrisa de otras fiestas y recepciones. Menos mal que no soy la

responsable de la columna de sociedad; en mi estado actual de monstruo de

Victor Frankenstein, ya me habrían despedido. Las puertas del ascensor se

abren. Hay dos o tres fotógrafos en la entrada. Nos dirigimos al salón

principal, con una vista de trescientos sesenta grados de la ciudad. Parece

que la nube eterna ha decidido colaborar con Darius y ha levantado

ligeramente su manto gris: vemos el mar de luces allá abajo.

No quiero quedarme mucho tiempo, le digo a mi marido. Y me pongo

a hablar compulsivamente para disipar la tensión.

—Nos vamos cuando quieras —contesta, interrumpiéndome.

En este momento estamos muy ocupados saludando a una infinidad de

personas que me tratan como si fuese una amiga íntima. Me comporto de

la misma manera, aunque no sepa sus nombres. Si la conversación se

prolonga, tengo un truco infalible: les presento a mi marido y no digo nada.

Él se presenta y pregunta el nombre de la otra persona. Escucho la

respuesta y repito, en voz alta y clara: «Cariño, ¿no te acuerdas de

fulanito?».

¡Qué cinismo!

Se acaban los saludos, nos dirigimos hacia un rincón y me quejo: ¿por

qué la gente tiene esa manía de preguntar si nos acordamos de ella? No hay

nada más embarazoso. Todos se consideran lo suficientemente importantes

como para pensar que yo, que conozco a gente nueva todos los días por mi

profesión, los he grabado a sangre y fuego en la memoria.

—Sé más tolerante. La gente se divierte.

Mi marido no sabe lo que dice.

La gente solo finge que se divierte, pero lo que realmente quieren es

visibilidad, atención y, de vez en cuando, reunirse con alguien para cerrar

un negocio. El destino de esa gente que se cree guapa y poderosa al cruzar

la alfombra roja está en manos de un individuo mal remunerado de la

redacción. El que pagina la publicación recibe las imágenes por correo

electrónico y es el que decide quién aparece y quién no en nuestro pequeño

mundo, tradicional y convencional. Él es el que pone las imágenes de quien

interesa en el periódico, dejando un pequeño espacio para que quepa la

famosa foto de una visión general de la fiesta (o cóctel, o cena, o

recepción). Allí, entre las cabezas anónimas de gente que se considera muy

importante, con un poco de suerte, se podrá reconocer alguna que otra.

Darius sube al palco y se pone a hablar de sus experiencias con toda la

gente importante que ha entrevistado durante los diez años de su programa.

Me relajo un poco y me acerco a una de las ventanas con mi marido. Mi

radar interno ha detectado a Jacob y a la señora König. Quiero distancia, e

imagino que Jacob también.

—¿Te pasa algo?

Lo sabía. ¿Hoy eres el doctor Jekyll o mister Hyde? ¿Victor

Frankenstein o su monstruo?

No, mi amor. Solo trato de evitar al hombre con el que me acosté

ayer. Sospecho que todos en esta sala lo saben, y que llevamos la palabra

amantes escrita en la frente.

Sonrío y le digo que, como ya debería saber, ya no tengo edad para ir

a fiestas. Me encantaría estar en casa, cuidando de nuestros hijos en vez de

haberlos dejado a cargo de una niñera. No me gusta beber, me aturde toda

esta gente que me saluda y me habla, tener que fingir interés en lo que me

dicen y responder con una pregunta para poder, por fin, meterme el

aperitivo en la boca y masticar sin parecer una maleducada.

Se baja una pantalla y ponen un vídeo de los principales invitados que

pasaron por el programa. He estado con algunos de ellos por trabajo, pero

la mayoría son extranjeros de viaje en Ginebra. Como todo el mundo sabe,

siempre hay alguien importante en Ginebra, e ir al programa es obligatorio.

—Entonces, vámonos. Ya te ha visto. Hemos cumplido con nuestro

compromiso social. Alquilamos una película y disfrutamos del resto de la

noche juntos.

No. Nos quedamos un poco más, porque Jacob y la señora König están

aquí. Puede parecer sospechoso abandonar la fiesta antes de que termine la

ceremonia. Darius llama al palco a algunos de los invitados de su

programa, quienes dan un breve testimonio sobre la experiencia. Casi me

muero de aburrimiento. Los hombres no acompañados comienzan a mirar a

su alrededor, buscando discretamente a mujeres solas. Las mujeres, a su

vez, se miran las unas a las otras: cómo van vestidas, qué maquillaje

llevan, si están acompañadas por sus maridos o amantes.

Veo la ciudad allá fuera, perdida en una absoluta ausencia de

pensamientos, esperando que el tiempo transcurra para poder marcharnos

tranquilamente sin levantar sospechas.

—¡Tú!

¿Yo?

—¡Mi amor, te llama a ti!

Darius acaba de invitarme a subir al escenario y no lo he oído. Sí,

estuve en su programa, con el expresidente de Suiza, para hablar de

derechos humanos. Pero no soy tan importante. Ni se me había pasado por

la cabeza, no hemos hablado de ello y no he preparado nada.

Pero Darius hace una señal. La gente me mira sonriendo. Camino

hacia él, recompuesta y secretamente feliz porque a Marianne no la ha

llamado ni la va a llamar. A Jacob tampoco, porque la idea es que la noche

sea agradable y no llena de discursos políticos. Subo al palco improvisado

—en realidad, es una escalera que une los dos ambientes de la sala en la

parte superior de la torre de televisión—, le doy un beso a Darius y me

pongo a contarles algo sin interés alguno de cuando fui al programa. Los

hombres siguen cazando y las mujeres mirándose unas a otras. Los más

cercanos fingen interés en lo que digo. Mantengo los ojos fijos en mi

marido; todo el mundo que habla en público elige a alguien para que le

sirva de apoyo.

En medio de mi discurso improvisado, veo algo que no debería haber

sucedido de ninguna manera: Jacob y Marianne König están a su lado.

Todo ha ocurrido en menos de dos minutos, el tiempo que he tardado en

llegar al palco y comenzar el discurso, que, a estas alturas, hace que los

camareros circulen y que la mayoría de los invitados desvíen la mirada en

busca de algo más atractivo.

Me apresuro a dar las gracias. Los invitados aplauden. Darius me da

un beso. Trato de ir hasta mi marido y la pareja König, pero me lo impide

gente que me elogia por cosas que no he dicho, que afirma que he estado

maravillosa, que está encantada con la serie de artículos sobre

chamanismo, que me sugieren temas, me entregan tarjetas de visita y se

ofrecen discretamente como fuentes de algo que puede ser «muy

interesante» para mí. Todo eso me lleva unos diez minutos. Cuando estoy a

punto de cumplir mi misión y me acerco a mi destino, al lugar en el que

estaba antes de la llegada de los invasores, los tres están sonriendo. Me

felicitan, dicen que soy genial para hablar en público y oigo la frase:

—Ya les he explicado que estás cansada y que los niños están con la

niñera, pero la señora König insiste en que cenemos juntos.

—Es verdad. Supongo que ninguno de nosotros ha cenado aún, ¿no?

—dice Marianne.

Jacob tiene una sonrisa artificial pegada en la cara y asiente, como un

cordero camino del matadero.

En una fracción de segundo, me pasan doscientas mil excusas por la

cabeza. Pero ¿por qué? Tengo una buena cantidad de cocaína preparada

para usarla en cualquier momento, y nada mejor que esta «oportunidad»

para saber si sigo adelante o no con mi plan.

Además, siento una curiosidad morbosa de ver cómo va a ser esa cena.

Será un placer, señora König.

Marianne elige el restaurante del hotel Les Armures, lo que demuestra

cierta falta de originalidad, porque es ahí adonde todo el mundo suele

llevar a sus invitados extranjeros. La *fondue* es excelente, el personal se

esfuerza por hablar todas las lenguas posibles, está situado en el corazón de

la ciudad vieja... Pero para los que viven en Ginebra no es, en absoluto,

ninguna novedad.

Llegamos después que la pareja König. Jacob está fuera, soportando el

frío en nombre de su adicción al tabaco. Marianne ya está dentro. Sugiero

que mi marido también suba y le haga compañía, mientras yo espero a que

el señor König acabe de fumar. Él dice que sería mejor al revés, pero yo

insisto: no sería de buena educación dejar a dos mujeres solas en la mesa,

ni siquiera durante unos minutos.

—La invitación también me ha cogido a mí por sorpresa —dice Jacob

en cuanto mi marido entra.

Trato de comportarme como si no hubiese problema alguno. ¿Se

siente culpable? ¿Tal vez preocupado por el posible final de su infeliz

matrimonio (con esa bruja de hielo, me gustaría añadir)?

—No es eso. Resulta que...

Nos interrumpe la bruja. Con una sonrisa diabólica en los labios, me

saluda (¡otra vez!) con los tres besos habituales y le dice a su marido que

apague el cigarrillo para entrar ya. Leo entre líneas: sospecho de vosotros

dos, seguro que estáis planeando algo, pero cuidado, soy inteligente,

mucho más inteligente de lo que pensáis.

Pedimos lo de siempre: *raclette* y *fondue*. Mi marido dice que está

cansado de comer queso y escoge algo diferente: una salchicha suiza, que

también forma parte del menú que se les ofrece a las visitas. Y vino, pero

Jacob no lo cata, le da vueltas, lo prueba y asiente; lo de la otra vez solo

fue una manera estúpida de impresionarme el primer día. Mientras

esperamos a que nos traigan la comida y hablamos de trivialidades,

terminamos la primera botella, que enseguida es sustituida por la segunda.

Le pido a mi marido que no beba más, o tendremos que volver a dejar el

coche, y estamos mucho más lejos que la vez anterior. Llega la comida.

Abrimos la tercera botella de vino. Seguimos con las trivialidades. Como

parte de la rutina de un miembro del Consejo de los Estados, enhorabuena

por mis dos artículos sobre el estrés («un enfoque muy inusual»), si es

cierto que los precios de los inmuebles van a bajar al desaparecer el secreto

bancario y, con él, miles de banqueros que ahora se trasladan a Singapur o

a Dubái, donde vamos a pasar la Nochevieja.

Sigo esperando a que el toro salga a la arena. Pero no sale y bajo la

guardia. Bebo un poco más de lo que debería, me siento relajada, alegre y,

justo en este momento, se abren las puertas del toril.

—El otro día estaba hablando con algunos amigos acerca de ese

estúpido sentimiento llamado *celos* —dice Marianne König—. ¿Qué

pensáis al respecto?

¿Qué pensamos de un tema acerca del cual nadie habla en cenas como

esta? La bruja ha planteado bien la frase. Debe de llevar todo el día

pensando en ello. Dice que los celos son un «estúpido sentimiento» con la

intención de dejarme más expuesta y vulnerable.

—Yo crecí siendo testigo de terribles escenas de celos en casa —dice

mi marido.

¿Cómo? ¿Está hablando de su vida privada? ¿A una desconocida?

—Entonces me prometí a mí mismo que nunca dejaría que eso me

sucediera a mí si alguna vez me casaba. Fue difícil al principio, porque

nuestro instinto es controlarlo todo, incluso lo incontrolable, como el amor

y la fidelidad. Pero lo logré. Y mi mujer, que cada día se reúne con gente

diferente y a veces llega a casa más tarde de lo habitual, nunca ha recibido

crítica o insinuación alguna por mi parte.

Tampoco he recibido nunca una explicación como esa. No sabía que

había crecido en medio de escenas de celos. La bruja hace que todos

obedezcan sus órdenes: vamos a cenar, apaga el cigarrillo, hablad sobre el

tema que he elegido.

Hay dos razones para lo que mi marido acaba de decir. La primera es

que desconfía de la invitación y trata de protegerme. La segunda: me está

diciendo, delante de todos, lo importante que soy para él. Alargo la mano y

toco la suya. Nunca lo había pensado. Simplemente creí que no le

interesaba lo que yo hacía.

—¿Y tú, Linda? ¿No sientes celos de tu marido?

Por supuesto que no. Confío plenamente en él. Creo que los celos son

algo propio de gente enferma, insegura, sin autoestima, que se siente

inferior y cree que cualquiera puede poner en peligro su relación. ¿Y tú?

Marianne está atrapada en su propia trampa.

—Como ya he dicho, creo que se trata de un sentimiento estúpido.

Sí, eso ya lo has dicho. Pero, si descubrieses que tu marido te engaña

con otra, ¿qué harías?

Jacob palidece. Se controla para no beberse de un solo trago todo el

contenido de la copa después de mi pregunta.

—Pienso que todos los días se reúne con gente insegura, que se muere

de hastío en su propio matrimonio y está destinada a llevar una vida

mediocre y repetitiva. Supongo que hay gente así en tu trabajo, que pasarán

de ser reporteros directamente a la jubilación...

Mucha, respondo sin emoción alguna en la voz. Me sirvo un poco más

de *fondue*. Ella me mira fijamente a los ojos, sé que se refiere a mí, pero no

quiero que mi marido sospeche nada. No me importan lo más mínimo, ni

ella ni Jacob, que seguro que no aguantó la presión y se lo confesó todo.

Mi calma me sorprende. Tal vez sea el vino o el monstruo despierto

que se divierte con todo esto. Tal vez sea el gran placer de enfrentarme a

esta mujer, que se cree que lo sabe todo.

Sigue, le pido mientras mojo un trozo de pan en el queso fundido.

—Como ya sabréis, esas mujeres no deseadas no son una amenaza

para mí. A diferencia de vosotros dos, no tengo plena confianza en Jacob.

Sé que ya me ha engañado un par de veces, porque la carne es débil...

Jacob se ríe, nervioso, toma otro sorbo de vino. La botella se acaba,

Marianne le hace una señal al camarero y le pide otra.

—... pero trato de verlo como parte de una relación normal. Si a mi

marido no lo desearan y lo persiguieran todas esas zorras, pensaría que se

debe a que no es interesante en absoluto. En lugar de celos, ¿sabes qué

siento? Me excito. Muchas veces me quito la ropa, me acerco a él desnuda,

abro las piernas y le pido que me haga exactamente lo que hizo con ellas. A

veces le pido que me cuente cómo fue, y eso me hace tener numerosos

orgasmos durante nuestras relaciones sexuales.

—Son las fantasías de Marianne —dice Jacob, sin resultar muy

convincente—. Siempre sale con cosas así. El otro día me preguntó si me

gustaría ir a un club de intercambio de parejas en Lausana.

Evidentemente no lo ha dicho bromeando, pero todo el mundo se echa

a reír, incluida ella.

Para mi horror, descubro que a Jacob le encanta que lo llamen *macho*

infiel. A mi marido parece interesarle mucho la respuesta de Marianne, y le

pide que le hable un poco más de la excitación que siente al enterarse de

las aventuras de su marido. Le pide la dirección del club de intercambio de

parejas y me mira con los ojos brillantes. Dice que ya es hora de probar

cosas diferentes. No sé si trata de controlar el clima casi insoportable de la

mesa o si realmente está interesado en probar.

Marianne dice que no sabe la dirección, pero si le da su número de

teléfono, se lo enviará por mensaje.

Es el momento de entrar en acción. Comento que, en general, las

personas celosas tratan de demostrar exactamente lo contrario en público.

Les encanta hacer insinuaciones para ver si pueden obtener algo de

información sobre el comportamiento de sus parejas, pero son ingenuas al

pensar que lo van a lograr. Yo, por ejemplo, podría tener una aventura con

tu marido y nunca lo sabrías, porque no soy lo suficientemente estúpida

como para caer en esa trampa.

Mi tono de voz se altera un poco. Mi marido me mira sorprendido por

la respuesta.

—Mi amor, ¿no te parece que estás yendo demasiado lejos?

No, no me lo parece. No he sido yo quien ha empezado esta

conversación, y no sé adónde quiere ir a parar la señora König. Pero desde

que llegamos aquí no deja de insinuar cosas y ya estoy cansada. Por cierto,

¿no has notado cómo me miraba todo el tiempo mientras nos hacía hablar

sobre un tema que no le interesa a nadie en esta mesa, salvo a ella misma?

Marianne me mira asombrada. Creo que no esperaba ninguna

reacción, ya que está acostumbrada a controlarlo todo.

Comento que he conocido a muchas personas movidas por celos

obsesivos, y no porque piensen que su marido o su mujer cometen

adulterio, sino porque no son el centro de atención todo el tiempo, que es

lo que les gustaría. Jacob llama al camarero y le pide la cuenta. Genial. Al

fin y al cabo, han sido ellos los que nos han invitado y quienes deben

asumir los gastos.

Miro el reloj y finjo una gran sorpresa: ¡ya pasa de la hora que

acordamos con la niñera! Me levanto, les doy las gracias por la cena y me

dirijo al guardarropa a recoger el abrigo. La conversación cambia al tema

de los niños y la responsabilidad que suponen.

—¿Habrá pensado que me refería a ella? —oigo que le pregunta

Marianne a mi marido.

—Por supuesto que no. No hay ninguna razón para ello.

Salimos al aire frío sin hablar mucho. Estoy enfadada, ansiosa, y le

explico compulsivamente que sí, que ella se refería a mí, esa mujer es tan

neurótica que el día de las elecciones ya me hizo varias insinuaciones.

Siempre está deseando llamar la atención, debe de morirse de celos de un

imbécil que tiene la obligación de comportarse bien y que ella controla con

mano de hierro para que tenga un futuro en política, aunque, realmente, lo

que le gustaría es estar ella en la tribuna diciendo lo que está bien y lo que

está mal.

Mi marido dice que he bebido demasiado y que es mejor que me

calme.

Pasamos por delante de la catedral. La niebla cubre otra vez la ciudad

y todo parece una película de terror. Me imagino que Marianne está

esperándome en algún rincón con un puñal, como en los tiempos en que

Ginebra era una ciudad medieval, en constante lucha con los franceses.

Ni el frío ni la caminata me calman. Cogemos el coche y, al llegar a

casa, me voy directamente a la habitación y me trago dos pastillas de

Valium, mientras mi marido le paga a la niñera y mete a los niños en la

cama.

Duermo diez horas seguidas. Al día siguiente, cuando me levanto para

seguir la rutina matinal, empiezo a pensar que mi marido está un poco

menos cariñoso. Es un cambio casi imperceptible, pero hay algo que ayer

lo hizo sentirse incómodo. No sé muy bien qué hacer, nunca me había

tomado dos tranquilizantes a la vez. Estoy en una especie de letargo que no

se parece en nada al que provocan la soledad y la infelicidad.

Me voy a trabajar y, automáticamente, compruebo el móvil. Hay un

mensaje de Jacob. Dudo si abrirlo, pero la curiosidad es mayor que el odio.

Me lo ha enviado esta mañana, muy temprano.

«Has metido la pata. Ella no tenía ni idea de que había algo entre

nosotros, pero ahora está segura. Caíste en una trampa que ella no puso.»

Tengo que ir al dichoso supermercado y hacer la compra para casa,

como una mujer no deseada y frustrada. Marianne tiene razón: eso es lo

que soy, y un pasatiempo sexual para el cerdo estúpido que duerme en la

misma cama que ella. Conduzco peligrosamente porque no puedo dejar de

llorar y las lágrimas no me dejan ver bien los demás coches. Suenan

bocinas y quejas, trato de ir más despacio, suenan más bocinas y más

quejas.

Si fue una estupidez dejar que Marianne sospechara algo, más

estúpido aún es haber puesto todo lo que tengo en peligro, mi marido, mi

familia, mi trabajo.

Mientras conduzco, bajo el efecto retardado de dos tranquilizantes y

con los nervios a flor de piel, me doy cuenta de que ahora también estoy

arriesgando mi vida. Aparco en una calle lateral y lloro. Lloro tan fuerte

que alguien se acerca y me pregunta si necesito ayuda. Contesto que no y la

persona se aleja. Pero la verdad es que sí necesito ayuda, y mucha. Estoy

sumergiéndome en mi interior, en el mar de barro que tengo dentro, y no

puedo nadar correctamente.

Me muero de odio. Supongo que Jacob ya se ha recuperado de la cena

de ayer y no querrá volver a verme. La culpa es mía, por querer ir más allá

de mis límites, pensando en todo momento que soy sospechosa, que todos

desconfiaban de lo que estaba haciendo. Tal vez sea una buena idea

llamarlo y pedirle disculpas, pero sé que no me va a contestar. O puede que

sea mejor llamar a mi marido y comprobar que todo está bien. Conozco su

voz, sé cuándo está enfadado y tenso, aunque es un maestro del

autocontrol. Pero no quiero saberlo. Tengo mucho miedo. Tengo el

estómago encogido, las manos crispadas en el volante, y me permito llorar

tan alto como puedo, gritar, hacer un escándalo en el único lugar seguro del

mundo: mi coche. La persona que se ha acercado antes ahora me mira de

lejos, temiendo que haga una tontería. No, no voy a hacer nada. Solo quiero

llorar. No es mucho pedir, ¿verdad?

Siento que me he excedido. Quiero volver atrás, pero es imposible.

Quiero desarrollar un plan para recuperar el terreno perdido, pero no puedo

pensar con claridad. Todo lo que hago es llorar, sentir vergüenza y odio.

¿Cómo pude ser tan ingenua y creer que Marianne me miraba y decía

cosas que ya sabía? Porque me sentía culpable, como una delincuente.

Quería humillarla, destruirla delante de su marido, para que él dejara de

verme como una simple distracción. Sé que no lo amo, pero poco a poco

me estaba devolviendo la alegría perdida y alejándome del pozo de soledad

en el que pensaba que estaba hundida hasta el cuello. Y ahora me doy

cuenta de que esos días se han ido para siempre. Tengo que volver a la

realidad, al supermercado, a los días siempre iguales, a la seguridad de mi

casa, que hace tiempo era tan importante para mí y ahora se ha convertido

en una cárcel. Tengo que recoger los trozos que quedan de mí. Quizá

confesarle a mi marido todo lo que pasó.

Sé que lo va a entender. Es un hombre bueno, inteligente, que siempre

pone la familia en primer lugar. Pero ¿y si no lo entiende? ¿Y si decide que

ya es suficiente, que hemos llegado al límite y que está harto de vivir con

una mujer que antes se quejaba de depresión y ahora se lamenta porque la

ha abandonado su amante?

El llanto disminuye y empiezo a pensar. Dentro de un rato tengo que

ir a trabajar, y no puedo pasarme todo el día en esta callejuela llena de

hogares de parejas felices, con adornos de Navidad en las puertas, con

gente yendo y viniendo sin darse cuenta de que estoy aquí, viendo cómo mi

mundo se desmorona sin poder hacer nada.

Tengo que reflexionar. Debo establecer una lista de prioridades. ¿Seré

capaz durante los próximos días, meses y años de fingir que soy una devota

esposa y no un animal herido? La disciplina nunca ha sido mi fuerte, pero

no puedo comportarme como una desequilibrada.

Me seco las lágrimas y miro hacia adelante. ¿Arranco ya el coche?

Aún no. Espero un poco más. Si hay alguna razón para alegrarse de lo que

ha pasado es que me estaba cansando de vivir en la mentira. ¿Hasta qué

punto mi marido no sospecha? ¿Notarán los hombres cuando las mujeres

fingen el orgasmo? Es posible, pero no tengo forma de saberlo.

Salgo del coche, pago el estacionamiento más tiempo de lo necesario,

así puedo caminar un rato sin rumbo. Llamo al trabajo y pongo una excusa

poco convincente: uno de los niños tiene diarrea y tengo que llevarlo al

médico. Mi jefe se lo cree; después de todo, los suizos no mienten.

Pero yo miento. Miento todos los días. He perdido mi autoestima y ya

no sé por dónde ando. Los suizos viven en el mundo real. Yo vivo en un

mundo de fantasía. Los suizos saben cómo resolver sus problemas. Incapaz

de resolver los míos, creé una situación en la que tenía la familia ideal y el

amante perfecto.

Camino por esta ciudad que adoro, con sus establecimientos, que,

salvo los lugares para turistas, parecen haberse detenido en la década de los

cincuenta del siglo pasado y no tienen la menor intención de modernizarse.

Hace frío, pero gracias a Dios no hace viento, lo que permite que la

temperatura sea soportable. Para tratar de distraerme y calmarme, me

detengo en una librería, en una carnicería y en una tienda de ropa. Cada vez

que salgo a la calle otra vez, siento que la baja temperatura me ayuda a

apagar la hoguera en la que me he convertido.

¿Se puede uno educar para amar al hombre adecuado? Por supuesto

que sí. El problema es conseguir olvidar al hombre equivocado, que entró

sin permiso porque pasaba por allí y vio que la puerta estaba abierta.

¿Qué era exactamente lo que yo quería de Jacob? Sabía desde el

principio que nuestra relación estaba condenada, aunque no podía imaginar

que terminaría de una manera tan humillante. Tal vez solo quería lo que

tuve: aventura y alegría. O tal vez quería más, vivir con él, ayudarlo a

mejorar en su carrera, darle el apoyo que, al parecer, su mujer ya no le

daba, el cariño que le faltaba, según dijo en una de nuestras primeras citas.

Arrancarlo de su casa como se arranca una flor del jardín ajeno, y plantarlo

en mi terreno, incluso a sabiendas de que las flores no resisten ese tipo de

trato.

Me invade una oleada de celos, pero esta vez no hay lágrimas que

derramar, solo rabia. Dejo de caminar y me siento en el banco de una

parada de autobús cualquiera. Observo a las personas que llegan y se van,

todas ocupadas en sus mundos tan pequeños que caben en la pantalla de un

móvil, de la que no despegan los ojos ni los oídos.

Los autobuses vienen y van. La gente baja y camina apresurada, tal

vez a causa del frío. Otras suben lentamente, sin ganas de llegar a casa, al

trabajo, a clase. Pero nadie muestra rabia ni entusiasmo, no están contentos

ni tristes, solo son almas en pena que cumplen mecánicamente la misión

que el universo les impuso el día que nacieron.

Después de algún tiempo consigo relajarme un poco. He clasificado

algunas piezas de mi rompecabezas interior. Una de ellas es precisamente

la razón de este odio que va y viene, como los autobuses de esta parada. Es

posible que haya perdido lo más importante de mi vida: mi familia. Perdí

la batalla en busca de la felicidad, y eso no solo me humilla, sino que me

impide ver el camino que debo seguir.

¿Y mi marido? Tengo que hablar francamente con él esta noche,

confesárselo todo. Tengo la impresión de que eso me liberará, a pesar de

las consecuencias que pueda sufrir. Estoy harta de mentir, a él, a mi jefe, a

mí misma.

Pero ahora no quiero pensar en eso. Más que cualquier otra cosa, son

los celos los que devoran mis pensamientos. No puedo levantarme de esta

parada de autobús porque he descubierto que estoy encadenada. Las

cadenas son pesadas y difíciles de arrastrar.

¿Debo entender que le gusta escuchar historias de infidelidad mientras

está en la cama con su marido, haciendo las mismas cosas que hacía

conmigo? Cuando cogió el condón de la mesilla de noche, nuestra primera

vez, debería haber llegado a la conclusión de que había otras mujeres. Por

el modo de poseerme, debería haber sabido que solo era una más. Muchas

veces salí de aquel maldito hotel con esa sensación, diciéndome a mí

misma que no iba a volver a verlo, y consciente, al mismo tiempo, de que

aquella era otra de mis mentiras y que, si me llamaba, siempre iba a estar

dispuesta, el día y a la hora que él quisiese.

Sí, sabía todo eso. Y trataba de convencerme de que solo quería sexo y

aventura. Pero no era verdad. Hoy me doy cuenta de que, a pesar de

habérmelo negado en todas mis noches de insomnio y en mis días vacíos,

estaba enamorada, sí. Perdidamente enamorada.

No sé qué hacer. Supongo —de hecho, estoy segura— que toda la

gente casada siente alguna atracción en secreto hacia alguien. Eso está

prohibido, pero flirtear con lo prohibido es lo que le da gracia a la vida. Sin

embargo, es poca la gente que va más allá: una de cada siete, como decía el

artículo que leí en el periódico. Y creo que solo una de cada cien es capaz

de confundirse hasta el punto de dejarse llevar por la fantasía como hice

yo. Para la mayoría, no deja de ser una pequeña pasión, algo que desde el

principio se sabe que no durará mucho. Un poco de emoción para hacer el

sexo más erótico y oír los gritos de «te quiero» en el momento del

orgasmo. Nada más.

Y si hubiera sido mi marido el que se hubiese buscado una amante,

¿cómo habría reaccionado yo? Sería radical. Diría que la vida es injusta

conmigo, que no valgo para nada, que me estoy haciendo vieja, montaría

un escándalo, lloraría sin parar de celos, que en realidad sería envidia

porque él puede y yo no. Me marcharía inmediatamente dando un portazo y

me iría con los niños a casa de mis padres. Dos o tres meses después

estaría arrepentida, buscando cualquier excusa para regresar creyendo que

él también lo desea. Después de cuatro meses ya estaría aterrorizada ante

la posibilidad de tener que empezar de nuevo otra vez. Al cabo de cinco

meses buscaría una excusa para pedirle que volviese, «por el bien de los

niños», pero sería demasiado tarde: él estaría viviendo con su amante,

mucho más joven y llena de energía, guapa, que le devuelve la gracia de la

vida.

Suena el teléfono. Mi jefe me pregunta cómo está mi hijo. Le digo que

estoy en una parada de autobús y que casi no se oye, pero va todo bien, y

pronto llegaré al periódico.

Una persona aterrorizada nunca ve la realidad. Prefiere esconderse en

sus fantasías. No puedo seguir en este estado durante más de una hora,

tengo que recomponerme. El trabajo me espera y eso podría ayudarme.

Dejo la parada de autobús y echo a andar hacia el coche. Miro las

hojas muertas en el suelo. Creo que, en París, ya las habrían recogido. Pero

estamos en Ginebra, una ciudad mucho más rica, y todavía están ahí.

Algún día esas hojas formaron parte de un árbol, que ahora se recoge

y se prepara para una estación de reposo. ¿Tuvo el árbol consideración de

aquel manto verde que lo cubría, lo alimentaba y le permitía respirar? No.

¿Pensó en los insectos que vivían en él y que ayudaban a polinizar las

flores, manteniendo la naturaleza viva? No. El árbol solo piensa en sí

mismo: ciertas cosas, como las hojas y los insectos, se descartan cuando es

necesario.

Soy una de esas hojas en el suelo de la ciudad, que vivió pensando que

sería eterna y murió sin saber exactamente por qué; que amaba el sol y la

luna y durante mucho tiempo vio esos autobuses pasando, los tranvías

traqueteando, y a la que nadie ha tenido la gentileza de avisar de la

existencia del invierno. Vivieron al máximo, hasta que un día se fueron

poniendo amarillas y el árbol les dijo «adiós».

No les dijo «hasta luego», sino «adiós», sabiendo que no iban a volver

nunca más. Y le pidió ayuda al viento para soltarlas de sus ramas cuanto

antes y llevárselas muy lejos. El árbol sabe que solo podrá crecer si puede

descansar. Y si crece, será respetado. Y podrá dar flores aún más bonitas.

Basta. La mejor terapia para mí ahora es el trabajo, porque ya he

llorado todas las lágrimas que tenía y ya he pensado en todo lo que tenía

que pensar. Aun así, no he podido librarme de nada.

Pongo el piloto automático, llego a la calle donde aparqué y me

encuentro a uno de esos guardias de uniforme rojo y azul escaneando la

matrícula de mi coche con una máquina.

—¿El vehículo es suyo?

Sí.

Él sigue con su trabajo. Yo no digo nada. La matrícula escaneada ya

está dentro del sistema, se envía a la central, se procesará y generará una

notificación con el discreto sello de la policía en el recuadro de celofán de

los sobres oficiales. Tendré treinta días para pagar los cien francos, pero

también puedo recurrir la multa y gastarme quinientos francos en

abogados.

—Pasan veinte minutos. El tiempo máximo aquí es de media hora.

Solo asiento con la cabeza. Veo que se sorprende, no le estoy

implorando que pare, argumentando que no volverá a pasar, tampoco he

venido corriendo cuando he visto que estaba aquí. Mi reacción no es la

habitual.

Sale un tique de la máquina que ha escaneado la matrícula de mi

coche, como si estuviésemos en un supermercado. Lo mete en un sobre de

plástico (para protegerlo de la intemperie) y se acerca al coche para

sujetarlo con una de las escobillas del limpiaparabrisas. Pulso el botón de

la llave y las luces parpadean, lo que indica que la puerta está abierta.

Él se da cuenta de la tontería que estaba a punto de hacer pero, como

yo, está en piloto automático. El sonido de las puertas desbloqueándose lo

despierta, entonces se me acerca y me entrega la multa.

Nos vamos los dos contentos. Él porque no ha tenido que aguantar mis

quejas, y yo porque me han dado un poco de lo que me merezco: un

castigo.

No lo sé, pero voy a averiguar pronto si mi marido ejerce un supremo

autocontrol o si realmente no le da ninguna importancia a lo sucedido.

Llego a casa a tiempo, después de otro día de trabajo dedicado a las

cosas más triviales del mundo: formación de pilotos, el exceso de árboles

de Navidad en el mercado, la introducción de controles electrónicos en los

cruces de las vías de ferrocarril. Me alegro, porque no me encontraba en

condiciones, ni físicas ni psicológicas, de pensar mucho.

Preparo la cena como si fuera otra noche más de todas las que hemos

pasado juntos. Vemos un rato la televisión. Los niños suben antes a su

habitación, atraídos por sus tabletas y los juegos en los que matan

terroristas o militares, según el día.

Meto los platos en el lavavajillas. Mi marido va a intentar que los

niños duerman. Hasta ahora solo hemos hablado de obligaciones. No sabría

decir si siempre ha sido así y nunca lo había notado, o si hoy está

especialmente raro. Lo descubriré dentro de un rato.

Mientras él está arriba, enciendo la chimenea por primera vez este

año: contemplar el fuego me tranquiliza. Voy a revelarle algo que supongo

que ya sabe, pero necesito todos los aliados posibles. Con esa excusa,

también abro una botella de vino. Preparo una tabla de quesos variados.

Bebo el primer sorbo de vino y fijo la mirada en las llamas. No siento

ansiedad ni miedo. Basta ya de esa doble vida. Pase lo que pase hoy, será

mejor para mí. Si nuestro matrimonio tiene que romperse, que así sea: un

día de otoño, antes de Navidad, mirando a la chimenea y hablando como

personas civilizadas.

Él baja, ve la escena preparada y no pregunta nada. Se limita a

sentarse a mi lado en el sofá y a mirar el fuego. Se bebe el vino y me

dispongo a rellenarle la copa, pero hace un gesto con la mano, indicando

que es suficiente.

Comento cualquier tontería: hoy la temperatura está bajo cero. Él

asiente con la cabeza.

Al parecer, voy a tener que tomar la iniciativa.

Realmente lamento lo que pasó anoche en la cena...

—No fue culpa tuya. Esa mujer es muy rara. Por favor, no me invites

más a ese tipo de reuniones.

Su voz parece tranquila. Pero todo el mundo sabe, ya desde la

infancia, que antes de las peores tempestades hay un momento en el que el

viento y todo da la impresión de ser absolutamente normal.

Insisto en el tema. Marianne estaba celosa pero disimulaba tras una

máscara de progresista y liberal.

—Es cierto. Los celos son ese sentimiento que nos dice: «Puedes

perder todo aquello que te ha costado tanto trabajo conseguir». Nos

impiden ver todo lo demás, los momentos de alegría y felicidad y los

vínculos creados en esas ocasiones. ¿Cómo es posible que el odio pueda

hacer desaparecer toda la historia de una pareja?

Está preparando el terreno para que le diga todo lo que tengo que

decirle. Continúa:

—Llega un día en el que todo el mundo dice: «Bueno, mi vida no se

corresponde realmente con mis expectativas». Pero si la vida le preguntase

qué ha hecho por ella, ¿cuál sería la respuesta?

¿Es una pregunta para mí?

—No. Me estoy cuestionando a mí mismo. Nada sucede sin esfuerzo.

Hay que tener fe. Y, para eso, tenemos que romper las barreras de los

prejuicios, lo cual requiere coraje. Para tener coraje, hay que vencer el

miedo. Y así sucesivamente. Hagamos las paces con nuestros días. No

podemos olvidar que la vida está de nuestro lado. Ella también quiere

mejorar. ¡Ayudémosla!

Me sirvo otra copa de vino. Él echa más leña al fuego. ¿Cuándo voy a

tener el coraje de confesar?

Él, sin embargo, no parece dispuesto a dejarme hablar.

—Soñar no es tan simple como parece. Al contrario. Puede ser

peligroso. Cuando soñamos, ponemos en marcha poderosas energías y ya

no podemos ocultarnos a nosotros mismos el verdadero sentido de nuestra

vida. Cuando soñamos, también elegimos el precio que debemos pagar.

Ahora. Cuanto más tarde, más sufrimiento para los dos.

Levanto la copa, brindo y le digo que hay algo que me preocupa

mucho. Él responde que ya hablamos de eso en Le Valon, cuando le abrí mi

corazón y le hablé de mi miedo a estar deprimida. Le explico que no me

refiero a eso.

Me interrumpe y continúa su razonamiento:

—Perseguir un sueño tiene un precio. Nos puede obligar a abandonar

nuestros hábitos, nos puede suponer dificultades, nos puede llevar a la

decepción... Pero por muy caro que sea, nunca es tan alto como el precio

pagado por aquellos que no se atrevieron a perseguirlo. Porque esas

personas, un día, al mirar atrás, oirán a su propio corazón diciéndoles: «He

desperdiciado mi vida».

No me lo está poniendo fácil. ¿Y si lo que tengo que decir no es una

tontería, sino algo muy concreto, real, amenazador?

Se ríe.

—Controlé los celos que siento y me siento feliz. ¿Sabes por qué?

Porque siempre tengo que mostrarme digno de tu amor. Tengo que luchar

por nuestro matrimonio, por nuestra unión, y eso no tiene nada que ver con

nuestros hijos. Te quiero. Lo soportaría todo, absolutamente cualquier

cosa, para tenerte siempre a mi lado. Pero no puedo impedir que un día te

vayas. Así que, si ese día llega, serás libre para irte en busca de tu

felicidad. Mi amor por ti es más fuerte que cualquier otra cosa, y nunca te

impediría ser feliz.

Mis ojos se llenan de lágrimas. Hasta el momento no sé exactamente a

qué se refiere. Si es solo una conversación sobre los celos, o si es una

indirecta.

—No tengo miedo de la soledad —continúa—. Tengo miedo de vivir

engañándome a mí mismo, viendo la realidad como quiero que sea, y no

como es realmente.

Coge mi mano.

—Eres una bendición en mi vida. Puede que no sea el mejor marido

del mundo, porque casi nunca demuestro mis sentimientos. Y sé que lo

echas de menos. También sé que, por esa razón, puedes pensar que no eres

importante para mí, que puede hacerte sentir insegura, cosas así. Pero no es

cierto. Tenemos que sentarnos más frente a la chimenea y hablar de

cualquier cosa, menos de celos. Porque no me interesa. A lo mejor nos

sentaría bien irnos de viaje juntos, solo nosotros dos. Pasar el Año Nuevo

en una ciudad diferente, o incluso en algún lugar que ya conocemos.

¿Y los niños?

—Estoy seguro de que los abuelos estarían encantados de quedarse

con ellos. —Y añade—: Cuando se ama, hay que estar preparado para todo.

Porque el amor es como un caleidoscopio, como aquellos con los que

solíamos jugar de niños. Está en constante movimiento y nunca se repite.

El que no lo entienda está condenado a sufrir por algo que solo existe para

hacernos felices. Y ¿sabes qué es lo peor? La gente como esa mujer,

siempre preocupada por lo que los demás piensan de su matrimonio. Para

mí, eso no importa. Lo único que cuenta es lo que tú piensas.

Apoyo la cabeza en su hombro. Todo lo que tenía que decirle ha

perdido importancia. Sabe lo que pasa y es capaz de manejar la situación

de una manera que yo nunca podría.

—Es sencillo: siempre que no cometas ninguna ilegalidad, ganar o

perder dinero en el mercado financiero está permitido.

El exmagnate pretende mantener la imagen de que es uno de los

hombres más ricos del mundo. Pero su fortuna se ha evaporado en menos

de un año, cuando los grandes financieros descubrieron que estaba

vendiendo sueños. Trato de mostrar interés por lo que dice. Después de

todo, fui yo la que le pidió a mi jefe zanjar definitivamente la serie de

artículos sobre la búsqueda de soluciones para el estrés.

Hace una semana recibí un mensaje de Jacob diciendo que lo había

echado todo a perder. Una semana desde que vagué por la calle llorando,

algo que volveré a recordar cuando me llegue la multa de tráfico. Una

semana desde aquella conversación con mi marido.

—Siempre tenemos que saber cómo vender una idea. Eso es lo que

constituye el éxito de cualquier persona: saber vender lo que quiere vender

—continúa el exmagnate.

Amigo mío, a pesar de toda la pomposidad, de tu aparente seriedad y

de esta suite en este hotel de lujo; a pesar de las magníficas vistas y de los

trajes impecablemente confeccionados por un sastre londinense, a pesar de

esa sonrisa y ese pelo cuidadosamente teñido, dejando algunas canas para

dar sensación de «naturalidad»; a pesar de la seguridad con la que hablas y

te mueves, hay algo de lo que entiendo más que tú: ir por ahí vendiendo

una idea no lo es todo. Hay que buscar a quien la compre. Eso vale para los

negocios, para la política y para el amor.

Supongo, mi querido exmillonario, que sabes a qué me refiero: tienes

gráficos, asistentes, presentaciones..., pero lo que la gente quiere son

resultados.

El amor también quiere resultados, aunque todo el mundo diga que no,

que el acto de amar se justifica por sí mismo. ¿Es así? Yo podría estar

paseando por el Jardín Inglés, con mi abrigo de piel comprado cuando mi

marido visitó Rusia, disfrutando del otoño, sonriendo al cielo y diciendo:

«Amo y eso es suficiente». ¿Sería cierto?

Por supuesto que no. Amo, pero a cambio quiero algo concreto, ir de

la mano, besos, sexo ardiente, un sueño que compartir, la posibilidad de

crear una nueva familia, de educar a mis hijos, de envejecer al lado de la

persona amada.

—Debemos tener un objetivo muy claro a la hora de dar cualquier

paso —explica la patética figura sentada frente a mí, con una sonrisa

aparentemente confiada.

Al parecer, estoy de nuevo al borde de la locura. Relaciono todo lo

que oigo o leo con mi situación emocional, incluida la entrevista con este

aburrido personaje. Pienso en ello las veinticuatro horas del día,

caminando por la calle, cocinando, o desperdiciando valiosos momentos de

mi vida escuchando cosas que, en vez de distraerme, me empujan más

hacia el abismo en el que estoy cayendo.

—El optimismo es contagioso...

El exmagnate no para de hablar, seguro de que será capaz de

convencerme, de que lo voy a publicar en el periódico y así comenzará su

redención. Es genial entrevistar a gente así. Solo tenemos que hacer una

pregunta, y hablan durante una hora. A diferencia de mis conversaciones

con el cubano, esta vez no le estoy prestando atención a nada de lo que

dice. La grabadora está en marcha y después reduciré este monólogo a

seiscientas palabras, el equivalente a unos cuatro minutos de conversación,

más o menos.

El optimismo es contagioso, dice.

Si fuese así, sería suficiente con presentarse ante la persona amada,

con una enorme sonrisa y un montón de planes e ideas, y saber cómo

presentarle el producto. ¿Funcionaría? No. Contagioso es el miedo, el

temor constante a no encontrar a alguien que nos acompañe hasta el final

de nuestros días. Y, en nombre de ese miedo, somos capaces de hacer

cualquier cosa, aceptar a la persona equivocada y convencernos de que es

la adecuada, la única, la que Dios ha puesto en nuestro camino. En muy

poco tiempo, la búsqueda de la seguridad se convierte en amor sincero, las

cosas son menos amargas y difíciles, y podemos meter nuestros

sentimientos en una caja y guardarla en el fondo de un armario en nuestra

cabeza, donde permanecerá oculta e invisible para siempre.

—Alguna gente dice que soy uno de los hombres con mejores

contactos de mi país. Conozco a otros empresarios, políticos, hombres de

negocios. Lo que está pasando con mis empresas es temporal. En breve

será usted testigo de mi regreso.

Yo también soy una persona con contactos, conozco al mismo tipo de

gente que él. Pero no quiero preparar mi regreso. Solo deseo una ruptura

civilizada con uno de esos «contactos».

Porque las cosas que no acaban de un modo definitivo siempre dejan

una puerta abierta, una posibilidad inexplorada, una oportunidad para que

todo vuelva a ser como antes. No, yo no soy así, aunque conozco a mucha

gente a la que le encanta esa situación.

¿Qué estoy haciendo? ¿Comparando el amor con la economía?

¿Tratando de establecer alguna relación entre el mundo financiero y el

mundo emocional?

Hace una semana que no sé nada de Jacob. También hace una semana

que la relación con mi marido volvió a la normalidad, después de aquella

noche frente a la chimenea. ¿Seremos capaces de reconstruir nuestro

matrimonio?

Hasta la primavera de este año yo era una persona normal. Un día

descubrí que todo lo que tenía podría desaparecer de un momento a otro, y

en lugar de reaccionar como una persona inteligente, me entró el pánico.

Eso me llevó a la inercia. La apatía. La incapacidad para reaccionar y

cambiar. Y después de muchas noches sin dormir, muchos días sin alegría

de vivir, hice exactamente lo que más temía: ir en dirección contraria,

desafiando el peligro. Sé que no soy la única, la gente tiene tendencia a la

autodestrucción. Por casualidad, o porque la vida quería ponerme a prueba,

encontré a alguien que me agarró por el pelo, tanto en sentido literal como

figurado, me sacudió, alejando el polvo que se había ido acumulando, y me

hizo volver a respirar.

Todo absolutamente falso. El mismo tipo de felicidad que los adictos

deben de sentir cuando se drogan. Tarde o temprano, el efecto pasa, y la

desesperación es aún mayor.

El exmagnate empieza a hablar de dinero. No le he preguntado nada al

respecto, pero sigue. Tiene una gran necesidad de decir que no es pobre,

que puede mantener su estilo de vida durante muchas décadas.

No soporto más estar aquí. Le doy las gracias por la entrevista, apago

la grabadora y cojo el abrigo.

—¿Está libre esta noche? Podríamos tomar una copa y terminar esta

conversación —sugiere.

No es la primera vez que pasa esto. De hecho, conmigo es casi una

costumbre. Soy guapa e inteligente (aunque la señora König no lo admita),

y he utilizado mi encanto para conseguir que algunas personas dijesen

cosas que normalmente no le dirían a un periodista, advirtiéndoles siempre

de que podría publicarlo todo. Pero los hombres... ¡Ah, los hombres! Hacen

todo lo posible y lo imposible para ocultar sus debilidades, pero cualquier

chica de dieciocho años puede manipularlos sin mucho esfuerzo.

Le agradezco la invitación y le digo que ya tengo un compromiso para

esta noche. Me tienta preguntarle cómo reaccionó su última novia ante la

oleada de noticias negativas sobre él y el colapso de su imperio. Pero

supongo que eso no tiene importancia para el periódico.

Salgo, cruzo la calle y voy al Jardín Inglés, donde, momentos antes,

me imaginaba a mí misma paseando. Voy hasta una heladería tradicional

que hay en la esquina de la calle 31 de Diciembre. Me gusta el nombre de

esa calle, porque siempre me recuerda que, tarde o temprano, el año se

acabará y haré otra vez grandes promesas para el siguiente.

Pido un helado de pistacho con chocolate. Camino hasta el muelle, me

tomo el helado frente al símbolo de Ginebra, el chorro de agua que se

proyecta hacia el cielo, creando una cortina de gotas en mi frente. Los

turistas se acercan y sacan fotos que saldrán mal iluminadas. ¿No sería más

fácil comprar una postal?

He visitado muchos monumentos en el mundo. Hombres imponentes

cuyo nombre ya nadie recuerda, pero que permanecen eternamente

montados sobre sus hermosos caballos. Mujeres con coronas o espadas

tendidas hacia el cielo, simbolizando victorias que ya ni siquiera aparecen

en los libros de texto. Niños solitarios sin nombre, tallados en piedra, con

la inocencia perdida para siempre por las horas y los días que se vieron

obligados a posar para algún artista cuyo nombre la historia también ha

borrado.

Al final, salvo rarísimas excepciones, no son las estatuas las que

singularizan una ciudad, sino las cosas inesperadas. Cuando Eiffel

construyó una torre de acero para una exposición, nunca soñó que se

convertiría en el símbolo de París, a pesar del Louvre, del Arco de Triunfo,

de sus impresionantes jardines. Una manzana representa a Nueva York. Un

puente es el símbolo de San Francisco. Otro, sobre el Tajo, aparece en las

postales de Lisboa. Barcelona tiene una catedral inacabada como su

monumento más emblemático.

Lo mismo sucede con Ginebra. Justo en ese punto el lago Lemán se

encuentra con el río Ródano, provocando una corriente muy fuerte. Para

aprovechar la fuerza hidráulica (somos expertos en aprovechar las cosas)

se construyó una central, pero cuando los trabajadores volvían a casa y

cerraban las válvulas, la presión era demasiado alta y las turbinas

estallaban.

Hasta que a un ingeniero se le ocurrió la idea de poner una fuente para

permitir el escape del exceso de agua.

Con el tiempo, la ingeniería solucionó el problema y la fuente dejó de

ser necesaria. Pero en un referéndum los habitantes decidieron mantenerla.

La ciudad ya tenía muchas fuentes y esta quedaba en medio de un lago.

¿Qué hacer para que sea visible?

Así fue como nació el monumento mutante. Se instalaron potentes

bombas y actualmente es un chorro fortísimo que dispara quinientos litros

de agua por segundo, a doscientos kilómetros por hora. Dicen, y lo he

comprobado, que se puede ver incluso desde un avión a diez mil metros de

altura. No tiene ningún nombre especial; se llama sencillamente Jet d’Eau

(«Chorro de agua»), y es el símbolo de la ciudad, a pesar de todas las

esculturas ecuestres, mujeres heroicas y niños solitarios.

Una vez le pregunté a Denise, una científica suiza, qué pensaba del Jet

d’Eau: «Nuestro cuerpo está compuesto casi en su totalidad de agua, por

donde pasan las descargas eléctricas que comunican información. Una de

esas informaciones se llama *amor* y puede interferir en todo el organismo.

El amor cambia todo el tiempo. Creo que el símbolo de Ginebra es el más

hermoso monumento al amor concebido por el arte del hombre, porque

tampoco es siempre el mismo».

Cojo el móvil y llamo al despacho de Jacob. Sí, podría llamar

directamente a su número personal, pero no quiero. Hablo con su asistente

y lo informo de que estoy de camino.

El asistente me conoce. Me pide que espere un momento para

confirmármelo. Un minuto después vuelve y se disculpa diciéndome que la

agenda está llena, ¿qué tal a principios del año que viene? Le digo que no,

que tengo que verlo ya, se trata de algo muy urgente.

«Algo muy urgente» no siempre abre puertas, pero en este caso estoy

segura de que tengo bastantes posibilidades. Esta vez, el asistente tarda dos

minutos. Me pregunta si podría ser a principios de la semana próxima.

Aviso de que llegaré dentro de veinte minutos.

Le doy las gracias y cuelgo.

Jacob me pide que me vista enseguida, después de todo, su despacho es

un lugar público, financiado con dinero del Estado y, si se descubre, podría

acabar en la cárcel. Observo con atención las paredes cubiertas de paneles

de madera tallada y los hermosos frescos del techo. Sigo tumbada,

totalmente desnuda, en el sofá de cuero ya muy desgastado por el tiempo.

Él se pone cada vez más nervioso. Lleva americana y corbata, mira el

reloj con ansiedad. La hora de la comida ha terminado. Su asistente

particular ya ha vuelto, llamó discretamente a la puerta, oyó la respuesta

«estoy reunido» y no insistió. Desde entonces ya han pasado cuarenta

minutos, y con ellos algunas audiencias y reuniones que se estarán

suspendiendo.

Al llegar, Jacob me recibió con tres besos en las mejillas y señaló,

educadamente, la silla frente a su mesa. No me hizo falta la intuición

femenina para darme cuenta de lo asustado que estaba. ¿Cuál es el motivo

de esta visita? No entiendo lo de la agenda apretada, ¿es porque pronto

empezará el receso parlamentario y tiene que resolver asuntos

importantes? ¿Acaso no he leído el mensaje que me envió, diciendo que su

mujer estaba convencida de que había algo entre nosotros? Tenemos que

esperar un tiempo, dejar que las cosas se enfríen, antes de volver a vernos.

—Por supuesto, lo negué todo. Fingí que estaba profundamente

sorprendido con sus insinuaciones. Le dije que me ofendía. Que estaba

harto de su falta de confianza y que podía preguntarle a cualquiera sobre

mi comportamiento. ¿No fue ella la que dijo que los celos eran un síntoma

de inferioridad? Hice lo que pude, pero ella se limitó a responder: «No seas

tonto. No me quejo de nada, solo digo que ya sé por qué eras tan amable y

cortés últimamente. Porque...».

No lo dejé terminar la frase. Me levanté y lo agarré por el cuello.

Pensó que iba a agredirlo. Pero, en lugar de eso, le di un largo beso. Jacob

no sabía cómo reaccionar porque supuso que había ido allí a montarle un

escándalo. Pero seguí besando su boca, su cuello, mientras desataba el

nudo de su corbata.

Me apartó. Le di una bofetada en la cara.

—Solo voy a cerrar la puerta. Yo también te echaba de menos.

Cruzó el despacho bien decorado, con muebles del siglo XIX, echó la

llave y, al volver, yo ya estaba medio desnuda, solo tenía las bragas.

Mientras le arrancaba la ropa, empezó a chupar mis pechos. Gemí de

placer, él me tapó la boca con la mano, pero moví la cabeza y seguí

gimiendo bajito.

Mi reputación también está en juego, como ya sabrás. No te

preocupes.

Fue el único momento en que paramos y dije algo. Después me

arrodillé y empecé a chuparlo. Una vez más, él sujetaba mi cabeza,

marcando el ritmo, más rápido, cada vez más rápido. Pero yo no quería que

eyaculara en mi boca. Lo empujé y me acerqué al sofá de cuero y me

tumbé con las piernas abiertas. Se agachó y comenzó a lamer mi sexo.

Cuando tuve el primer orgasmo, me mordí la mano para no gritar. La

oleada de placer parecía no tener fin y seguí mordiéndome la mano.

Entonces dije su nombre, le dije que entrase en mí y que me hiciese

todo lo que quisiera. Me penetró, me agarró por los hombros y me sacudió

como un salvaje. Empujó mis piernas hacia mis hombros para poder llegar

más profundamente. El ritmo fue en aumento, pero le ordené que no

eyaculase todavía. Necesitaba más y más y más.

Me puso en el suelo, a cuatro patas como un perro, me pegó y me

penetró otra vez, mientras yo movía descontroladamente la cintura. Por sus

gemidos ahogados, me di cuenta de que estaba a punto de eyacular, de que

ya no podía controlarse. Hice que saliera de dentro de mí, me di la vuelta y

le pedí que entrara de nuevo, mirándome a los ojos y diciéndome esas

cosas sucias que nos encantaba decirnos cuando hacíamos el amor. Le dije

las cosas más ordinarias que una mujer le puede decir a un hombre. Él

pronunciaba mi nombre en voz baja, pidiéndome que le dijera que lo

amaba. Pero yo solo decía obscenidades y le exigía que me tratara como a

una prostituta, como a una cualquiera, o bien que me utilizara como a una

esclava, alguien que no merece respeto.

Mi cuerpo estaba totalmente estremecido. El placer llegaba en

oleadas. Tuve otro orgasmo, y otro, mientras él se controlaba para

prolongarlo todo lo posible. Nuestros cuerpos chocaban violentamente,

provocando ruidos sordos que a él ya no le importaba que se oyesen a

través de la puerta.

Con los ojos fijos en los suyos y oyéndolo repetir mi nombre en cada

movimiento, me di cuenta de que iba a eyacular, y llevaba condón. Volví a

moverme para hacerlo salir de mí y le pedí que eyaculase en mi cara, en mi

boca, y que dijera que me amaba.

Jacob hizo exactamente lo que le dije, mientras yo me masturbaba y

sentía el orgasmo con él. Entonces me abrazó, apoyó la cabeza en mi

hombro, limpió las comisuras de mi boca con sus manos y repitió, muchas

veces, que me amaba y que me había echado mucho de menos.

Ahora me pide que me vista pero no me muevo. Vuelve a ser el chico

formal que los votantes admiran. Sospecha que algo no va bien, pero no

sabe qué es. Empieza a entender que no estoy ahí solo porque es un amante

maravilloso.

—¿Qué quieres?

Ponerle el punto final a esto. Acabar, por más que me rompa el

corazón y me deje emocionalmente destrozada. Mirarlo a los ojos y decir

que se acabó. Nunca más.

La última semana fue un sufrimiento casi insoportable. Lloré lágrimas

que no tenía y me perdía en pensamientos en los que me llevaban al

campus universitario, en el que trabaja su mujer, para internarme a la

fuerza en el hospital que hay allí.

Pensé que había fracasado en todo, menos en mi trabajo y como

madre. Estaba al borde de la vida y la muerte cada minuto, soñando con

todo lo que podría haber vivido con él si todavía fuésemos dos

adolescentes que mirásemos juntos hacia el futuro, como si fuera la

primera vez. Pero hubo un momento en el que me di cuenta de que había

llegado al límite de la desesperación, no podía hundirme más, y al levantar

la vista solo había una mano tendida: la de mi marido.

Seguro que también tuvo sus sospechas, pero su amor fue más fuerte.

Traté de ser honesta, de contárselo todo y quitarme ese peso de encima,

pero no fue necesario. Me hizo ver que, independientemente de las

decisiones que yo tomara en la vida, él siempre estaría a mi lado, y por eso

sentí alivio.

Comprendí que me estaba culpando y castigándome por cosas por las

que él ni me condenaba ni me culpaba. Me decía a mí misma: «No soy

digna de este hombre, no sabe quién soy».

Pero sí que lo sabe, sí. Y eso es lo que me permite recuperar el respeto

por mí misma y también la autoestima. Porque, si un hombre como él, que

no tendría ninguna dificultad para encontrar a una compañera al día

siguiente de la separación, quiere seguir a mi lado de todos modos es

porque algo valgo, valgo mucho.

Me di cuenta de que podía volver a dormir a su lado sin sentirme

sucia, sin pensar que lo estaba traicionando. Me sentí amada y pensé que

me merecía ese amor.

Me levanto, recojo mi ropa y voy a su cuarto de baño privado. Sabe

que es la última vez que me ve desnuda.

Queda un largo proceso de recuperación por delante, sigo al volver al

despacho. Supongo que él siente lo mismo, pero estoy segura de que todo

cuanto Marianne quiere es que esta aventura se acabe de una vez, para

poder volver a abrazarlo con el mismo amor y la seguridad de antes.

—Sí, pero no me dice nada. Supo lo que ocurría y se cerró todavía

más. Nunca ha sido cariñosa, y ahora parece un robot, volcada más que

nunca en su trabajo. Es su manera de huir.

Me arreglo la falda y los zapatos, saco un paquetito del bolso y lo dejo

sobre su mesa.

—¿Qué es eso?

Cocaína.

—No sabía que tú...

No hay nada que saber, pienso. No tiene que saber hasta adónde estaba

dispuesta a llegar para luchar por el hombre del que estaba locamente

enamorada. La pasión sigue ahí, pero la llama se debilita día a día. Sé que,

con el tiempo, desaparecerá por completo. Cualquier ruptura es dolorosa y

puedo sentir el dolor en cada fibra de mi cuerpo. Es la última vez que lo

veo a solas. Volveremos a vernos en fiestas y cócteles, en elecciones y en

conferencias de prensa, pero nunca volveremos a estar como hoy. Ha sido

genial haber hecho el amor de esa manera y terminar igual que

empezamos: totalmente entregados el uno al otro. Yo sabía que era la

última vez; él, no, pero no podía decir nada.

—¿Qué hago con esto?

Tíralo a la basura. Me costó una pequeña fortuna, pero tíralo a la

basura. Así me liberas del vicio.

No le explico a qué vicio me refiero realmente. Tiene un nombre:

Jacob König.

Veo su expresión de sorpresa y sonrío. Me despido con tres besos en

las mejillas y me voy. En la antesala, me dirijo a su asistente y digo adiós.

Él desvía la mirada, finge que está concentrado en un montón de papeles y

apenas murmura una despedida.

Cuando ya estoy en la acera, llamo a mi marido y le digo que prefiero

pasar la Nochevieja en casa con los niños. Si quiere ir de viaje, que sea en

Navidad.

—¿Vamos a dar una vuelta antes de cenar?

Asiento con la cabeza, pero no me muevo. Observo atentamente el

parque frente al hotel, y más allá, el Jungfrau, perpetuamente cubierto de

nieve, iluminado por el sol de la tarde.

El cerebro humano es fascinante: olvidamos un olor hasta que

volvemos a olerlo, borramos una voz de la memoria hasta que volvemos a

oírla, e incluso las emociones que parecían enterradas para siempre pueden

volver a despertarse al regresar al mismo lugar.

Viajo hacia atrás en el tiempo, hasta cuando fuimos a Interlaken por

primera vez. En aquel momento nos alojamos en un hotel barato, íbamos

de un lago a otro varias veces, y siempre era como si descubriésemos un

nuevo camino. Mi marido iba a correr en esa locura de maratón, con gran

parte de su recorrido por la montaña. Estaba orgullosa de su espíritu de

aventura, de su afán para conquistar lo imposible, de su ánimo para

exigirle cada vez más a su cuerpo.

No era el único loco que lo hacía: había personas de todas partes del

mundo, los hoteles estaban llenos, y la gente confraternizaba en los

numerosos bares y restaurantes de la pequeña ciudad de cinco mil

habitantes. No tengo ni idea de cómo es Interlaken en el otoño, pero desde

mi ventana parece más vacía, más distante.

Esta vez nos alojamos en el mejor hotel. Tenemos una bonita suite.

Sobre la mesa hay una tarjeta del director, dándonos la bienvenida e

invitándonos a una botella de champán, que ya nos hemos bebido.

Me llama. Vuelvo a la realidad y bajamos a dar un paseo por las calles

antes de que anochezca.

Si me pregunta si va todo bien, le mentiré, porque no puedo chafarle

la alegría. Pero la verdad es que las heridas de mi corazón están tardando

en cicatrizar. Se acuerda del banco donde nos sentamos a tomar café una

mañana y nos abordó una pareja de neohippies extranjeros para pedirnos

dinero. Pasamos frente a una de las iglesias, suenan las campanas, me besa

y yo a él, tratando de esconder a toda costa lo que siento.

No caminamos de la mano por culpa del frío, los guantes me agobian.

Vamos hasta la estación de tren. Nos detenemos en un bar acogedor y

bebemos un poco. Él compra el mismo recuerdo que la última vez, un

mechero con el símbolo de la ciudad. En aquella época, fumaba y corría

maratones.

Ahora ya no fuma y piensa que su capacidad pulmonar disminuye

cada día. Siempre jadea al caminar deprisa, y aunque trató de disimularlo,

me di cuenta de que estaba más cansado de lo habitual cuando fuimos a

correr por el lago, en Nyon.

Mi teléfono suena. Tardo una eternidad en encontrarlo dentro del

bolso. Cuando lo encuentro, la persona ya ha colgado. En la pantalla, el

aviso de llamada perdida me muestra que era mi amiga, la que tuvo

depresión y, gracias a las pastillas, hoy es una persona feliz.

—Si quieres devolverle la llamada, no me importa.

Le pregunto por qué debería devolvérsela. ¿No te hace feliz mi

compañía? ¿Quieres verte interrumpido por alguien que no tiene nada

mejor que hacer que pasarse horas al teléfono, con conversaciones

absolutamente irrelevantes?

Él también se enfada conmigo. Tal vez sea el efecto de la botella de

champán sumada a las dos copas de ginebra que acabamos de tomar. Su

enfado me tranquiliza y me hace sentir más a gusto: camino al lado de un

ser humano con emociones y sentimientos.

Qué rara es Interlaken sin el maratón, comento. Parece una ciudad

fantasma.

—Aquí no hay pistas de esquí.

Ni podría haberlas. Estamos en medio de un valle, con altas montañas

a ambos lados y los lagos en los extremos.

Pide otros dos vasos más de ginebra. Sugiero que vayamos a otro bar,

pero está decidido a combatir el frío con la bebida. Hace mucho tiempo

que no bebemos.

—Sé que solo han pasado diez años, pero cuando estuvimos aquí la

primera vez, yo era joven. Tenía ambiciones, me gustaban los espacios

abiertos y no me dejaba intimidar por lo desconocido. ¿Habré cambiado

mucho?

Solo tienes treinta años. ¿Eres un viejo?

No responde. Apura la bebida de un solo trago y se queda mirando al

vacío. Ya no es el marido perfecto y, por extraño que parezca, eso me hace

feliz.

Salimos del bar y volvemos al hotel. De camino hay un restaurante

bonito y agradable, pero ya hemos hecho la reserva en otro lugar. Todavía

es muy temprano, en el horario pone que la cena se sirve a partir de las

siete.

—Vamos a tomar otra ginebra.

¿Quién es este hombre que tengo a mi lado? ¿Ha despertado

Interlaken recuerdos perdidos y se ha abierto la caja de los horrores?

No digo nada. Y empiezo a tener miedo.

Le pregunto si debemos cancelar la reserva en el restaurante italiano y

cenar aquí.

—Da igual

¿Da igual? ¿Acaso siente él ahora en sus carnes todo por lo que pasé

cuando pensaba que estaba deprimida?

A mí no «me da igual». Quiero ir al restaurante que habíamos

reservado. El mismo en el que nos hicimos promesas de amor.

—Este viaje ha sido una mala idea. Prefiero volver mañana. Tenía la

mejor intención: revivir el amanecer de nuestro amor. Pero ¿es eso

posible? Por supuesto que no. Somos adultos. Ahora vivimos bajo una

presión que antes no existía. Tenemos que mantener los recursos básicos

de educación, salud, alimentación. Tratamos de divertirnos los fines de

semana porque es lo que todo el mundo hace y, como no nos apetece salir

de casa, pensamos que nos pasa algo.

A mí nunca me apetece. Prefiero estar sin hacer nada.

—Yo también. Pero ¿y nuestros hijos? Ellos quieren algo más. No

podemos dejarlos encerrados con sus ordenadores. Son demasiado jóvenes

para eso. Entonces nos esforzamos por llevarlos a algún sitio, hacemos las

mismas cosas que nuestros padres hacían con nosotros y que nuestros

abuelos hacían con nuestros padres. Una vida *normal*. Somos una familia

emocionalmente estructurada. Si uno necesita ayuda, el otro está siempre

dispuesto a hacer lo posible y lo imposible.

Entiendo. Como viajar a un lugar lleno de recuerdos, por ejemplo.

Otro vaso de ginebra. Permanece un rato en silencio antes de

responder a mi comentario.

—Eso es. Pero ¿crees que los recuerdos pueden llenar el presente?

Todo lo contrario, me ahogan. Estoy descubriendo que ya no soy la misma

persona. Hasta que llegué aquí y me tomé la botella de champán, todo iba

bien. Ahora me doy cuenta de que estoy lejos de vivir como soñaba la

primera vez que vine a Interlaken.

Y ¿qué soñabas?

—Eran tonterías. Aun así, era mi sueño. Y podría haberlo realizado.

Y ¿cuál era?

—Vender todo lo que tenía en aquel momento, comprar un barco y

recorrer el mundo contigo. Mi padre se pondría furioso por no haber

seguido sus pasos, pero no tendría la menor importancia. Iríamos parando

en los puertos, haciendo trabajos esporádicos para conseguir el dinero

suficiente para seguir adelante, y tan pronto como lo reuniésemos,

zarparíamos de nuevo. Estar con gente que nunca hemos visto y descubrir

lugares que no aparecen en las guías de viajes. Aventura. Mi único deseo

era a-ven-tu-ra.

Pide otra copa de ginebra y se la bebe con una rapidez nunca vista.

Dejo de beber, porque empiezo a estar mareada; hasta ahora no hemos

comido nada. Me gustaría decirle que, si hubiese realizado su sueño, yo

habría sido la mujer más feliz del mundo. Pero es mejor no decirlo para

que no se sienta peor.

—Entonces llegó el primer hijo.

¿Y? Debe de haber millones de parejas con niños que hacen

exactamente lo que él ha sugerido.

Reflexiona un poco.

—Yo no diría millones. Puede que miles.

Sus ojos cambian, ya no muestran agresividad, sino tristeza.

—Hay momentos en los que nos detenemos para analizarlo todo:

nuestro pasado y nuestro presente. Lo que hemos aprendido y las veces que

nos equivocamos. Siempre he temido esos momentos. Puedo engañarlos

diciendo que tomé las mejores decisiones, pero que requiere un poco de

sacrificio por mi parte. Nada serio.

Sugiero que caminemos un poco. Sus ojos empiezan a estar raros, sin

brillo.

Él da un golpe en la mesa. La mujer del restaurante mira asustada y le

pido otra copa de ginebra para mí. Me dice que no. Es hora de cerrar el bar

porque dentro de un rato empiezan las cenas. Y trae la cuenta.

Por un momento pienso que mi marido va a protestar. Pero se limita a

sacar la cartera y lanza un billete sobre la barra. Me coge de la mano y

salimos al frío.

—Me temo que, si pienso demasiado en lo que podría haber sido y no

fue, voy a caer en un agujero oscuro...

Conozco esa sensación. Hablamos de ello en el restaurante, cuando le

abrí mi alma.

Él parece no escucharme.

—... allá en el fondo me voy a encontrar una voz diciéndome que nada

de esto tiene sentido. El universo ya existía hace miles de millones de

años, seguirá existiendo después de morir tú. Vivimos en una partícula

microscópica de un misterio gigante, seguimos sin respuestas a nuestras

preguntas de la infancia: ¿hay vida en otros planetas? Si Dios es bueno,

¿por qué permite el sufrimiento y el dolor de los demás? Cosas como esas.

Y, lo que es peor, el tiempo sigue pasando. A menudo, sin motivo aparente,

siento un inmenso temor. A veces es cuando estoy en el trabajo, en el

coche, cuando meto a los niños en la cama. Los veo con cariño y miedo:

¿qué será de ellos? Viven en un país que nos da seguridad y tranquilidad;

¿y el futuro?

Sí, entiendo a qué te refieres. Supongo que no somos los únicos que

piensan así.

—Entonces te veo preparando el desayuno o la cena, y de vez en

cuando pienso que dentro de cincuenta años, o menos, uno de los dos

dormirá solo en la cama, llorando todas las noches porque un día fuimos

felices. Los niños estarán lejos, criados. El que haya sobrevivido estará

enfermo y necesitará la ayuda de extraños.

Se calla y seguimos caminando en silencio. Pasamos junto a un cartel

que anuncia una fiesta de fin de año. Le da una patada con violencia. Dos o

tres transeúntes nos miran.

—Disculpa. No quería decirte todo eso. Te he traído aquí para que te

sientas mejor sin la presión que sufrimos todos los días. La culpa es de la

bebida.

Estoy estupefacta.

Pasamos junto a un grupo de chicas y chicos que charlan

animadamente entre latas de cerveza esparcidas por todas partes. Mi

marido, normalmente serio y tímido, se acerca y los invita a beber un poco

más.

Los jóvenes lo miran asustados. Les pido disculpas, les doy a entender

que estamos borrachos y que una gota más de alcohol podría causar una

catástrofe. Lo agarro del brazo y seguimos adelante.

¡Cuánto tiempo hace que no hacía algo así! Siempre es él el protector,

el que ayudaba, el que resolvía los problemas. Hoy soy yo la que trata de

evitar que resbale y se caiga. Su estado de ánimo cambia de nuevo, ahora

canta una canción que no conozco, tal vez una canción típica de la región.

Al acercarnos a la iglesia, las campanas vuelven a sonar.

Es una buena señal, digo.

—Oigo las campanas, hablan de Dios. Pero ¿estará Dios

escuchándome? Apenas pasamos de los treinta años y ya no nos apasiona la

vida. Si no fuera por nuestros hijos, ¿cuál sería el sentido de todo esto?

Me dispongo a decirle algo. Pero no tengo respuesta. Llegamos al

restaurante en el que nos hicimos las primeras promesas de amor y la cena

es deprimente, a la luz de las velas, en una de las ciudades más bellas y

más caras de Suiza.

Cuando me despierto, es de día. He dormido un sueño sin sueños, y no

me he despertado en mitad de la noche. Miro el reloj: las nueve de la

mañana.

Mi marido sigue dormido. Voy al baño, me cepillo los dientes, pido

un desayuno para dos. Me pongo la bata y me acerco a la ventana para

pasar el tiempo mientras no llega el servicio de habitaciones.

En ese momento me doy cuenta de una cosa: ¡el cielo está lleno de

parapentes! La gente aterriza en el parque frente al hotel. Principiantes, la

mayoría no van solos, sino que llevan un monitor detrás, pilotando.

¿Cómo pueden hacer una locura así? ¿Hemos llegado hasta el punto

de que arriesgar la vida es lo único que nos libra del hastío?

Aterriza otro parapente. Y otro. Los amigos lo filman todo, sonriendo

alegres. Me pregunto cómo será la vista desde allí arriba, porque las

montañas que nos rodean son muy muy altas.

Aunque siento una gran envidia de toda esa gente, nunca tendría el

valor para saltar.

Suena el timbre. El camarero entra con una bandeja de plata, un jarrón

con una rosa, café (para mi marido), té (para mí), cruasanes, tostadas

calientes, pan de centeno, mermeladas de distintos sabores, huevos, zumo

de naranja, el periódico local y todo lo que nos hace felices.

Lo despierto con un beso. No recuerdo cuándo fue la última vez que lo

hice. Él se sobresalta, pero enseguida sonríe. Nos sentamos a la mesa y

disfrutamos de cada una de las delicias que tenemos delante. Hablamos un

poco acerca de la borrachera de ayer.

—Creo que lo necesitaba. Pero no te tomes demasiado en serio mis

comentarios. Cuando explota un globo, todo el mundo se asusta, pero no

deja de ser un globo que explota. Inofensivo.

Me apetece decirle que me sentó muy bien descubrir todas sus

debilidades, pero me limito a sonreír y sigo comiendo mi cruasán.

Él descubre también los parapentes. Sus ojos brillan. Nos vestimos y

bajamos para aprovechar la mañana.

Vamos directamente a recepción. Dice que nos vamos hoy, les pide

que bajen las maletas y paga la cuenta.

¿Seguro? ¿No podemos quedarnos hasta mañana por la mañana?

—Estoy seguro. La noche de ayer fue suficiente para comprender que

es imposible volver atrás en el tiempo.

Nos dirigimos hacia la puerta, atravesando el largo vestíbulo con

techo de cristal. Leí en uno de los folletos que antes allí había una calle,

pero unieron los dos edificios que quedaban en aceras opuestas. Al parecer,

el turismo aquí prospera, a pesar de no haber pistas de esquí.

Sin embargo, en vez de cruzar la puerta, gira a la izquierda y se dirige

al conserje.

—¿Cómo podemos saltar?

¿Podemos? Yo no tengo la menor intención de hacerlo.

El conserje le entrega un folleto. Está todo ahí.

—Y ¿cómo llegamos hasta allí arriba?

El conserje le explica que no tenemos que ir hasta allí. La carretera es

peligrosa. Solo hay que concretar la hora y vienen a buscarnos al hotel.

¿No es muy peligroso? ¿Saltar al vacío, entre dos cadenas

montañosas, sin haberlo hecho antes? ¿Quiénes son los responsables?

¿Existe algún control gubernamental sobre los instructores y sus equipos?

—Señora, trabajo aquí desde hace diez años. Salto al menos una vez al

año. Nunca he visto un accidente.

Sonríe. Seguro que ha repetido esa frase miles de veces en estos diez

años.

—¿Vamos?

¿Cómo? ¿Por qué no vas tú solo?

—Puedo ir solo, por supuesto. Y tú me esperas aquí abajo con la

cámara de fotos. Pero necesito y quiero vivir esta experiencia de vida.

Siempre me ha aterrorizado. Ayer mismo hablábamos del momento en el

que todo encaja y ya no ponemos a prueba nuestros límites. Fue una noche

muy triste para mí.

Lo sé. Le pide al conserje que concierte una hora.

—¿Ahora por la mañana o por la tarde, para poder ver la puesta del

sol reflejada en la nieve?

Ahora, respondo.

—¿Para una persona o para dos?

Dos, si es ahora. Si no me da tiempo a pensar en lo que voy a hacer. Si

no me da tiempo a abrir la caja de la que saldrán los demonios para

asustarme, el miedo a la altura, a lo desconocido, a la muerte, a la vida, a

las sensaciones extremas. Ahora o nunca.

—Las opciones son vuelos de veinte minutos, de media hora y de una

hora.

¿Hay vuelos de diez minutos?

No.

—¿Los señores quieren saltar desde 1.350 metros o desde 1.800

metros?

Empiezo a pensar en desistir. No necesito toda esa información. Por

supuesto quiero el salto más bajo posible.

—Mi amor, eso no tiene el menor sentido. Estoy seguro de que no va

a pasar nada, pero si pasase, el peligro es el mismo. Caer desde veintiún

metros, el equivalente a una séptima planta de un edificio, tendría las

mismas consecuencias.

El conserje se ríe. Yo me río para ocultar mis sentimientos. Qué

ingenua he sido al pensar que unos míseros quinientos metros supondrían

alguna diferencia.

El conserje coge el teléfono y habla con alguien.

—Solo hay sitio en los saltos de 1.350 metros.

Más absurdo que el miedo que he sentido hace un momento es el

alivio que experimento ahora. ¡Qué bien!

El coche estará en la puerta del hotel dentro de diez minutos.

Estoy ante el abismo con mi marido y otras cinco o seis personas más,

esperando mi turno. De camino hacia aquí, he pensado en mis hijos y en la

posibilidad de que pierdan a sus padres... Entonces me he dado cuenta de

que no vamos a saltar juntos.

Nos ponemos ropa térmica especial y los cascos. ¿Para qué el casco?

¿Para descender más de mil metros hasta el suelo con el cráneo intacto, si

chocamos con una roca?

—El casco es obligatorio.

Perfecto. Me pongo el casco, igual que el de los ciclistas que andan

por las calles de Ginebra. Me parece una estupidez, pero no voy a discutir.

Miro al frente: entre el abismo y nosotros aún hay una pendiente

cubierta de nieve. Puedo interrumpir el vuelo en el primer segundo,

bajamos ahí y subimos a pie. Nadie me obliga a llegar hasta el final.

Nunca he tenido miedo a volar en avión. Siempre han formado parte

de mi vida. Lo que pasa es que, cuando nos subimos, no se nos ocurre que

es exactamente lo mismo que saltar en parapente. La única diferencia es

que la cápsula metálica parece un escudo y nos da la sensación de estar

protegidos. Nada más.

¿Eso es todo? Al menos, con mi escaso conocimiento de las leyes de

la aerodinámica, supongo que sí.

Tengo que convencerme. Necesito un argumento mejor.

El mejor argumento es el siguiente: el avión está hecho de metal. Es

muy pesado. Y lleva maletas, personas, equipos, toneladas de combustible

explosivo. El parapente, a su vez, es ligero, baja con el viento, obedece a

las leyes de la naturaleza, como la hoja que cae de un árbol. Tiene mucho

más sentido.

—¿Quieres ir tú primero?

Sí. Porque si me pasa algo, lo sabrás y cuidarás de nuestros hijos.

Además, te sentirás culpable el resto de tu vida por haber tenido esta idea

tan descabellada. Me recordarán como la compañera para todo, que

siempre estuvo al lado de su marido, en el dolor y en la alegría, en la

aventura y en la rutina.

—Estamos preparados, señora.

Pero ¿eres tú el instructor? ¿No eres demasiado joven para esto?

Prefiero ir con vuestro jefe, al fin y al cabo, es mi primera vez.

—Salto desde que alcancé la edad permitida, los dieciséis años. Llevo

cinco años saltando, y no solo desde aquí, sino en diferentes lugares del

mundo. No se preocupe, señora.

Su tono condescendiente me molesta. Los mayores y sus temores

deberían ser respetados. Por otra parte, seguro que le dice lo mismo a todo

el mundo.

—Recuerde las instrucciones. Y cuando empecemos a correr, no se

detenga. Yo me encargo del resto.

Instrucciones. Parece que estamos familiarizados con todo esto, pero

lo único que se han molestado en decirnos es que el riesgo está en dejar de

correr a mitad de camino. Y que cuando lleguemos a tierra, debemos seguir

caminando hasta que notemos que nuestros pies pisan firmemente sobre el

suelo.

Mi sueño: los pies en el suelo. Me acerco a mi marido y le pido que

salte el último, así podrá ver cómo me ha ido.

—¿Quiere llevar la cámara? —pregunta el instructor.

Se puede acoplar la cámara en el extremo de un bastón de aluminio de

unos sesenta centímetros. No, no quiero. Para empezar, no estoy haciendo

esto para enseñárselo a los demás. Además, si logro superar el pánico,

estaré más preocupada por grabar que por admirar el paisaje. Eso lo

aprendí de mi padre, cuando era adolescente: fuimos a hacer una ruta por el

Matterhorn y yo me paraba a cada momento para sacar fotos. Hasta que se

enfadó: «¿Piensas que toda esta belleza y grandeza caben en un fotograma?

Graba las cosas en tu corazón. Es más importante que tratar de enseñarle a

la gente lo que estás viviendo».

Mi compañero de vuelo, desde su gran sabiduría de veintiún años,

empieza a sujetar las cuerdas a mi cuerpo usando grandes mosquetones de

aluminio. La silla está unida al parapente; yo voy delante, y él detrás. Aún

puedo echarme atrás, pero ya no soy yo. Estoy totalmente bloqueada.

Nos colocamos en posición, mientras el veterano de veintiún años y el

jefe de equipo intercambian opiniones sobre el viento.

Se amarra también a la silla. Puedo sentir su respiración detrás de mi

cabeza. Miro hacia atrás y no me gusta lo que veo: sobre la nieve blanca

hay una hilera de telas de colores tendidas en el suelo, con gente agarrada a

ellas.

Al final está mi marido, también con el casco de ciclista puesto.

Supongo que no ha tenido elección y tiene que saltar dos o tres minutos

después que yo.

—Preparados. Empiece a correr.

No me muevo.

—Vamos. Empiece a correr.

Le explico que no quiero quedarme mucho tiempo en el aire. Quiero

bajar lentamente. Cinco minutos de vuelo son más que suficientes para mí.

—Cuéntemelo mientras volamos. Por favor, hay gente a la cola.

Tenemos que saltar ya.

Como ya no tengo voluntad propia, sigo sus órdenes. Empiezo a correr

hacia el vacío.

—Más rápido.

Acelero, las botas térmicas salpican nieve por todas partes. En

realidad no soy yo la que corre, sino un robot que obedece a comandos de

voz. Me pongo a gritar, no de miedo ni de emoción, sino por instinto.

Vuelvo a ser una mujer de las cavernas, como dijo el cubano. Les tenemos

miedo a las arañas, a los insectos y gritamos en situaciones como esta.

Siempre gritamos.

De repente mis pies se separan del suelo, me aferro con todas mis

fuerzas a las correas que me sujetan a la silla y dejo de gritar. El instructor

sigue corriendo durante unos segundos y, acto seguido, ya no caminamos

en línea recta.

Es el viento el que controla nuestras vidas.

Durante el primer minuto no abro los ojos, así no soy consciente de la

altura, de las montañas, del peligro. Trato de imaginar que estoy en casa,

en la cocina, contándoles a los niños una historia ocurrida durante nuestro

viaje; tal vez sobre la ciudad, tal vez sobre la habitación del hotel. No

puedo contarles que su padre bebió tanto que llegó a caerse cuando

volvíamos al hotel a acostarnos. No puedo decirles que me arriesgué a

volar, porque también querrán hacerlo. O peor: pueden tratar de volar

solos, tirándose desde el primer piso de nuestra casa.

Entonces me doy cuenta de mi estupidez: ¿por qué estar con los ojos

cerrados? Nadie me ha obligado a saltar. «Llevo aquí muchos años y nunca

he visto un accidente», ha dicho el conserje.

Abro los ojos.

Y lo que veo, lo que siento, es algo que nunca voy a ser capaz de

describir con precisión. Allá abajo se encuentra el valle que une los dos

lagos, con la ciudad en el centro. Estoy volando, libre en el espacio, sin

ningún ruido, porque seguimos el viento, navegando en círculos. Las

montañas que nos rodean ya no parecen tan altas ni amenazantes, sino

amigas vestidas de blanco, con el sol brillando por todos lados.

Mis manos se relajan, suelto las correas y abro los brazos como un

pájaro. El hombre que va detrás de mí debe de darse cuenta de que soy otra

persona y, en lugar de seguir bajando, empieza a subir, utilizando las

invisibles corrientes de aire caliente existentes en lo que antes parecía una

atmósfera absolutamente homogénea.

Por delante de nosotros va un águila, navegando el mismo océano,

usando sus alas sin esfuerzo para controlar su misterioso vuelo. ¿Adónde

vas? ¿O simplemente se estará divirtiendo, disfrutando de la vida y de la

belleza de todo cuanto la rodea?

Parece que me comunico telepáticamente con el águila. El instructor

de vuelo la sigue, ella es nuestra guía. Nos enseña por dónde tenemos que

pasar para subir cada vez más, hacia el cielo, volando para siempre. Tengo

la misma sensación que aquel día en Nyon, cuando me imaginé corriendo

hasta que mi cuerpo no podía más.

Y el águila me dice: «Ven. Eres el cielo y la tierra, el viento y las

nubes; la nieve y los lagos».

Es como si estuviera en el vientre de mi madre, completamente segura

y protegida, experimentando cosas por primera vez. Me falta poco para

nacer, para convertirme otra vez en un ser humano que camina con dos pies

sobre la faz de la Tierra. Por el momento, sin embargo, todo lo que hago es

estar en este vientre sin ofrecer resistencia alguna, dejándome llevar a

donde sea.

Soy libre.

Sí, soy libre. Y el águila tiene razón, soy las montañas y los lagos. No

tengo pasado, presente ni futuro. Estoy descubriendo lo que la gente llama

eternidad.

Por una fracción de segundo pienso: «¿Tendrán todos los que saltan la

misma sensación?». Y ¿qué importa? No quiero pensar en los demás. Estoy

flotando en la eternidad. La naturaleza habla conmigo como si fuera su

querida hija. La montaña me dice: «Tienes mi fuerza». Los lagos me dicen:

«Tienes mi paz y mi calma». El sol me aconseja: «Brilla como yo, déjate

llevar. Escucha».

Entonces empiezo a escuchar esas voces que durante tanto tiempo

estaban ahogadas dentro de mí por los pensamientos repetitivos, la

soledad, por los terrores nocturnos, el miedo a los cambios y el miedo a

que todo siguiese igual. Cuanto más subimos, más me alejo de mí misma.

Estoy en otro mundo, donde las cosas encajan perfectamente. Lejos de

esa vida con tantas cosas que hacer, deseos imposibles, sufrimiento y

placer. No tengo nada y lo soy todo.

El águila se dirige hacia el valle. Con los brazos abiertos, imito el

movimiento de sus alas. Si alguien pudiera verme ahora mismo, no sabría

quién soy, porque soy luz, espacio y tiempo. Estoy en otro mundo.

Y el águila me dice: «Esto es la eternidad».

En la eternidad, no existimos, solo somos un instrumento de la Mano

que creó las montañas, la nieve, los lagos y el sol. Volví atrás en el tiempo

y en el espacio, al momento en el que se está creando todo y las estrellas

van en direcciones opuestas. Quiero servir a esa Mano.

Me surgen varias ideas y desaparecen sin cambiar lo que siento. Mi

mente ha dejado mi cuerpo y se funde con la naturaleza. ¡Ah, lástima que

el águila y yo bajaremos hasta el parque enfrente del hotel! Pero ¿qué

importa lo que va a pasar en el futuro? Estoy aquí, en este vientre materno,

hecho de todo y de nada.

Mi corazón llena cada rincón del universo. Trato de explicarme todo

eso con palabras, trato de encontrar una manera de recordar lo que siento

en este momento, pero esos pensamientos desaparecen y el vacío vuelve a

llenarlo todo.

¡Mi corazón!

Antes veía un gigantesco universo a mi alrededor; ahora el universo

parece un pequeño punto dentro de mi corazón, que se expandió

infinitamente, como el espacio. Un instrumento. Una bendición. Mi mente

se esfuerza por mantener el control y explicar al menos parte de lo que

estoy sintiendo, pero el poder es más fuerte.

Poder. La sensación de Eternidad me proporciona la misteriosa

sensación de poder. Puedo hacer cualquier cosa, incluso acabar con el

sufrimiento del mundo. Estoy volando y hablando con los ángeles, oyendo

voces y revelaciones que pronto serán olvidadas, pero que en este momento

son tan reales como el águila que tengo delante. Nunca seré capaz de

explicar lo que siento, ni siquiera a mí misma, pero ¿qué importa? Eso es

el futuro, ni siquiera he llegado allí, estoy en el presente.

La mente racional desaparece de nuevo, y lo agradezco. Venero mi

enorme corazón, lleno de luz y de poder, que puede abarcar todo lo que ha

sucedido y lo que sucederá a partir de ahora hasta el final de los tiempos.

Por primera vez oigo algo: perros ladrando. Nos estamos acercando al

suelo y vuelve la realidad. Muy pronto pisaré el planeta donde vivo, pero

he experimentado todos los planetas y todos los soles con todo mi corazón,

que era más grande que todo.

Quiero permanecer en este estado, pero empiezo a pensar. Veo el

hotel a la derecha. Los lagos quedan ocultos por los bosques y pequeñas

elevaciones.

Dios mío, ¿no puedo quedarme así para siempre?

«No se puede», dice el águila, que nos ha traído hasta el parque en el

que vamos a aterrizar dentro de un momento, y ahora se despide porque ha

encontrado una nueva corriente de aire caliente, vuelve a subir sin el menor

esfuerzo, sin batir las alas, solo controlando el viento con las plumas. «Si

permanecieses así para siempre, no podrías vivir en el mundo», dice.

¿Y qué? Empiezo a hablar con el águila, pero lo hago de manera

racional, tratando de argumentar. ¿Cómo puedo vivir en el mundo después

de haber pasado por lo que he pasado en la Eternidad?

«Inténtalo», responde el águila, pero ya casi no la oigo. Entonces se

aleja, para siempre, de mi vida.

El monitor susurra algo, me recuerda que tengo que echar otra

carrerita en cuanto mis pies toquen el suelo.

Veo la hierba delante de mí. Aquello que tanto anhelaba antes, llegar a

tierra firme, ahora se convierte en el final de algo.

¿De qué exactamente?

Mis pies tocan el suelo. Corro un poco y enseguida el instructor

controla el parapente. A continuación, se acerca y me quita las correas. Me

mira. Yo miro al cielo. Todo lo que veo son otros parapentes de colores,

acercándose.

Me doy cuenta de que estoy llorando.

—¿Está bien?

Me doy cuenta de que, aunque repita el salto, no voy a sentir lo

mismo.

—¿Se encuentra usted bien?

Asiento con la cabeza. No sé si entiende lo que he vivido.

Sí, lo entiende. Me comenta que, una vez al año, vuela con alguien

que reacciona como yo.

—Cuando les pregunto qué pasa, no pueden explicarlo. A mis amigos

les sucede lo mismo: algunas personas parece que entran en estado de

shock y no se recuperan hasta que vuelven a poner el pie en tierra.

Es exactamente al contrario. Pero no estoy dispuesta a explicarle

nada.

Le agradezco las palabras de «apoyo». Me gustaría decirle que no

quiero que se acabe lo que sentí allí arriba. Pero descubro que ya se ha

acabado, y no tengo la obligación de explicarle nada a nadie. Me alejo y

voy a sentarme en uno de los bancos del parque, a esperar a mi marido.

No puedo dejar de llorar. Aterriza, se acerca a mí con una gran

sonrisa, dice que ha sido una experiencia fantástica. Sigo llorando. Me

abraza, dice que ya está, que no debería haberme obligado a hacer algo que

no quería.

No es eso, le digo. Déjame, por favor. Dentro de un rato se me pasará.

Alguien del equipo de apoyo viene a recoger la ropa y los zapatos

térmicos y nos devuelve los abrigos. Lo hago todo en piloto automático,

pero cada gesto mío me devuelve a un mundo diferente, al que llamamos

real y en el que no querría estar bajo ningún concepto.

Sin embargo, no tengo elección. Lo único que puedo hacer es pedirle a

mi marido que me deje un rato a solas. Me pregunta si vamos al hotel,

porque hace frío. No, estoy bien aquí.

Me quedo allí una media hora, llorando. Lágrimas de bendición, que

lavan mi alma. Por fin me doy cuenta de que es hora de volver al mundo.

Me levanto, voy al hotel, cogemos el coche y mi marido conduce de

vuelta a Ginebra. La radio está encendida, así nadie se ve obligado a

hablar. Poco a poco empiezo a sentir un fuerte dolor de cabeza, pero sé lo

que es: la sangre vuelve a correr por partes que estaban bloqueadas por los

acontecimientos que se van disolviendo. El momento de liberación viene

acompañado de dolor, pero siempre ha sido así.

Él no tiene que explicarme lo que dijo ayer. No es necesario que yo le

explique lo que he sentido hoy.

El mundo es perfecto.

Falta solo una hora para terminar el año. La alcaldía decidió hacer un

recorte considerable en los gastos de la tradicional fiesta de Nochevieja de

Ginebra, así que vamos a disfrutar de menos fuegos artificiales. Mejor así:

he visto fuegos a lo largo de toda mi vida y ya no me despiertan la misma

emoción que cuando era niña.

No puedo decir que vaya a echar de menos estos trescientos sesenta y

cinco días. Ha habido mucho viento, han caído rayos, el mar ha estado a

punto de volcar mi barco, pero al final he logrado cruzar el océano y llegar

a tierra firme.

¿Tierra firme? No, ninguna relación puede pretender eso. Lo que mata

una relación entre dos personas es precisamente la falta de desafíos, la

sensación de que ya no hay nada nuevo. Tenemos que seguir siendo una

sorpresa el uno para el otro.

Todo empieza con una gran fiesta. Vienen los amigos, el oficiante

dice una serie de cosas que ya les ha repetido a los cientos de matrimonios

que ha celebrado, como la idea de construir una casa sobre roca y no sobre

arena, los invitados nos lanzan arroz. Lanzamos el ramo, las mujeres

solteras nos envidian en secreto; las casadas saben que estamos iniciando

un camino que no es como el que leemos en los cuentos de hadas.

Y entonces la realidad se va instalando poco a poco, pero no la

aceptamos. Queremos que nuestra pareja siga siendo exactamente igual

que la persona que nos acompañaba en el altar y con la que nos

intercambiamos los anillos. Como si pudiéramos detener el tiempo.

No podemos. No debemos. La sabiduría y la experiencia no

transforman al hombre. Lo único que nos transforma es el amor. Mientras

estaba en el aire comprendí que mi amor por la vida, por el universo, era

más poderoso que cualquier cosa.

Recuerdo un sermón que un joven pastor desconocido escribió en el

siglo XIX, analizando la epístola de san Pablo a los corintios y las diversas

caras que el amor va revelando a medida que crece. Nos dice que muchos

de los textos espirituales que vemos hoy se dirigen solo a una parte del

hombre.

Ofrecen Paz, pero no hablan de la Vida.

Discuten la Fe, pero se olvidan del Amor.

Hablan de la Justicia y no mencionan la Revelación, como la que tuve

al saltar al abismo en Interlaken y que me hizo salir del agujero negro que

yo misma había cavado en mi alma.

Espero tener siempre claro que solo el Amor Verdadero puede

competir con cualquier otro amor de este mundo. Cuando lo damos todo,

no tenemos nada que perder. Y entonces desaparecen el miedo, los celos, el

hastío y la rutina, y solo queda la luz de un vacío que no nos asusta, sino

que nos acerca el uno al otro. Una luz que siempre cambia, y eso es lo que

la hace hermosa, llena de sorpresas; no siempre las que esperamos, sino

aquellas con las que podemos vivir.

Amar abundantemente es vivir abundantemente.

Amar para siempre es vivir para siempre. La vida Eterna está

vinculada al Amor.

¿Por qué queremos vivir para siempre? Porque queremos vivir un día

más con la persona que está a nuestro lado. Porque queremos seguir con

alguien que merezca nuestro amor y que sepa amarnos como nos

merecemos.

Porque vivir es amar.

Incluso el amor por una mascota, un perro, por ejemplo, puede

justificar la vida de un ser humano. Si ese vínculo de amor con la vida deja

de existir, también dejarían de existir las razones para seguir viviendo.

Busquemos primero el Amor y el resto vendrá añadido.

Durante estos diez años de matrimonio, he disfrutado de casi todos los

placeres que una mujer puede tener, y he sufrido cosas que no merecía.

Aun así, al mirar al pasado, quedan unos pocos momentos, por lo general

muy cortos, en los que podría haber hecho una mala imitación de lo que

supongo que es el Amor Verdadero: cuando vi a mis hijos nacer, sentada y

de la mano de mi marido, viendo los Alpes o el enorme chorro de agua del

lago Lemán. Pero son esos escasos momentos los que justifican mi

existencia, porque me dan fuerza para seguir adelante y alegran mis días,

por más que yo haya tratado de entristecerlos.

Me acerco a la ventana y veo la ciudad allá fuera. La nieve que habían

prometido no cayó. Aun así, creo que este es uno de los fines de año más

románticos de mi vida, porque me estaba muriendo y el Amor me resucitó.

El Amor, lo único que quedará cuando la propia raza humana se haya

extinguido.

El Amor. Mis ojos se llenan de lágrimas de alegría. Nadie puede

obligarse a amar, y tampoco se puede obligar a otra persona a hacerlo.

Todo lo que uno puede hacer es mirar el Amor, enamorarse de él, e

imitarlo.

No hay otra manera de conseguir amar y no hay ningún misterio en

ello. Amamos a los demás, nos amamos a nosotros mismos, amamos a

nuestros enemigos, y eso hará que nunca nos falte de nada en nuestras

vidas. Puedo encender el televisor y ver lo que está sucediendo en el

mundo porque, si en cada una de esas tragedias hay un poco de Amor, nos

dirigimos hacia la salvación. Porque el Amor genera más Amor.

El que sabe amar, ama la Verdad, se alegra con la Verdad, no la teme,

porque tarde o temprano ella nos libera de todo. Busca la Verdad con una

mente limpia, humilde, sin prejuicios ni intolerancia, y acaba satisfecho

con lo que encuentra.

Tal vez la palabra *sinceridad* no es la mejor para explicar esa

característica del Amor, pero no puedo encontrar otra. No me refiero a la

sinceridad que humilla al prójimo; el Amor Verdadero no consiste en

exponer tu debilidad ante los demás, sino en no tener miedo de demostrarla

cuando se necesita ayuda y en alegrarse al ver que las cosas son mejores de

lo que nos decían.

Pienso con cariño en Jacob y en Marianne. Sin querer, me devolvieron

a mi marido y a mi familia. Espero que sean felices esta última noche del

año. Que todo esto también los haya acercado más.

¿Acaso trato de justificar mi adulterio? No. Busqué la Verdad y la

encontré. Espero que sea así para todos los que han tenido una experiencia

como esa.

Saber amar mejor.

Ese debe ser nuestro objetivo en el mundo: aprender a amar.

La vida nos ofrece miles de oportunidades para aprender. Cada

hombre y cada mujer, cada día, tienen siempre una gran oportunidad de

entregarse al Amor. La vida no es un largo festivo, sino un aprendizaje

constante.

Y la lección más importante es aprender a amar.

Amar cada vez mejor. Porque desaparecerán las lenguas, las profecías,

los países, la sólida Confederación Helvética, Ginebra y la calle donde

vivo, las farolas, la casa en la que estoy ahora, los muebles de la sala... y

también desaparecerá mi cuerpo.

Pero hay una cosa que quedará para siempre marcada en el alma del

universo: mi amor. A pesar de los errores, de las decisiones que hicieron

sufrir a los demás, de los momentos en los que pensé que no existía.

Me aparto de la ventana, llamo a los niños y a mi marido. Les digo que,

como manda la tradición, tenemos que subirnos al sofá frente a la

chimenea y, a medianoche, pisar en el suelo con el pie derecho.

—¡Amor mío, está nevando!

Me acerco corriendo a la ventana, me fijo en la luz de una de las

farolas. ¡Sí, está nevando! ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

—¿Podemos salir? —pregunta uno de los niños.

Aún no. Primero nos subiremos al sofá, comeremos doce uvas y

guardaremos las pepitas para tener prosperidad todo el año, y haremos todo

lo que hemos aprendido de nuestros antepasados.

Después saldremos a celebrar la vida. Estoy segura de que el nuevo

año será excelente.

Ginebra, 30 de noviembre de 2013

Paulo Coelho

(Río de Janeiro, 1947) se inició en el mundo de las letras como autor

teatral. Después de trabajar como letrista para los grandes nombres de la

canción popular brasileña se dedicó al periodismo y a escribir guiones para

la televisión. Con la publicación de sus primeros libros, *El Peregrino de*

Compostela (Diario de un mago) y *El Alquimista*, Paulo Coelho inició un

camino lleno de éxitos que le ha consagrado como uno de los grandes

escritores de nuestro tiempo. Publicadas en más de ciento setenta países,

las obras de Paulo Coelho han sido traducidas a ochenta idiomas, con más

de ciento sesenta y cinco millones de ejemplares vendidos.

Ha recibido destacados premios y menciones internacionales, como el

premio Crystal Award que concede el Foro Económico Mundial, la

prestigiosa distinción Chevalier de l’Ordre National de la Légion

d’Honneur del gobierno francés y la Medalla de Oro de Galicia. Desde

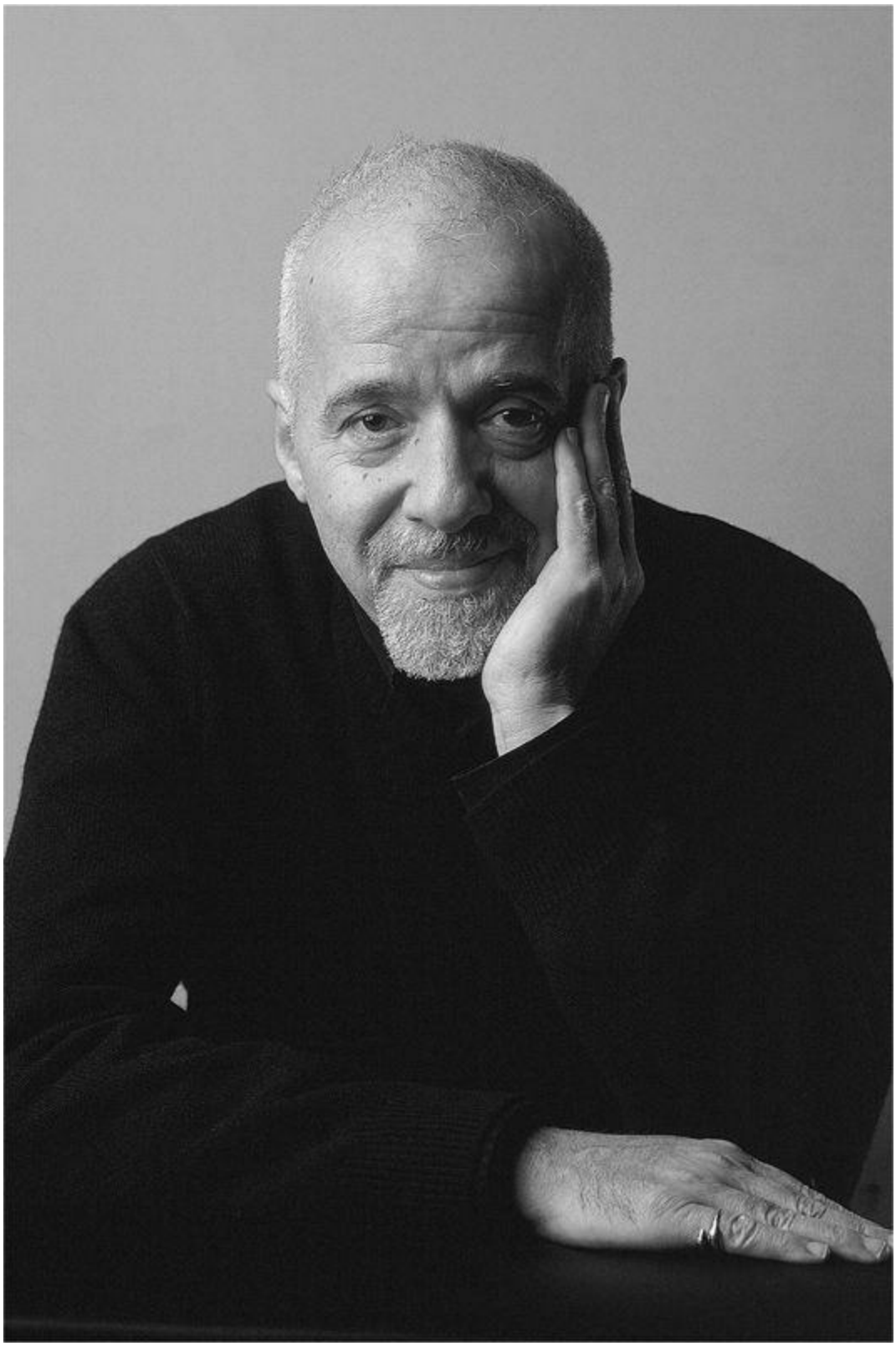
2002 es miembro de la Academia Brasileña de las Letras y, desde el año

2007, es Mensajero de la Paz de la ONU.

Paulo Coelho es el autor con mayor número de seguidores en las redes

sociales.

http://paulocoelhoblog.com/



El Peregrino de Compostela

El Alquimista

Brida

El Don Supremo

Valquirias

A orillas de Río Piedra me senté y lloré

Maktub

La Quinta Montaña

Manual del Guerrero de la Luz

Veronika decide morir

El Demonio y la señorita Prym

Once Minutos

El Zahir

Como el río que fluye

La bruja de Portobello

El vencedor está solo

Aleph

El manuscrito encontrado en Accra

Adulterio

El camino del arco

El libro de los manuales

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema

informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,

mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del

editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la

propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear

algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web

www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Adultério*

© Paulo Coelho, 2014

http://paulocoelhoblog.com/

Publicado por Sant Jordi Asociados Agencia Literaria S.L.U.,

Barcelona (España)

www.santjordi-asociados.com

© por la traducción, Ana Belén Costas, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

http://www.comunidadcoelho.com/

Diseño de la portada: © Compañía (lookatcia.com)

Imagen de la portada: © Ingram Publishing

Fotografía del autor: © Xavier González

ISBN: 978-84-616-9335-1

Document Outline

- Portada
- Cita
- Cita 2
- Todas las mañanas...
- Hoy, al salir...
- Dejo el coche...
- Un día más...
- Me despierto...
- Voy a comer...
- Me despierto...
- Recibo información...
- Tras el pecado...
- La cita con Jacob König...
- El periodismo...
- Sentada en la postura del loto...
- Me despierto otra vez...
- Veo a Jacob...
- No puedo decir...
- Me despierto con el ruido...
- Hora del desayuno...
- Era una mañana...
- Mi marido eligió...
- Jacob König...
- Hoy es sábado...
- Lo primero que hacemos...
- Uno no elige su vida...
- Durante toda la mañana...
- Dedico bastante tiempo...
- He dormido mejor...
- Por fin tengo una cita...
- Llego antes de la hora...

- No siento nada...
- Se puede obligar a alguien...
- Voy a tratar por primera vez...
- La conversación con mi marido...
- He creado una cuenta de correo...
- Mañana tengo que levantarme...
- Mi vida va superbién...
- Llego al lugar...
- ¿Todos somos así?...
- En una semana...
- Post Tenebras Lux...
- ¡Jacob!...
- No voy a decir...
- El tráfico está...
- Ya no es otoño...
- No éramos dos personas...
- La misma escena...
- Al llegar al trabajo...
- Lo dice la Biblia...
- Poco a poco...
- El problema soy yo...
- Mi familia y yo...
- Por fin llega...
- Tengo que ir...
- No lo sé...
- Es sencillo...
- Cojo el móvil...
- Jacob me pide...
- Vamos a dar una vuelta...
- Cuando me despierto...
- Estoy ante el abismo...
- Falta solo una hora...
- Recuerdo un sermón...
- Me aparto de la ventana...
- Marmosete
- Sobre el autor

- Otros títulos
- Créditos